

Maurilio Mercado

La *Mona Rosales*



Fundación
Ediciones
Clío

La Mona Rosales

Maurilio Mercado

La Mona Rosales

Maurilio Mercado(autor)



@Ediciones Clío

Maracaibo, Venezuela

1ra edición

Hecho el depósito de ley:

ISBN: 978-980-7984-81-2

Depósito legal: ZU2023000172

Producción: Jorge F. Vidovic L. y Julio César García Delgado

Diseño de portada y contraportada

Diseño y diagramación: Julio César García Delgado

Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución sin fines de lucro que procura la promoción de la Ciencia, la Cultura y la Formación Integral dirigida a grupos y colectivos de investigación. Nuestro principal objetivo es el de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural con la intención de Fomentar el desarrollo académico, mediante la creación de espacios adecuados que faciliten la promoción y divulgación de nuestros textos en formato digital. La Fundación, muy especialmente se abocará a la vigilancia de la implementación de los beneficios sociales emanados de los entes públicos y privados, asimismo, podrá realizar cualquier tipo de consorciado, alianza, convenios y acuerdos con entes privados y públicos tanto de carácter local, municipal, regional e internacional.

La *Mona Rosales* es la historia de una vida que nace y pasa hasta llegar al ocaso. Nos narra la vida de un hombre sometido y manipulado por los demás hasta el día de su muerte. Un comportamiento simple de una persona débil que soporto todo por amor, por soledad o simplemente por cobardía. Nos muestra una mujer sin escrúpulos, capaz de hacer cualquier cosa con tal de satisfacer su capricho. Es un relato que nos muestra, las más bajas pasiones de una sociedad que a lo largo de su existencia ha vivido engañada.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Índice

Introducción	11
I. Bulfrano	13
II. El Caporal	31
III. Simona y su paraíso	41
IV. Simona Rosales.....	53
V. El encuentro	77
VI. El destino	97
VII. La boda y el engaño.....	125
VIII. El correr de los días	141
IX. La humillación	157
X. El ocaso	173

La historia de una mujer frívola,
que vivió su libertinaje, más allá de lo
establecido, en una época difícil.

Hay que tener pies de plomo para dejar huella.
Ser águila y volar muy alto, para poder mirar otro horizonte,
más allá de donde el sol se esconde. M. M.

Introducción

Siempre me he preguntado, Simona: —¿De qué estás hecha?

La gente dice que estás llena de maldad y de engaño y yo digo que estás hecha de amor, porque siempre te ha sobrado para dar y recibir, sin esperar nada a cambio.

También he pensado que te hicieron de fuego, arde en ti una llama que con nada se apaga. Eres como ese sol que por la tarde se esconde, dejas tu calor y te vas, pero siempre regresas y vuelves a cubrirnos con destellos de fuego cada mañana. Aunque te alejes o te pierdas ocultándote en la montaña, tu vigor no se acaba; apareces con más bríos a los primeros cantos del gallo. Con ansias esperamos tu llegada y nos regocijamos al verte, como esos animales que con tanta alegría relinchan, rebuznan, cacarean y cantan disfrutando la alborada, contemplando los hermosos rayos del alba. Esperamos con ansias tu calor, como esos pobres desamparados que no tienen cobija.

Todo está en ti. Eres como la tempestad y la calma. Sacudes sin piedad lo que tocas, revuelcas la conciencia y el pecado. Pero tu cuerpo es un remanso de paz donde tocamos el cielo cuántos podemos refugiarnos y encontrar abrigo, cobijados bajo un manto caliente que a todos nos arropa con su indecencia.

Nunca he tratado de asomarme a tu alma porque no sé si la tienes, no me he puesto a hurgar por qué eres así, tampoco lo entiendo. Será que te quiero tanto y más, porque todo en ti es un misterio.

—A los ojos de Dios todos somos iguales, a ti te envuelve lo bueno y lo malo, como a todos los demás, pero tú siempre estás por encima de ello.

La bondad y la maldad se confunden; son conceptos que los separa una tela tan delgada que por momentos se pierde. En la vida cotidiana es donde el hilo se rompe y vuelve a aparecer cuando te acercas a los extremos. A simple vista, se pueden hacer juicios sumarios que también resultan falaces. En el fondo del pozo es donde se encuentra el agua más clara, pero nunca vas a encontrar su afluente. Si no bajas al fondo y escarbas en lo profundo, todo quedará en entredicho mientras no sepamos a ciencia cierta de donde viene el manantial que lo surge. Jamás sabremos que es el mal, si a la vez ignoramos de donde procede y que cosa es el bien, si tampoco sabemos de dónde viene.

Estas son cuestiones que siempre me he preguntado y nunca he hallado con satisfacción la respuesta, solo he llegado a la conclusión que la vida es así, oscila entre lo obeso y lo delgado. ¡Cuántas veces los pies del bien se apoyan sobre el hombro del mal para saltar la barda!

El bien y el mal es simplemente la vida que corre desbocada sin encontrar quien la detenga. En su interminable recorrido va pariendo ambas cosas; con tanta vuelta, en su ajetreo las revuelve y forma un mazacote que después de enredarse, se enmaraña hasta que el hilo se pierde.

I

Bulfrano

La vida de Bulfrano Becerra nunca fue fácil, pero le fue de mal en peor después de aquella tarde fatal en que una corriente de agua lo llevó a los brazos de Simona Rosales.

Ella era una mujer sin límites, que se movía desde lo bajo hasta trepar la cima. Como todo lo humano que nace y crece con todos los matices, se acercaba hasta los extremos. Era malvada y buena, abierta y misteriosa, transparente y opaca, con encanto de rosa, prendida a un tallo empedrado de espinas, la flor salvaje que brota en medio de la nada y se abre paso en la maleza de un suelo yermo, para mostrar al sol todo su encanto.

Una cortesana rara y difícil que Bulfrano no pudo entender a pesar de haberla sentido tan adentro. Fue penetrando lentamente en sus entrañas y cubrió su corazón de enredaderas. Con su prestancia lo fue arrojando como trepan las paredes la mala yerba, entró igual como se cuela el viento frío que estremece los huesos, se deslizó en fuego a través de su pecho y quedó envuelta para siempre abrazada a su corazón, para oprimirlo y a la vez darle consuelo. Sacudió sus más nobles sentimientos tocando las cuerdas íntimas que hacen vibrar el alma, sensaciones que lastiman y a la vez dan sentido a la existencia; porque la vida es así,

oscila entre el amor y el odio, lo bueno y lo malo, el placer y el dolor, la verdad y la mentira.

Él nunca pudo entenderla porque jamás se puso a hurgar que así es la existencia, te da hasta que te hartas de recibir y te fastidia cuando te va quitando todo poco a poco hasta vaciarte.

Después que lo elevó a los cielos cabalgando en las alas del viento, con su maldad lo regresó al abismo, envuelto en un torbellino de fuego que lo lanzó hasta lo más bajo, lo revolcó en el rescoldo tibio de sus cenizas y lo perdió en un confuso laberinto, donde llegó tocar lo profundo del infierno.

Simona fue el único amor de su vida. Aquel día penetró su corazón con la intensidad de una flecha y se quedó atorada para siempre en su pecho. Así aprendió a vivir soportando el dolor, mortificado por una herida que nunca sanó, de donde brotaron coágulos de sangre que estropeaban sus venas, provocando en él un temor por la vida y una ansiedad que le obligaba a vagar en las tinieblas de lo incierto. Vivió prendido a una cuerda endeble y frágil, propensa a cercenarse y con el riesgo latente de que en cualquier momento se le cortara la respiración que lo mantenía vivo. El desasosiego se apoderó de él y se pegó a su existencia como un molesto abrojo. Llevó toda una vida el alacrán escondido en sus harapos y por las noches, sentía que le recorría el pecho con sus malos pasos, después el aguijón clavado a la altura del corazón y más tarde, por todo el cuerpo regando su veneno.

Nunca su resignación fue completa. En su pecho se agolpaba la zozobra, luego le llegaba la desesperación y la angustia. La lucha por sobrevivir lo sofocaba por dentro, igual que un asmático

que se ahoga y se revuelca para desprenderse de aquellos ataques de desesperación que lo estrangulan y le hacen sentir la muerte.

Ella, que despertaba pasiones entre muchachos, hijos de comerciantes, peones y caporales, como ave de rapiña lo escogió entre una manada de ratones que corre tras el surco abierto. Con certero manotazo lo atrapó en sus garras y lo movió a su antojo, convirtiéndolo en un muñeco, un títere al que se le pueden regular todos sus movimientos a través de los hilos. Para ella, que poseía el don del encanto y el embrujo, fue un pelele fácil de dominar, un gatito que sobándole la espalda se volvía dócil y así fácilmente lo acomodaba en su falda. Con un guiño, lo hechizaba; tronando los dedos, lo movía. Cualquier cosa simple que ella hiciera, era suficiente para controlar sus deseos, deslizar los dedos en sus cabellos lo volvía manso, una palabra suave susurrada al oído bastaba para manejar sus sentimientos a su antojo. Así lo hizo por los muchos años que vivieron juntos, lo doblegó sin misericordia ni la menor compasión, porque la piedad era un sentimiento que para ella era ajeno.

Bulfrano en su resignación, soportó aquello por temor a perderla. Sin resistencia, aprendió a vivir dominado, humillado; se acostumbró al dolor como si lo hubiera heredado, pero en ocasiones lo mortificaba tanto o más que lo llevaba a la demencia y era arrastrado por el vendaval como una paja sin rumbo. La espina que llevó clavada en su corazón toda una vida, supuró gotas de sangre que quedaron regadas en los redaños de su pecho. Su sufrimiento era tal que lo arrastraba hasta la locura. Pero fue aún mayor en aquellos días difíciles de su existencia en los que se revolcaba en su cama helada y vacía, lleno de desesperación y angustia, con el temor de haberla perdido para siempre. Te-

nía la idea metida en la cabeza que se iría de su lado a recorrer el mundo un día de tantos, extraviada por esos caminos oscuros de la vida y ya no regresaría nunca, como esas aves que abandonan el nido, engañadas con la pícara labia de pájaros malvados y después, cansadas de volar, desaparecen en la lejanía y al sentirse perdidas postergan el camino.

Era un sentimiento errado, porque ya el destino les había señalado y predestinado un camino de veredas torcidas como una enroscada trenza. Un paraje bañado sobre un llano de lágrimas reseco y hosco, poblado de arbustos entreverados en la maleza, atestados de espinas. Así fue la senda que cruzaron juntos hasta el final de su existencia. La recorrieron tan unidos como un tronco a su cáscara, ligados por un sentimiento extraño que los unía y a la vez los rechazaba, igual a un imán de polos diferentes, del cual no podían desprenderse y hacía que la vida girara alrededor de uno y otro, en un raro vínculo de complicidad que los mantuvo atrapados. Hasta que llegó al fin su predestinado día, una mañana borrascosa en que se detuvo de golpe el sol y ya no le dio tiempo a percibir brillando en el horizonte las luces opacas de su último ocaso.

Ella llevó una vida jacarandosa, porque así fue, alegre y movida, de cascos muy ligeros y pensamiento liviano, sin embargo él sufría. Se tragaba todo su dolor, hasta digerirlo sin llegar al hartazgo. Se humillaba sin atreverse a hacer nada y así, dócil, aguantó todo igual que un mártir que se azota con su propia fusta, soportando las vejaciones en aquellas noches oscuras e interminables en las que se sentía morir marcando su infortunio.

A través de los años esa mujer se convirtió en su sombra y lo acompañó a todas partes. De becerro orejano pasó a ser una es-

pecie de animal dominado, marcado con un hierro que nunca pudo borrarse y lo llevó pegado en el anca para siempre; era frágil como un hilacho. Se movió abrigado por una manta amarrada a sus espaldas y no se desprendió de ella hasta aquel día trágico de su final, que le sirvió para cubrir su tumba y siguió su recuerdo como un eco en la memoria colectiva para que fuera divulgada su tragedia más allá de su muerte.

Bulfrano vivió y permaneció con Simona para siempre, porque después de ella y su madre no hubo mujer alguna que se fijara en él o se cruzara en su camino. Las dos mujeres, una por su ignorancia y otra por su maldad, hicieron de su paso por la vida un calvario.

Nació la noche del dieciséis a diecisiete de mayo, día de San Pascual Baylón y su madre, Guillerma Santillán, que desde muy joven había practicado el oficio de comadrona y le impuso el nombre a la mayoría de niños que recibió en sus manos, no pudo bautizar con el nombre de Pascual al único hijo que Dios le dio, debido a la oposición y capricho de su esposo, Saturnino Becerra. Él, de una forma autoritaria y machista, se opuso a los deseos de ella y le llevó la contraria desde el primer momento. Cuando se dio cuenta que empezó a crecer su vientre, su idea fue firme como una barda. Lo dio por hecho que tendría un hijo varón y así se mantuvo hasta que llegó el momento en que pudo confirmarlo, para seguir con su capricho hostigando a su esposa cuando todavía se sentía desfallecida por los estragos del parto.

—Este se llamará Bulfrano, como mi padre —dijo Saturnino sin ninguna consideración a la situación de Guillerma que desde mucho antes de que naciera, estallaba en cólera al escuchar la

menor insinuación de su esposo de bautizar al hijo con el nombre que en vida llevó el difunto abuelo—. ¿Por qué no esperaste a que naciera más adelante? —reprochó Saturnino—. Con suerte da sus primeras patadas el día de los Bulfranos, —decía en una forma jocosa, intencionada, para fortalecer su argumento.

—Porque es un niño —contestó Guillerma fuera de sí— que se viene cuando menos lo esperas. Brota de pronto, como aparece un hongo en un rincón del llano —lo decía con ternura para convencerlo—. Y en su desesperación agregaba con cólera: —algo que no alcanza a comprender tu cerebro de enano. Por meses lo llevas allí guardadito en tu vientre y sale cuando ya lo llama la humedad y el calorcito de la tierra, comienza a revenirse, en el momento en que la luna cambia. Una criatura es algo sagrado que crece con el orden establecido de Dios; no es tan simple como un huacal al que le avientas el cántaro de agua encima y del que fácil te desprendes; un hijo es lo más grande de todo cuanto te rodea. Por eso desde que nace y hasta el día que muere, tenemos la obligación de velar por él, si es que Dios así lo dispone y nos concede la dicha de llegar al día que ya le tiene señalado. No hay mayor privilegio para una madre, que mandar a sus hijos por delante, aunque eso sea contrario a la ley suprema, aunque te mortifique y duela quemando las entrañas. Él, que todo lo ve y al que nada escapa de su infinita sabiduría ya lo encomendó a su santo, el cual va a tener la misión de protegerlo toda la vida y lo guiará, no nada más en este mundo, sino también en el más allá. Lo conducirá para que no se pierda y equivoque el camino en el sendero de la muerte, arropado estará con su manto, cuando Nuestro Señor lo llame a cuentas.

—¡Déjate de sermones, mujer y ponte a calentar la cena! ¿Quién te hizo creer semejante mentira? No trates de embau-

carme con tus habladurías. Bautiza como tú quieras a medio mundo, si ellos te dejan hacerlo, 'ta bueno. ¡Pero a este no! A los demás que vengan tú les cascás el nombre que el libro de los santos te marque. ¡Estamos comenzando, Guille! No será mi único vástago, los demás serán tuyos. ¡Si todavía soy como un toro!

—Serás como un buey, pero si te alzas con tu capricho, nunca más me volveré a repegar a ti y eso te lo juro por Dios, que las mujeres, también tenemos nuestras mañas.

—A esta criatura yo le pongo el nombre, cueste lo que cueste y así se llamará, aunque se oponga el mundo. Para que no te amaches ya está decidido. ¡Bul-frano! —recalcó en tono imponente.

—¡Ya lo veremos, machorro engreído! Si no es solo tuyo, pèrfido demonio. Yo fui la que lo parió, la que lo llevó en la barriga metido por meses y soporté las mareadas, sus patadas y los dolores del parto, abierta como una vaca en canal lo arrojé al mundo, sudando y pujando, gritando de dolor, mientras que tú, campan-te, esperabas a que saliera sin ninguna pena, con la pata estirada, ventoseando, dormido, espantando los espíritus malos con tus ronquidos y tu peste. Te quedaste echado en esa esquina como un puerco cebado.

—¡Válgame Dios, hasta cuándo te vienes a quejar! Para que veas, mujer, que no es igual la brama que el parto. Si toda esta consecuencia es culpa tuya, acuérdate que eras tú la que llegabas a torear rascándome las orejas y la nuca como si fuera becerro añejo. Sobre todo cuando venías de la iglesia, regresabas más prendida que un cohete, como si en vez de untarte agua bendita, te hubieras echado petróleo. Llegabas a punto, lista, prendida, al menor tallón salía la chispa como si fueras yesca.

La buena y recatada mujer que ayudó en las fatigas del alumbramiento, se sentía cohibida con los alegatos de la pareja y con el afán de terminar pronto para retirarse y no seguir escuchando las discusiones indiscretas de los esposos. Le entregó el niño a Saturnino, lo colocó delicadamente en sus brazos envuelto en franelas rojas y salió a la cocina, mientras él, meciendo al niño lo acercó a la luz de la ventana para encontrarle forma. La mujer regresó con un pocillo que contenía un té caliente de distintas hierbas y se lo entregó a Guillerma. Después retiró los utensilios de la cama y colocó la placenta y el cordón umbilical en una bolsa, juntó los demás desechos y se los dejó a Saturnino a un lado de la puerta para que los enterrara en una fosa del patio. Luego se retiró a su casa una vez concluido su trabajo.

—Piensa bien lo que haces, Saturnino —dijo Guillerma más calmada desde el rincón oscuro de la cama en la que estaba postrada. Debes al menos tener un poco más de temor de Dios que fue él quien nos lo dio y quien decidió que naciera en esta fecha. Y es además una afrenta para San Pascual Baylón haber nacido en su día y que tú te opongas a que lleve su nombre.

—¡Qué afrenta, ni qué diablos! —dijo acercando la cara al niño y moviéndolo en sus brazos—. Hizo unas piruetas para hacerlo reír y el inocente comenzó a hacer pucheros y soltó el llanto. Él no supo cómo reaccionar, lo contempló con más cuidado, haciendo una exclamación de asombro —¡Santo Dios! ¡¿Qué es esto?! Si este no parece cristiano, más bien parece una bola de cuajada. Un nixticuil que se retuerce. ¡Qué terquedad Guillerma, hasta el santo puede ofenderse! Mejor déjalo así, mujer, que mi padre, que en paz descansa, desde allá del cielo se va a sentir orgulloso que su primer nieto lleve su nombre, aunque este fie-

rrito, este muchacho es tan feo, que a lo mejor el San Pascual se ofende si lo nombras como él.

—Todos los niños nacen así sin forma, a luego se componen. Además... ¿Qué esperabas, un milagro cuando la criatura viene de un entelerido como tú? ¡No, Saturnino! ¿A quién saca en lo buen mozo, si eso a ti por ningún lado te asoma? Despreocúpate de como luce, que a lo mejor pasa el tiempo y cambia.

—Dios te oiga, mujer. ¡Este quién sabe! Pero por sí o por no, mejor le ponemos Bulfrano, que a mi padre le agradará. Sabes bien que él nunca protestó por nada cuando estaba vivo. Ya ves, que si nixtamal le dabas para comer él se lo tragaba con tal de no llevarte la contra. ¡Él era más sufrido y santo que el Pascual! Y de seguro, es un elegido más que anda en el atajo de los que reciben encomiendas del Poderoso y como solo va a ser uno su encomendado, así va a tener más tiempo de atenderlo y cuidarlo mejor.

Le entregó el niño a la madre para que lo amamantara y salió del cuarto con la bolsa en la mano, buscando un pico y una pala para escarbar la fosa.

Guillerma, que siempre fue la que tomaba decisiones y llevaba las riendas de la casa, pensó que con el tiempo haría cambiar de parecer a su marido. Pero pasaron los días y los meses y la gente comenzó a murmurar que los esposos que habían sido un ejemplo de cristiandad, habían torcido el camino, poniendo en riesgo a la inocente criatura.

—Dios se apiade de él y lo proteja de una muerte repentina, para que no se quede para siempre su alma perdida —murmuraban—. Que el Señor lo cuide de caer en las oscuridades del limbo y permanezca por los siglos de los siglos allí, ajeno al sufrimiento y al gozo.

Saturnino con todo y las presiones, seguía montado en su macho. Hasta que un día domingo después de terminar la misa, el padre Severo, que ya los había anotado en su lista negra de descarriados, los detuvo de golpe después de dar la bendición final.

—Podéis ir en paz que la misa ha terminado, vayan con Dios todos. Solo Guillerma y Saturnino Becerra se quedan —les dijo señalando con el dedo—. Tengo que hablar con ustedes, es muy grave lo que están haciendo, poco digno de hombres de fe.

Les habló en una forma fuerte, para que entendieran, amenazante y severa, porque así estaba acostumbrado a hacerles sentir a todos su autoridad. En forma enérgica, porque estaba por encima de ellos.

—Esta gente es tan cerrada y terca que solo a gritos entienden, como los animales —pensaba—. Pero ellos por devoción, por miedo o simplemente porque ese día no tenían otra cosa que hacer, asistían a su santuario cada domingo y los días festivos que el calendario marcaba con el número y la fecha, escrito en un cuadro de fondo rojo.

Guillerma con su niño en brazos, se quedó donde estaba, mientras que Saturnino que ya iba de salida, se detuvo a medio templo y ahí esperó a que salieran todos, inmóvil como estatua, mientras la multitud lo rodeaba, mirándose los unos a los otros. Soportó la mirada de todos los curiosos que al pasar se preguntaban qué tan grave sería la consecuencia de su falta y qué castigo les esperaba. Aunque ya sospechaban el motivo, confundidos y nerviosos, esperaron a que aquella multitud de gente abandonara el recinto.

Después que salió el último de los asistentes, el padre Severo bajó los dos escalones del presbiterio y se paró al centro de la

cúpula donde la acústica le daba más resonancia a sus palabras. Levantó los brazos y haciendo una señal con ambas manos, los exhortó a que se acercaran. Con las mejillas rojas y haciendo un arco con su ceja, comenzó a increparlos con dureza; sus palabras fuertes subían hasta la cúpula, y llegaban a los oídos de los curiosos que por maldad y morbo se quedaron en el atrio.

—Acérquense, par de herejes —levantaba la voz—. ¿Por qué ocultan a esa criatura? ¿Qué pecado esconden que no se atreven a presentarlo como un siervo más? ¿Qué temor tienen de enseñar este pobre desvalido a un ministro de Dios? ¿Acaso es un fenómeno deforme, un engendro horrible, que les avergüenza? ¿O qué malformación tiene para que no piensen cristianizarle? ¿Lo van a dejar que crezca así, como un animalito a su suerte? Ustedes, que se dicen cristianos temerosos de Dios ¿le van a negar la entrada al cielo a este inocente?

—No se nos amuine padre, que nunca hemos pensado dejarlo así sin sacramentos. ¡Dios nos ampare! —y se santiguó—. Lo que pasa es que la Guillerma y yo no hemos podido ponernos de acuerdo, con cual nombre lo vamos a cristianar.

—¡Faltaba más! Tú, Guillerma, que siempre traes el santoral en las manos y les has escogido el nombre a medio mundo, a este que es tuyo, no sabes cómo llamarlo.

—Y como no, si lo tengo bien decidido endenantes que naciera. ¡No soy yo, padre! Es el porfiado de Saturnino empeñado en ponerle Bulfrano como su padre; que ese nombre, a mí me parece tan feo y más al final, que me suena así, asqueroso, como inmundicia, hasta me figuro que ni nombre de cristiano es. ¿Por qué se va a llamar como ese anciano odioso? Aunque todos lo veían con cara

de menso, aquí entre nos, hablando lo merito cierto, un día que no estaba Saturnino, al pasar me levantó las enaguas para asomarse a verme los calzones, ya cuando era tan viejo como una cáscara apollada. ¡Pero así le fue! Eso le valió, los años que cargaba encima, porque yo con toda y lástima lo puse en su lugar a puras patadas, después le aventé un balde de agua encima para que le bajaran los calores, se le fuera lo maldito y le quitara lo berraco.

—¡Bueno bueno, deja eso! Para qué remover el pasado con tanta saña en un alma que ya está juzgada por Dios —dijo el padre— ¿Por qué ese capricho, Saturnino? No lo hagas por lo que te puede pasar a ti, piensa que es en el niño en el que puede recaer un castigo. ¡Con los santos no se juega! —volvió a decir el padre.

—¡Qué Pascual ni que nada! Ya lo tengo decidido, ya me encapriché y así soy yo de terco cuando me llega ese arranque. Si no se llama como yo digo, prefiero que se quede sin bautismo. No importa que se vaya a ese limbo que dice. Si pa salvar el pellejo se sufre tanto, cuánto más se tiene que hacer para salvar su alma con tan severas disposiciones, mejor así se quedará. Ya le aseguró su merced un lugar, que de allí no pase. ¿Qué tal si ya de grande se pierde y por querer salvarlo de esa charca, después se va derecho al infierno?

Se dio la vuelta, extendió los brazos y comenzó a arrear a Guillerma como si sacara una vaca, profanando la acera del templo.

—Vayan, vayan, salgan; ustedes no tienen lucha, mira nomás semejante razonamiento.

El padre se dio cuenta que cualquier argumento sería inútil, él más que nadie sabía cómo era aquella gente obcecada y para solucionar aquello de una buena vez, con un grito los detuvo antes que cruzaran el umbral de la puerta.

—¡Alto allí, deténganse! Se llamará Bulfrano como tú desees; yo no voy a llevar este inocente en mi conciencia. De veras que andas como para tenderte el capote. Regresen, a terco no hay quien te gane. Pero que no pase del siguiente domingo. Los espero aquí con los padrinos, las limosnas y por supuesto los diezmos, para que este niño inicie el camino de Cristo con todos sus ritos y sacramentos.

El sacerdote tenía una gran habilidad para manejar a la gente, además gozaba de mucho respeto entre sus feligreses, porque a pesar de ser enérgico, llevaba una vida de humildad y convivencia con todos.

Para algunos era alguien tan cercano a la santidad, que hasta le atribuían varios milagros. Uno de ellos fue que un día que llegó el ejército a aprehenderlo, se les escapó de las manos al salir muy campante en medio de la tropa, sin ser visto por ninguno de los oficiales. Se decía también, que la gente lo ocultaba en una cueva secreta, donde solo él y el que lo conducía a ella, sabían donde estaba la entrada. Ese sitio le sirvió de refugio todo el tiempo que duró la guerra cristera y lo fue hasta muchos años después cuando los demás, encontraron el acceso a la cueva. Hay quienes aseguraban que entre sus paredes, quedó grabado en eco su voz, y algunas veces se escuchaba el murmullo de cuando él estaba postrado orando por los suyos al darse cuenta por alguna revelación divina, que afuera en un lugar de la región, se encontraban enfrascados en sanguinarias batallas.

Algunos contaban que llegaron a verlo llorar lágrimas de sangre al azotarse como el mismo Cristo, desnudo de la cintura para arriba con un látigo atravesado por clavos en la punta, ofreciendo el sacrificio a Dios para que salvara a sus hombres.

Aunque todo lo que se decía de él pudieran haber sido murmuraciones alentadas por el fanatismo, sí era un hombre que mostraba principios, con una sencillez y una inocencia de niño. Pero había en él sólidos fundamentos, indudable capacidad para razonar y habilidad suficiente para llevar su ministerio a un buen puerto o dirigir una guerra con cierta frialdad, admirable de sortear el peligro.

Otro atributo que ninguno se atrevió a cuestionar era su inviolable sentido de castidad, que muchas mujeres trataron de poner a prueba haciéndolo caer con sus malas artes en la tentación. Entre ellas Guillerma, que desde el primer día que llegó se dio a la tarea de visitarlo mañana y tarde con una devoción extrema, con el pretexto de llevarle de comer o arreglar su ropa. Nunca logró que cayera en su juego; utilizó todo tipo de provocaciones sin lograr nada, hasta que ya cansada de insistir cayó en despecho y acabó perdida con el sacristán en el caracol del campanario.

Con cierto remordimiento, se alejó por algunos años de la iglesia al sentir el rechazo y no regresó hasta después que se fue el padre Severo y mandaron en su lugar al padre Bonilla, alguien que no tenía nada que ver con el viejo párroco, ya que este era joven, alto, atractivo y jovial, muy diferente al padre anterior, que siempre andaba de mal humor y físicamente no fue muy favorecido, además ya había entrado en la decadencia.

El padre Bonilla, vino a revolucionar todo con sus aires de juventud; activo y emprendedor, con mucho carisma y labia para envolver a la gente, en poco tiempo comenzó a transformar aquello con la ayuda de todos. Inició la construcción del curato y dio nueva vida a las celebraciones, modificó los días de fiesta haciéndolos más alegres, arrimaba de los poblados cercanos ma-

riachis y tamborazos que tocaban día y noche y hasta se ponía a bailar motivado por el jolgorio o por el calor de unas copas que de cuando en cuando tomaba. Como decía él, les aceptaba una copa solo para no ser menos que los demás. Formó coros de mujeres jóvenes y también hizo participar a los hombres y en general dio cabida a todo el que se acercó a él y esa coyuntura aprovechó Guillerma, para meterse hasta en la cocina. Él, que siempre se rodeó de mujeres jóvenes, a ella la vio como gallina vieja, pero no la rechazó por aquello de que entre más viejas, mejor es el caldo. Al contrario, la aprovechó para lograr sus fines. Las mujeres lo seguían como abejas atraídas por la miel de sus flores y piropos que les lanzaba a su paso, sus pláticas picantes, sus dichos colorados de doble sentido, que provocaban que se les revolcara el cielo. Las fue envolviendo con sus atenciones desmedidas. Guillerma siempre le sirvió como enlace, una especie de Celestina que mediaba entre él y las doncellas; llegaban atraídas por el néctar, embriagadas por el olor hundían los pies en el fango y así acababan atrapadas en sus redes, algo que ella disfrutaba, imaginando que su propio cuerpo recibía las caricias. Pasó mucho tiempo haciendo de las suyas ayudado por su complicidad; hasta que un día de tantos, al pasar de los años, fue removido a otra parroquia porque ya tenía entre sus haberes dos muchachas embarazadas, algunos retoños revueltos entre la fauna silvestre del lugar y un cúmulo de chismes y acusaciones en su contra.

Saturnino y Guillerma, llegaron el siguiente domingo antes de que comenzaran a llamar. Iban vestidos con sus mejores ropas y el niño metido en un ropón de popelina blanca. Venían acompañados de sus padrinos: el caporal de la hacienda, Don Pascual Fernández y su esposa Doña Josefina Mora.

Guillerma Santillán aceptó el nombre, no por el capricho de Saturnino sino por las exigencias del padre que después de varios intentos que hizo durante la semana, no logró persuadirlo utilizando la influencia que ella misma se había adjudicado al penetrar sin el consentimiento de nadie los corredores de la iglesia. A pesar de todo, el párroco se negó a escuchar sus argumentos.

—¿Por qué tanta insistencia, mujer? —dijo—. Ya quítate esa manía de andar imponiendo el nombre a todo mundo.

Aunque la ceremonia se hizo con todos los sacramentos y bendiciones, a ella le quedó un mal sabor de boca y la idea de que el santo pudiera haber quedado agraviado la persiguió toda la vida.

Para borrar esa ofensa le ofreció la vida del hijo, nombrándolo como su protector, encomendándolo a él cada mañana y rezando por la noche una oración que ella misma compuso, antes de santiguarle y acostarlo en su cuna.

Después, cuando ya tuvo uso de razón, le inculcó la devoción a San Pascual Baylón más que a cualquier otro santo, haciéndole pensar que él sería su ángel de la guarda, que lo protegería siempre y lo acompañaría en todos sus pasos. Le enseñó la misma oración y lo acostumbró a rezarle cada mañana al levantarse y por la noche antes de acostarse. Le sembró la idea que no solo lo acompañaría toda la vida, sino que iba a gozar del privilegio de que, cuando viniera su hora señalada, iba a anunciarse con tres golpes en la puerta tres días antes de su llegada. Eso le daría tiempo a que se preparara para una buena muerte y un buen arrepentimiento. Así tendría asegurado el acceso al cielo, después de que se desprendiera de todos los bienes de este mundo y quedará en paz con Dios y San Pascual Baylón. Él le estaría esperando en

el camino de la otra vida para conducirlo al paraíso y entregarlo a la presencia del Señor.

Creció Bulfrano con ese pensamiento, pasaron los años, y no dejó un solo día de encomendarse a él. Hasta que llegó aquella fatídica tarde de su desgracia, en el que tal vez el santo andaba descuidado, o por azares de la vida se había torcido su destino, y su mala fortuna lo llevó a los brazos de Simona Rosales.

II

El Caporal

Después que murió su esposa, Bulfrano Becerra Esparza, el padre de Saturnino, que era el carpintero oficial de la hacienda y administrador de todos los ranchos que la circundaban, comenzó a sentirse cansado, deprimido, viejo e incapaz de cumplir con las obligaciones que sus dos cargos le demandaban. Escribió una carta al dueño de la hacienda, el señor Refugio Sánchez que por mal nombre apodaban el *Tepocate*.

En la carta le hacía patente el propósito irrevocable de su renuncia a la administración de la hacienda, así como su deseo de seguir cooperando con él en su oficio de carpintero y su interés de que su hijo Saturnino se hiciera cargo del aserradero.

Después de tres meses, ya avanzada la tarde, apareció por el callejón que conduce a la casa grande, una comitiva de siete personas que encabezaba un hombre joven montado en un caballo alazán de gran alzada. Venía vestido de charro en traje de faena, con chaparreras, espuelas plateadas, un sombrero ancho de palma y una trompeta amarrada a los tientos de la silla. A un lado venía la esposa en una yegua de piel oscura, baja de tamaño, de cuello corto y anchas ancas, sentada en un albardón de cuero y traía la cara cubierta por una pañoleta de fina seda. Le seguían dos hermosas niñas cansadas, con

cara de enfado, sobre el lomo de caballos mansos apropiados para su edad. Después iban dos hombres en caballos corrientes jalando dos machos cubiertos de maletas y utensilios para la casa y más atrás un hombre alto y corpulento, de piel oscura, bigote poblado, cara ovalada y sombrero plano. Iba montado en una enorme mula golondrina que rabiaba a cada paso moviendo la cola.

Era don Refugio Sánchez el dueño de la hacienda que venía a dejar instalado a su nuevo caporal al que quería como a un hijo.

Lo recogió desde que era un chamaco, la tarde aquella en que le dio alojamiento a los hombres del coronel Demetrio Macías, cuando pasaron por su hacienda asentada al pie de la montaña, por el camino que viene de Juchipila bordeando la sierra con rumbo a Guadalajara.

Desarrapado y hambriento venía el muchacho, igual que toda la tropa. Era tan chico que no tenía fuerzas ni para cargar el rifle, pero así a su corta edad, lo incorporaron a sus filas nombrándolo trompeta de orden. Don Refugio se compadeció de él y le pidió al coronel que lo dejara a su cuidado. El Coronel no se opuso, porque sabía que era uno más de los tantos huérfanos que quedaban desamparados después de las sangrientas batallas que libraron en cada pueblo donde iban pasando y aunque servían para engrosar sus filas y luchaban igual que los demás, quedaban tan afectados al ser arrancados violentamente de su simiente, que su existencia quedaba afectada. Una vez comenzando a matar, con la misma sangre enjuagaban sus traumas y se convertían en indomables y peligrosas fieras difíciles de controlar.

Desde aquel día, le sonrió la vida a Pascual Fernández, que terminó de criarse rodeado de riqueza en las tierras de migajón que

Don Refugio Sánchez tenía al pie de la sierra madre. Grandes extensiones que comenzaban en el cañón de Juchipila y terminaban en una franja abierta que colindaba con las barrancas del río Santiago.

El único recuerdo que le quedó de la revolución fueron las calamidades que pasó después de la toma de Juchipila en que murieron sus padres, que no eran partidarios de ningún bando, solo unas víctimas más de los daños colaterales que una guerra provoca. Se quedó además con la trompeta que guardó siempre como un amuleto por considerarla el único compañero en todos esos días que anduvo a salto de mata escondiéndose de la muerte en aquellos escarpados cerros, después que comenzaba un fiero combate.

Llegaron y se instalaron en la casa grande y para no incomodar a Bulfrano le ofrecieron el mismo espacio que ocupaba en ella, ya que él, aunque tenía a su disposición toda la finca, nunca utilizó las habitaciones principales. Pero lo rechazó con el pretexto de que estaría mejor ubicado en la casa de su hijo Saturnino y aprovecharía más su tiempo libre para enseñar a su hijo a perfeccionar mejor el oficio de él, ya que esta sería la mejor herencia que él podría dejarle.

La habitación que ocupaba Bulfrano, la pasó a ocupar Doña Felipa Cervantes, la mujer que él mismo escogió para que ayudara a Doña Josefa Mora en los trabajos de la casa. Ella era una mujer sola, que hacía muchos años la había dejado el marido para irse con otra y solo le dejó un hijo que con el tiempo fue creciendo hasta que un día se fue en busca de su padre y nunca regresó. Quedó sola a su suerte viviendo en un jacal de la hacien-

da, alimentándose de las limosnas que la buena gente le daba y rodeada solo de un atajo de perros hambrientos y desamparados como ella misma. Los recogía por lástima y aunque muchas veces le arrancaban de la boca el sustento, la protegían de animales salvajes y le servían de compañía en aquellas noches oscuras de tormenta en que solo los rayos alumbraban la choza y el viento amenazaba con arrancar el techo.

Bulfrano, quien era una persona con un gran corazón, vio la oportunidad de acomodarla en la casa grande donde por lo menos no le faltaría comida y le prometió hacerse cargo de sus perros. Pero tan pronto como la dejó instalada se fue deshaciendo poco a poco de ellos para evitar conflictos con su nuera que todos los días le reclamaba. Le molestaba tener que moler tanto nixtamal para darles de comer a aquella jauría de perros hambrientos que solo perturbaban con sus ladridos los momentos tranquilos de la tarde, acosando a todos los extraños que pasaban por los caminos que rodeaban la casa.

La comarca se componía de varios ranchos y solo cuatro de ellos pertenecían a la hacienda de don Refugio Sanchez. El resto eran de familias que se habían asentado allí desde tiempos de la colonia y unas cuantas familias de indígenas que regresaron después de terminada la conquista, cuando dejaron de ser perseguidos por los españoles y una vez que ya tenían en su poder los aguajes y las mejores tierras, los dejaron que volvieran.

Aunque eran varios los poblados y crecían a un ritmo acelerado, toda la vida se movía alrededor de uno solo.

El Encino, aquí era donde se encontraba el eje a través del cual la vida de la comarca giraba. El rancho estaba situado en una de-

presión debajo del llano, rodeado por tres laderas. Dos de ellas cubiertas de encinos, mezquites, tepames y huizaches, con suelos cubiertos de vainas y bellotas apto para la crianza de chivos borregos y cerdos. La ladera del poniente, que bajaba de la ceja, estaba cerrada de vegetación menor poblada de malacateras y varaduces, palobobos y pitayos, tescalama, pochotes y cientos de arbustos, que cuando llegaba la primavera se cubrían de flores. Tres arroyos se desprendían desde el parteaguas juntando sus cauces para convertirse en uno solo, que en tiempos de aguas embravecidas se salía de madre inundando los fértiles barbechos que rodeaban la hacienda de Don Ceferino Moya. A lo largo de estos tres arroyos, se encontraban regadas las casas separadas por árboles y anchos barbechos. Al centro, formando un solo cuerpo, se encontraban la iglesia, la escuela, la hacienda y el comercio. El arroyo seguía corriendo por el borde de la ladera hasta perderse en una cascada profunda y estruendosa cuyo sonido se volvía murmullo arrullando las casas en esas noches de tormentas tempestuosas en las que después del estruendo amenazante llega la calma. La vegetación se cerraba a ambos lados de una corriente que seguía susurrando y se perdía más abajo en un cauce cerrado por la maleza. Aquí comenzaban las tierras de Don Refugio Sánchez.

A la mañana siguiente, el hacendado se levantó temprano y acompañado de su gente, entre ellos Bulfrano y su hijo Saturnino Becerra, hicieron un recorrido por los cuatro ranchos que pertenecían a su dominio. Rancho Nuevo era el lugar donde se encontraba la casa grande; aquí se tomaban las decisiones de lo que se hacía en los otros ranchos. Era el lugar donde se almacenaban las cosechas, ahí concentraban el ganado para el señalamiento y la quema, después se distribuían en los potreros, se repartían

los enseres para la siembra y se concentraban los peones el fin de semana para recibir su raya.

Siguieron hacia la Iglesia Vieja, situada en una colina a la que rodeaba una mesa y cuyos linderos bajaban hasta el río Colorado en una barranca pronunciada llena de aguacates silvestres. Este terreno lo utilizaban como pastizales. Aquí se encontraba el hato ganadero y con sus crías iban poblando los demás lugares.

Después estaba El Alacrán, donde había una hacienda en ruinas rodeada de mezquites y huerto de guayabos, de aquí se obtenía toda la madera que utilizaban en el conjunto de la hacienda. Desde postes para los potreros, timones y ramas gruesas para fabricar arados, hasta troncos enormes de eucaliptos que aserraban para fabricar puertas y ventanas o tablones con los que tapaban compuertas en las presas. También hacían sillas y mesas de cocina, todo a cargo de Saturnino Becerra.

El siguiente rancho era El Chamacuero. Un lugar hermoso bañado por un afluente de abundante corriente, encajonado entre dos laderas de vegetación tupida y diversa; allí se encontraba la casa, en la ribera del río, escondida entre los árboles. Desde lo más alto de la ladera se podía apreciar completo el paraíso perdido de Albino Rosales.

Dos días después de haber instalado a don Pascual, don Refugio regresó a su rancho de la Sierra Madre acompañado de más hombres que los que vinieron consigo. La situación ya andaba revuelta, lo percibieron en el camino. Cuando venían, un grupo de federales los detuvo antes de llegar a la ceja, un cabo los interrogó, les registraron las cosas que llevaban y después de haber contestado a todas sus preguntas, el oficial se cuadró frente

a ellos y les cedieron el paso. Estaban en lo alto deteniendo a todo el que pasaba, esculcando los bultos que transportaban los arrieros, vigilando el camino real y todos los movimientos que se hacían desde la iglesia. Cuando ellos pasaron por El Encino, la iglesia estaba cerrada con un letrero que se leía “CLAUSURADA”, pegado con engrudo un lienzo que abarcaba las dos hojas sobre la chapa. En el atrio, de las ramas de un mezquite, había tres hombres amarrados de los pies a los que varios soldados los estaban torturando. Jalando la cuerda los levantaban, se balanceaban en el viento por el impulso y abrían las manos en cruz como espantapájaros invertidos. Luego los bajaban, los tomaban por los cabellos para enderezar la cabeza y volvían a interrogarlos. El Padre había escapado y la gente, asustada, se agolpaba en una esquina temerosos de que fueran a matar a los colgados.

Don Refugio se presentó a la tropa como lo que era, el dueño de Rancho Nuevo. Les explicó a los oficiales qué papel desempeñaba cada uno de sus acompañantes y por ningún motivo se opuso a que revisaran nuevamente sus pertenencias.

Quiso interceder por los colgados, pero el capitán bruscamente le cerró el paso. No le dio ninguna posibilidad de escucharlo, cualquier argumento para disuadirlo sería nulo.

—Esta es cuestión nuestra, señor. Usted ocúpese de lo suyo si no quiere acabar como ellos, que al árbol todavía le sobran ramas.

Después de interrogarlos, el capitán los dejó pasar, no sin antes hacerles una advertencia para que les quedara bien grabada y resultara intimidatoria.

—Cualquiera que coopere con los alzados y sacerdotes, o los ayude a cumplir con su propósito sirviéndose de cualquier me-

dio, será considerado como cómplice y juzgado por un tribunal militar como adversarios del gobierno o traidores a la patria. Vivimos tiempos de guerra y para conservar el orden, hemos suspendido todo tipo de garantías. ¡Así que ya lo saben!

Cipriano Mercado era uno de los tres colgados que estaban interrogando. Aunque ya sentía que toda su sangre estaba agolpada en su cráneo y pensaba que en cualquier momento le iba a reventar y esta iba a salir a borbotones, logró mantener la calma y no denunció a ninguno de los dirigentes que encabezaron la revuelta allí. Los otros interrogados eran Bernabé Martínez y Praxedis Corona, los que manejaban el comercio en el rancho, pero a ninguno de los dos lograron arrancarles algo.

El padre Severo, después de clausurar la iglesia, organizó varios hombres para proteger sus intereses y agrandar el levantamiento. El movimiento estaba encabezado por el sacerdote y comandado por José Gómez, Marcial Vásquez, Germán Gómez y varios acarreados a su servicio, los tres eran originarios de la región. Su misión era proteger al párroco, resguardar su santuario y apoyar a las tropas rebeldes que ya se habían alzado en varios estados. Durante el tiempo que duró la guerra, el padre Severo anduvo a salto de mata, pero nunca dejó de officiar su misa, así fuera en el monte, en su santuario o en los ranchos cercanos. Los cabecillas siempre le tuvieron al tanto de los avances del gobierno y mantuvieron un cordón de vigilancia con anillos suficientes para detectar a la tropa. De ese modo, antes de que rodearan la iglesia, el párroco lograba escapar y refugiarse en alguna cueva que solo los lugareños sabían dónde se encontraba.

Después de muchos esfuerzos y asesinatos para que los caudillos de la Revolución se pusieran de acuerdo en cómo gobernar al país, en un estado que parecía ya pacificado, se vislumbraba una nueva guerra. Esta amenazaba con ser tan sanguinaria y cruel como lo fueron los levantamientos pasados.

Afortunadamente la rebelión duró poco. En tres años el gobierno logró sofocar el levantamiento y vinieron las negociaciones. Después de dar ciertas concesiones a la Iglesia y regresar los privilegios al Vaticano, llegaron a un acuerdo y en la forma que aparecieron los Cristeros, de la noche a la mañana también desaparecieron. A los cabecillas los fueron eliminando poco a poco y no descansaron hasta matarlos a todos para no dejar testigos que más tarde perjudicaran la reputación de la Iglesia.

Pascual Fernández tomó posesión de la hacienda, no como caporal sino como dueño que hizo y deshizo todas las cosas a su antojo, porque don Refugio le dio ese derecho ya que confiaba en él como hubiese confiado en su propio hijo, si lo hubiera tenido. Y él por su parte tomó las riendas de la hacienda y las manejó con tanta inteligencia y sobrada prudencia, que trató a sus empleados como si fueran su propia familia. Después que crecieron sus hijos, se revolvieron con los empleados, porque de parte de él todos recibían el mismo trato, jugaban en los mismos patios y asistían a la misma escuela. Lo mismo hizo doña Josefa Mora, que trataba como suyos a los hijos de los empleados que por las tardes se reunían a jugar con sus hijas a las afueras de la Casa Grande. Uno de los afortunados fue Bulfrano chico, como solían nombrarlo para distinguirlo del difunto abuelo cuyo nombre seguía sonando a pesar que hacía años había muerto.

Este fue, sin duda, el período más próspero de la hacienda, porque todos trabajaban en armonía, cada cual dedicado a su oficio y desempeñando su encomienda con gran responsabilidad. Hacían de la palabra un contrato y el que no cumplía sus compromisos, era difamado por los demás. Hubo un importante desarrollo en la zona, no solo en los ranchos de la hacienda sino en todos los demás que la circundaban. El crimen y la violencia se redujeron a lo mínimo, no existía el robo, las normas de moralidad eran heredadas por los hijos y la producción era tan alta, que había abundancia de todo. La gente de la región bautizó esta época como “los tiempos aquellos en que se amarraban los perros con el chorizo”.

Bulfrano hasta entonces llevó una vida feliz, pasó una infancia sin sobresaltos. Con mucha facilidad dominó el oficio de su padre. Ya mayor se le despertó el interés por los caballos y Don Pascual los puso a su disposición con mucho beneplácito, le confió a sus hijas para que aprendieran a montar y lo dejó a cargo de la alimentación y cuidado de los animales. Por largo tiempo él no se preocupó en quitar una silla ni en bañarlos, limpiarles el sudor o alimentarlos. Cuando ocupaban herraduras era Bulfrano el que los llevaba al herrero y también era él quien todas las mañanas le dejaba el caballo ensillado, colgado a la puerta de su casa.

Como ahijado de la pareja, siempre gozó de un trato más especial; las hijas de don Pascual lo veían como un hermano y nunca le perdieron el cariño, porque creció con ellas, aun después de que viniera al mundo su propio hermano, quince años después de que naciera la menor de las tres hijas. Siempre gozó de la confianza de don Pascual, que le hacía el encargo de cuidarlas cuando iban a la escuela, o los domingos cuando asistían a misa bajo su cuidado, como un chaperón respetuoso, discreto y serio que en todos infundía confianza.

III

Simona y su paraíso

Todas las mañanas don Pascual se levantaba temprano y se vestía con ropa limpia. Salía a la cocina donde su esposa o su sirvienta lo esperaba con un jarro de té caliente o café negro, después se dirigía al zaguán soplando el contenido y colocaba el jarro en la cornisa para que el viento le bajara un poco la temperatura. Se amarraba las chaparreras, se colocaba las espuelas y de dos o tres sorbos vaciaba el contenido. Colocaba el jarro en la misma cornisa y tomando su sombrero salía donde se encontraba el caballo que su ahijado le ensillaba y le dejaba amarrado a una argolla clavada en la pared de la casa y comenzaba su recorrido.

Aunque casi a diario recorría los tres ranchos, tenía una preferencia muy especial por El Chamacuero, que era al que se dirigía primero a revisar las hortalizas y a llenar de fruta las alforjas ya que se le convirtió en costumbre hacer con fruta a diario el desayuno del día.

Después de caminar hacia el norte por los barbechos que rodean la Casa Grande, se encontraba la cuesta de El Chamacuero. Bajaba un camino que se cubría de hierbas en una ladera empinada que en primavera se poblaba de flores de colores azules, blancas y amarillas. Gramíneas color café y girasoles morados cubrían el

suelo en los lunares de vegetación pequeña. La vegetación mayor se llenaba de insectos que aleteaban, cigarras chillando y colibríes que detenían su vuelo para extraer la miel y las gotas de agua que quedaban atrapadas en sus cálices. Más abajo, al pie de la barranca, corría un arroyo de aguas abundantes y a sus orillas gruesos troncos de sabinos subían al cielo a entrelazar sus ramas. En sus copas, una multitud de pájaros hacían sus nidos abrigando un sin fin de polluelos que entre murmullos exigían comida a aquella variedad de aves que en medio de trinos y cantos los alimentaban. El viento mecía los nidos de calandrias que adornaban las ramas colgando como aretes de perlas. Las corrientes embravecidas iban desnudando las raíces que también bajo la tierra se cruzaban. Después, cuando las aguas eran mansas, los rayos de luz se colaban por sus huecos y volvían transparentes los remansos, donde pequeños peces de colores y ajolotes con gracia singular, se escondían en las raíces donde las madres incubaban hasta que una serpiente descuidada, nadando en la superficie volvía a turbar sus aguas.

Una cerca de pesadas piedras se levantaba a lo largo de la ribera del arroyo y una cortina de nogales protegía la huerta del acame provocado por el azote del viento. El terreno se dividía en parcelas sembradas de hortalizas separada por naranjos, durazneros, perales y manzanos regados por acequias y al otro extremo, frondosos platanales de anchas hojas la rodeaban.

En una esquina se encontraban la casa y los corrales bajo la sombra de altos mezquites, naranjos y granados y un patio empedrado con jardineras de piedra llenas de rosas y malvas. La mitad de las paredes de la casa estaban cubiertas de enredaderas y desde una ventana de la sala que daba hacia la huerta, se observaba entero aquel rincón de paraíso.

La entrada la adornaba una doble puerta de madera sostenida por dos gruesos horcones que giraba en dos quicios ajustados, empotrados al piso.

En esa casa vivían Albino Rosales, quien era el hortelano de la hacienda y su esposa Jerónima Moya, a la que todo el mundo conocía como Jeromita Moya, una mujer alta y morena de muy buen ver que nunca perdió su forma, aunque pasó más de media vida con el vientre ocupado porque tuvo más de una docena de hijos de diferentes facciones y colores, todos de ella. Solo de Albino siempre persistía la duda. Desde aquella mañana en que un leñador desde la ladera, observó cuando subió por la barranca del río Verde un hombre jalando un burro con dos canastos sujetos por un mecapal a la cabrilla y tomó el camino que conducía a la casa de los Rosales.

Era Don Cenobio Plasencia, el maritatero de la Palma, un pequeño rancho de los que formaban la comarca. Al llegar a la casa, amarró al burro en el horcón y saludó desde la puerta. Salió a su encuentro Jeromita Moya, rebotante de alegría y apresuradamente abrió la puerta y le dio el pase con una gran sonrisa, erguidos los pechos y el cuerpo revenido.

El hombre tomó sus precauciones y al percatarse que la mujer estaba sola, nada perezoso, la tomó por la cintura y con ansias desenfrenadas la abrazó por la espalda y le besó el cuello. Regocijado, le acarició su vientre pronunciado y después de voltear a todos lados la empujó a la sala sin imaginar que alguien desde la ladera los estaba viendo. Abrieron un poco la ventana para estar seguros que toda la familia al otro extremo de la huerta se encontraba trabajando. Se estrecharon con fuerza, ella se abrazó a la

pared y él con ansias desmedidas le desprendió sus ropas íntimas y comenzó a recorrer su cuerpo como si fuera un camino conocido. Luego se fueron perdiendo, hundidos en un mar de caricias, hasta que el rebuzno del asno mató la quietud de la mañana y como una melodía, el sonido salió empujado por el aire y siguió de tumbo en tumbo, hasta chocar con la ladera y regresó la nota en eco a detenerse en el oído de Albino Rosales.

Ese percance los regresó de su embeleso.

Albino, de mente liviana e instinto desconfiado, al escuchar al jumento pensó que allá en su casa algo raro estaba sucediendo y ni tardo ni perezoso arrojó el azadón a un lado y ordenó a la familia:

—Sigan ustedes trabajando, yo voy a despachar a ese individuo. Esa trompeta viene del asno del maritatero, ya le conozco el tono y si tantito se descuida su madre con los huevos, se los hace torta; ese hombre la enreda, la espeluca y la hace bolas.

—¡Santo Dios, Cenobio, que viene mi marido! —exclamó Jeromita cuando vio a Albino que a toda prisa se acercaba con paso sarando, fatigado, acezando como puerco de engorda. Con dificultad corría limpiándose el sudor de la frente con un paliacate rojo y una rozadera en la otra mano.

El hombre que observaba allá a lo lejos, sintió impulso de seguir ladera arriba para no ver correr la sangre. Hasta imaginó ver al maritatero degollado por el asa de picos que llevaba Albino. Dio unos cuantos pasos hacia arriba y se detuvo; la curiosidad tuvo más fuerza que su miedo y esperó a que ocurriera el desenlace.

Don Cenobio sólo pudo abrochar el primer botón del pantalón y rápido corrió a la entrada cuando Albino alcanzó la puerta

interna del patio. Él lo vio agitado, con la cara roja provocada por la fatiga, la desconfianza y la carrera y solo alcanzó a decir, mientras abrochaba de prisa el resto de la bragueta:

—Revise bien su cuenta, doña Jeromita. Si encuentra algo mal, algún error, la semana que viene le damos otra rectificadita —y agregó— ¡Qué mujer tan lista tiene usted, Don Albino, no se le escapa un céntimo! ¿A quién se le ocurre cotizar el precio del huevo en treinta centavos? ¿Usted sabe Don Albino, cuántos treinta caben en un peso y cuántos huevos compra usted con cincuenta centavos?

—No pos...no. De veras que es complicado el asunto —dijo Albino, rascándose la cabeza, con el semblante casi normal y el rostro más serenado.

—Pues ella bien que lo sabe porque no le pide que se lo explique, a lo mejor hasta a hacer cuentas aprende.

—No, si siempre ha tratado, pero yo soy tan cabeza hueca que nomás no me entran los números y no crea que nomás a mí me da lecciones. A todas mis hijas les enseña cómo usar el silabario, pa' que no se las hagan tontas por ahí con lo que mercan. Pero yo ni las letras ni los números sé cómo juntarlos.

Don Cenobio, desconfiado, se fue replegando a la cerca y sin dar la espalda cruzó el portón y una vez fuera del patio dijo:

—Después de aclarar dudas, me voy don Albino —y agregó desatando su burro—. Que me queda por recorrer un camino muy largo y muchas casas por visitar, pero no puedo partir de un lugar, sin dejar a mi cliente complacido. Que pasen un buen día.

—Que Dios lo acompañe, buen hombre —dijo Albino y se encaminó a abrir la puerta. Se quedó ahí viendo como el hom-

bre cruzaba el arroyo y subía perdiéndose en la ladera. Después exhaló un suspiro y le gritó a su esposa quien permaneció dentro de la sala, por temor a que lo alterado del semblante la delatara.

—¡Qué cabal ese hombre, mujer y yo tan desconfiado! ¡Qué Dios perdone mi sonsera!

—A qué inocencia la tuya, Albino— y esbozó una sonrisa llena de malicia. —Eres ladino y matrero como el coyote, hasta desconfías de tu sombra.

Don Pascual llegaba a El Chamacuero temprano, cuando apenas comenzaban las labores de la mañana. Hacía un recorrido por la huerta, recogiendo lo que le apetecía, después se dirigía a la casa, entraba al patio y se sentaba en un sillón de madera a saborear su fruta; a esa hora la actividad en el trabajo era más intensa. Doña Jerónima en la cocina, daba de almorzar a aquel ejército de niños. Primero desayunaban los que asistían a la escuela, las hermanas más grandes los preparaban, los ayudaban a cruzar el arroyo y allí esperaban hasta verlos alcanzar la ceja. Don Albino y los hombres mayores ordeñaban en los corrales y Simona, la hija mayor, molía en el patio el nixtamal para las tortillas.

Simona Rosales siempre despertó una curiosidad muy especial en don Pascual Fernández. La conoció desde muy niña, la veía entrar y salir de su casa como una más de sus hijas, la veía pasar a la escuela, se la encontraba trabajando en la huerta o bañándose en el arroyo y aunque notaba algo muy singular en ella por tratarse de una niña, no despertaba en él ninguna malicia, hasta la mañana aquella que la vio ya convertida en mujer haciendo girar el molino. Comenzó a verla diferente, la examinó con otros ojos, la imaginó con otro pensamiento y todo aquello se le convirtió en una obse-

sión y una necesidad de estar cerca de ella, hasta el punto que le parecía vivir con ansiedad esos momentos que le provocaba cierto martirio en aquellos días cuando no lograba mirarla.

Llegaba todas las mañanas y saludaba a toda la familia. Esperaba a que don Albino terminara con la ordeña para cotejar sus cuentas, se sentaba en su sillón de madera mordiendo una manzana y ahí se concentraba en mirarla, completamente ajeno a todo lo demás que lo rodeaba. Se transportaba a otro mundo, como si fuera una visión de encanto, algo que lo envolvía en una extraña sensación de embrujo.

Le parecía demasiado sensual como movía su cuerpo, la forma en que sujetaba con sus dedos largos el palo del molino, el modo, que hacia atrás se inclinaba, al hacer fuerza para empujar la piedra y el delgado vestido se adhería a la espalda dibujando su cintura pequeña y sus caderas anchas, lo perturbaba ver como su trasero húmedo se pegaba a su falda y dibujaba las depresiones de su cuerpo, observaba con mirada de bobo como a cada paso crecían los gruesos muslos de sus piernas macizas y bronceadas y hasta el arco que sus pies formaban al desplazarse, algo le provocaba. Le gustaba ver como el sudor en diminutas gotas, brotaba de su frente y comenzaba a humedecer su piel trigueña, le encantaba como el aire fresco de la mañana revolvía su melena y como los rayos del sol se filtraban en su pelo negro azabache.

Le hubiera gustado estar la mañana entera contemplándola, para más tarde, una y otra vez en su memoria, volver a repasar su imagen. Hasta que la voz de don Albino le ponía fin a su delirio, cuando más concentrado estaba sumergido en lo más profundo de un agradable ensueño.

Después de cotejar las insignificantes cuentas, seguía a los otros ranchos cabalgando, pensando en ella con su rostro guardado, metido en una fracción de su cerebro. Le había reservado un lugar solo para ella y allí permanecía atrapada, girando como rehilete, rondando, tocando suavemente las paredes de su cráneo sin encontrar una salida. Un pensamiento que lo alteraba de tal modo que lo separaba de su mundo y no se daba cuenta en qué momento se le pasaba la mañana recorriendo distancias, sin contemplar lo hermoso del paisaje. Tampoco él buscaba una forma para desprenderse de aquello, porque no quería que el embrujo sucumbiera. Temía que ese pensamiento que le causaba sentimientos encontrados, al verse fuera de su mente, se sintiera liberado y lo arrastrara el viento.

Una vez terminado su recorrido, regresaba a su casa al caer la tarde. Se sentía mortificado por no poder desligarse de esa confusa idea que oscilaba entre el placer y el martirio. Era algo que quedó en él, engendrado como un niño al que no podría abortar porque creció dentro de sí, ligado a sus entrañas y a su cuerpo.

Pasaba arroyo arriba por diferente camino, con la cabeza levantada, como un ciervo asustado, con el corazón latiendo acelerado, como si de un momento a otro fuera a encontrarse con la muerte.

Llegaba a su casa afligido, sentía que una sombra de duda le envolvía el pensamiento, llevaba el corazón en penas arropado y un velo de tristeza cubriéndole la cara. Trataba de ocultar su rostro, no quería que su esposa lo notara, hacía por evadirla, no la miraba de frente. A la hora que llegaba, ella salía al corredor con una caldereta de agua fresca a encontrarlo. La tomaba y vacilante acaricia-

ba el barro, daba un trago y colocaba el utensilio en el pretil, luego le daba la espalda, subía un pie sobre el banco para desabrocharse las espuelas mientras ella le quitaba el sombrero, y con sus dedos largos y suaves le acariciaba el pelo. Esa breve caricia era suficiente para hacer arder un cuerpo que ya venía encendido, el calor brotaba sin saber de dónde, pero se le regaba por la espalda hasta alcanzar su cuello helado, le seguía hasta la cabeza, le cambiaba el brillo de sus ojos y se agolpaba en sus mejillas coloradas.

Tomaba a la esposa por la cintura para que ella hiciera suyo ese fuego que brotaba y así se iban caminando hasta la cocina, con el deseo creciendo, esperando con ansia que llegara la noche para apaciguar sus cuerpos, pero no era la hora señalada, todo el mundo andaba en pie, apenas en el patio se dibujaban las primeras sombras que acompañaban a la tarde.

Entraba y escogía el rincón más oscuro de la cocina. Su esposa que no comía esperando su llegada, se sentaba a su lado y no paraba de hablar. Le contaba de las cosas simples que le ocurrían durante el día, sentía temor de averiguar lo que ocultaba y elegía seguir así, disfrutando de aquel momento sin preguntar, con el deseo que aquella fantasía se prolongará para siempre. Prefería seguir viviendo así, sin indagar, evitando aquello que le revelara algo. Lo conocía tan bien que ella misma podía descubrirlo al contemplar su rostro, pero no. ¿Por qué matar esa sensación de encanto?

Solo Felipa, la sirvienta, sentada a un lado del fogón lo miraba desde la sombra y con su experiencia de vieja sufrida y maltratada, sabía que algo raro se le había trepado encima. ¡Cuántas veces observó en el rostro de su esposo las culpas dibujadas, incrustadas, surcando las arrugas de su cara! Esa sombra empañada

en su semblante, esquivando una mirada por el temor de dejar un hueco abierto por donde pudiera asomarse a sus adentros y descubrir lo que guardaba. Ella sabía muy bien lo que estaba pasando, pero lo callaba con tal de evitarle un sufrimiento a ella y por el agradecimiento y respeto que por él sentía; no era capaz de echar más peso a la carga, que ya Don Pascual llevaba encima.

Al terminar de comer salía a revisar las caballerizas, ayudaba a Bulfrano a colocar los piensos en los pesebres o a cepillar el sudor de los caballos y después que terminaban colocaba una mano en el hombro de su ahijado y conversando caminaban en dirección a la casa de Saturnino donde Guillerma, sentada en el patio, los esperaba con un bocado preparado. Él con ansia esperaba sentado en una silla vieja, veía bajar el sol que lentamente se ocultaba y aparecían las nubes coloradas en las puntas de los cerros azules, que iban escondiendo su silueta hasta perderse en las sombras de la noche, ocultando allá a lo lejos la remota lejanía donde termina el llano.

Después, cuando caía la noche y el bullicio de la casa se calmaba, se despedía de Guillerma y Saturnino que sentado en el batiente de la puerta bostezaba, abatido por la fatiga del día.

Se dirigía a su casa, donde su esposa desde su cuarto escuchaba el sonido del picaporte y el ruido de la aldaba. Ella, apresurada se subía a la cama y con ansia de amante abandonada esperaba escuchar el rechinado de la puerta y en la penumbra aparecía la sombra de aquel hombre imponente, alto y fornido, que poco a poco se iba despojando de la ropa y desnudo, se metía bajo las sábanas.

Con brusquedad la despojaba de sus prendas, con tiernos besos se prendía a su boca y el fuego de ambos se revolvía en el mis-

mo fuego. El cuerpo de los dos se convertía en un idéntico bulto y se amaban como si fuese el primer día, con las mismas ansias y la misma alegría. En medio de la pasión, los sorprendía el tormento, de sus ojos húmedos, brotaban lágrimas y se escuchaba como péndulo cuando sonaba el corazón latiendo en sus pechos. Ardiendo de deseo, los invadía la misma dicha y momentos después los asaltaba el miedo.

Él se dormía prendido de su cuerpo y al amanecer retornaban las caricias. Se volvían a amar, como si esa fuera la última noche que pasaban juntos, como alguien que se marcha para siempre y que jamás va a volver después de terminado el día.

Ella se levantaba cuando el sol asomaba los primeros rayos y aprovechando la quietud de la mañana lo acompañaba hasta el zaguán, lo abrazaba por la espada y desde la puerta esperaba que montara y se perdiera en las altas paredes al doblar la esquina de la casa. Luego regresaba a su lecho suspirando de amor, embesada, saboreando el olor de su cuerpo y su transpiración a su sudor pegado.

Después de muchos meses de pasión y desenfreno, tanta lujuria les trajo consecuencias. Doña Josefa que conocía muy bien las reacciones de su cuerpo, desde el primer mes se dio cuenta que estaba embarazada, pero para no llenar con falsas ilusiones a su esposo, esperó treinta días más en confesarle, antes que él se diera cuenta al notar las deformaciones pronunciadas de su vientre.

Los dos percibieron aquello como un regalo de Dios, que les llenó de nuevas ilusiones, sería el bordón en que apoyaran su vejez, dio nuevos impulsos de seguir viviendo y trajo un poco de reposo a su pasión desenfrenada. Don Pascual comenzó a pensar

distinto, llenó su mente de algo nuevo, pero la imagen de Simona que llevaba en su cabeza, quedó ahí, incrustada en su cerebro. Los nuevos soplos solo la fueron recorriendo hasta moverla y colocarla más adentro, pero por mucho que se esforzó tratando de borrarla jamás logró sacarla de su mente, se pegó a él como un injerto, se aferró a su tronco, y echó raíces en su pecho.

Varios meses después, cuando nació su hijo, hizo un arduo intento tratando de borrarla; se fue alejando más y más de la casa de los Rosales, sus visitas se fueron alargando. Lo que era una visita cada día la cambiaba una vez cada semana y en ocasiones le pedía de favor a Don Albino que revisara las cuentas en su casa.

Buscaba veredas alejadas para evitar encuentros con Simona, pero cada rodeo que hacía para evadirla se convertía en motivo para seguir recordándola. Cuanto mayores eran las distancias para alargar su recorrido, más se prolongaban los momentos pensando en ella y aparecía al instante su figura. Sentía que andaba huyendo con miedo de encontrarla y sucumbir a sus encantos. Pensó que poniendo un cordón de tierra de por medio iba a borrar esa pasión malsana, cuando iba ocurriendo todo lo contrario, la distancia más y más le acercaba su recuerdo porque al final de cuentas, su propio pensamiento, era el motivo que lo conducía a desviar sus pasos.

Porque el amor prohibido es así, se siembra con el rechazo y crece regado con las aguas turbias de lo indebido.

IV

Simona Rosales

Aunque siempre estuvo rodeada de mucha gente, Simona Rosales desde muy niña prefería la vida apartada, rechazando las normas impuestas, porque ella no sentía que fuera como los demás. Pensaba que era distinta y no eran cuestiones de vanidad ni de orgullo, sino una simple forma de ver la vida. Lo que para otros era malo ella lo consideraba lo más normal, lo que algunos concebían como un pecado, era sin duda lo que más placer le causaba y violar las normas que le ponían un freno a sus deseos, era como una chispa que le ponía sentido a su vida.

La gente pensaba que tenía un corazón de piedra porque era muy opaca en mostrar sus sentimientos y siempre vivió encerrada en su mundo. Debido a su figura y su forma, muchos veían en ella destellos de narcisismo, pero solo tenía lo mismo que las otras mujeres, nada más un instinto más desarrollado. Disfrutaba más al exhibirse, le provocaba un gran placer que la vieran y sin que ella tuviera esa intención, atraía la mirada de los demás como algo magnético y eso provocaba la envidia de las demás mujeres.

Puso una barrera entre ella y los que la rodeaban que ni su misma madre podía penetrar, aunque Jerónima ni siquiera hizo el intento; la vida no le daba para tanto, porque la pasaba ocupada

en la crianza del resto de sus hijos. Su padre, que trató de hacerlo con mucho esfuerzo, encontró siempre una barda impenetrable que nunca pudo saltar, por el simple hecho de ser de sexos opuestos. En esa época hubiera sido un sacrilegio que un padre hablara a su hija de cosas íntimas y haciendo solamente análisis superficiales, nomás no logró entenderla. Pero nunca quitó el dedo del renglón, siempre estuvo atento a sus actos y hasta donde le fue posible vigiló todos sus movimientos

Su niñez fue muy precoz. Alcanzó la madurez a los diez años, pero desde tiempo atrás, cuando aún no llegaba a la adolescencia, ya había sido tentada por la sexualidad. Antes de ser mujer como se consideraba en aquel tiempo, se creía que la primera menstruación era el paso que separaba un periodo del otro y que, muchas veces no considerando la edad, confundidas se apegaban a sus creencias y saltándose las etapas la que temprano llegaba, dejaba sepultada la infancia.

Desde muy niña comenzó a observar la naturaleza y se dio cuenta que todo lo que existía no se podía concebir por sí solo. Todo era producto de la unión de dos seres de la misma especie y con las mismas características y todo lo nuevo que surgía era producto del apareamiento. La tierra seca era fecundada por la lluvia y del calor y la humedad todo brotaba. Cualquier semilla germinaba y de aquel prodigio brotaba la planta, volvía a caer la semilla y una vez más desde el suelo nacía la nueva hierba y de ambas se alimentaban los animales que producto del apareamiento formaban nuevos seres. Ella observaba y así de una forma vaga entendía cuál era el proceso y el ciclo por el cual se generaba la vida, y eso hacía que por este motivo la sexualidad en ella despertara tanto entusiasmo.

Escuchaba decir que a las plantas también las fecundaba el aire y eso le hacía pensar que el viento dejaba preñadas las espigas con sus caricias y que a besos los insectos seducían a las flores.

Cualquier apareamiento le proporcionaba placer y en mayor o menor medida le provocaba una fogosidad al verlo. Le llamaba la atención una oruga restregándose cuando estaba unida con otra, le gustaba como un ave sacudía sus alas al revolcarse con el macho, le conmovía la docilidad de la vaca y le excitaba sobremedida la brutalidad de los burros y los caballos al aparearse.

Si ella no hubiera entendido bien por qué se genera la vida, si no hubiese tenido claro cuál es el proceso, si sólo hubiera concebido aquello con una visión errónea o se hubiese guiado por lo divino en un concepto religioso, no se habría llenado de tanta rabia el día que se enteró que era estéril. Fue tanta su desesperación, su frustración y coraje, que hasta renegó de Dios.

Se sintió como algo inútil que no aporta, una piedra tirada, un leño seco que puede arder, dar calor y consumirse en ceniza pero que ya no genera vida; sería como esa peña deslavada que descubre la corriente del arroyo, que va señalando el cauce y solo sirve para que resbale el agua.

Se dio cuenta que estaba seca como caña convertida en rastrojo, una nuez podrida por dentro envuelta en un cascarón amargo y vano. Fue después de muchos encuentros que tuvo con muchachos de su edad a los que ella misma buscaba. Los observaba cuando bajaban por la ladera y apresurada salía a su encuentro, cerrándoles el paso para revolcarse con ellos en las blancas arenas del arroyo o cuando a propósito, abandonaba los caminos al regresar de la escuela y se perdía en el monte con alguien.

Más tarde, cuando don Pascual visitaba su casa, le excitaba tanto el saber que él la miraba, que se estremecía de placer, una extraña ansiedad la invadía y se encendía su cuerpo en deseo. Se alteraba al sentir con suavidad sobre sus muslos tiernos los roces de su falda, el calor de los rayos del sol que al penetrar bajo su ropa desnudaban su cuerpo y henchida se paladeaba al sentir como besos las caricias del viento. Se excitaba tanto, que con su imaginación y sus sensuales movimientos, llegó a tener orgasmos al exhibirse, desplazándose con provocativos pasos al hacer la molienda.

Por eso, cuando no llegaba El Caporal, le perdía el sentido a la vida. Ella, que con tantas ansias esperaba que apareciera cada mañana, al sentirlo ausente, se sintió abandonada y entró en su corazón la tristeza. La invadían unas ansias desenfrenadas en su cuerpo y así poco a poco, fue perdiendo el interés por el trabajo, descuidando su aspecto, pero jamás pensó que su padecer fuera eterno, sabía que de un momento a otro volvería a aparecer ese hombre que la tenía trastornada y le quitaba el sueño, el que ella idealizaba tanto, que con tan solo imaginarlo, hacía que se revolcara de placer en la cama. Lo sentía junto a ella, aprisionada en sus brazos, acariciando su rostro, metido bajo sus sábanas frescas. Él estaba envuelto de sombras misteriosas, era imponente y hermoso, de ojos enormes y nariz recta, de labios carnosos surcados de bigotes, de sonrisa tierna, dientes dulces como granos de elote, de áspera barba, con quijada abierta y arrugas prematuras que surcaban su frente, con su pecho ardiente y velludo, con sus músculos de acero, de delgado tronco y abastecido sexo, cargado de fuego y de infinita ternura.

Solo tenía que pensar en él para sentirlo cerca y darle vuelo a su imaginación, dibujarlo, quizás ni tal como era, sino a su antojo. Pero todo eso fue solo al principio, con el paso de los días

ya la imaginación no le bastaba, le hacía falta su presencia, verlo de cerca, escuchar su respiración y su aliento, sentirse abrazada a sus rodillas, dominada, ver los movimientos de su cuerpo provocando el deseo, seguir alimentando sus fantasías y llenar con su presencia el vacío que le quedaba.

Pasaba horas enteras contemplando la ladera con la idea que de un momento a otro apareciera, pero no fue así. Los días se hicieron largos y las horas interminables, conforme pasaba el tiempo crecía su desesperación y aumentaba su martirio, hasta que ya no soportó más y movida por el impulso, tomó una decisión. Si él no regresa a ella, tampoco iba a pasar la vida esperando que llegara, si la colina no venía, ella tenía que tramontarse al cerro.

Una tarde después del almuerzo, cuando todos hacían la siesta, Simona sofocada por el calor se despojó de sus ropas íntimas y se cubrió con una ropa ligera. Era un vestido corto de tela muy delgada y colores chillantes con rosas amarillas y mariposas negras que se ceñía de lleno a su hermosa figura. Salió al patio, se asomó a todos los cuartos de la casa y contempló a todos durmiendo un profundo sueño en la tranquilidad de la tarde. Tomó un pequeño cubo con la idea de llenarlo de flores de colores, agarró un palo largo similar a un báculo y comenzó a caminar arroyo arriba en busca de su sagrada montaña.

Camino por la ribera iba aturdida por el canto de los pájaros que parecían estar festejando su salida, el viento con suavidad movía las ramas de los árboles y acercaba a su rostro la frescura del agua arrastrando una ligera brisa. Caminaba a toda prisa con el corazón latiendo acelerado, con paso firme y decidido, olfateando al macho como loba en celo, con ansias desesperadas de encontrarlo.

Se detuvo a la orilla de un profundo remanso de aguas cristalinas de dimensiones únicas que hasta le permitía nadar. Se despojó de su ropa y caminando lentamente se fue sumergiendo en el agua, que poco a poco iba cubriendo su cuerpo hasta dejarlo hundido, solo un mechón de cabello disperso nadaba en la superficie y un espiral de diminutas olas distorsionaba su figura. Comenzó a nadar alrededor del charco como nadan las mujeres, con impulsos de rana y así como entró, fue saliendo mostrando lentamente su cuerpo, sus senos exuberantes, relucientes y lisos con el agua resbalando en su piel tersa y suave, dándole un brillo tal, como si toda su figura hubiera sido moldeada y envuelta en porcelana fina.

Comenzó a retorcer con fuerza sus cabellos para sacarle el agua hasta que se desprendieron de él las últimas gotas, sacudió la cabeza varias veces, y su melena china, reluciente y brillante, volvió a tomar su forma y cayó sobre sus hombros, después se colocó el vestido y la humedad del pelo lentamente se pasó a su cuello y bajó por su pecho hasta envolver sus senos.

Tomó su cubo y su vara y prosiguió su camino hasta encontrar la vereda que cruzaba el arroyo por donde Don Pascual pasaba cada tarde. Se detuvo frente a un nopal repleto de tunas; desde allí se observaba el camino que comenzaba a bajar en pronunciadas curvas abrazando la cintura de la colina. Ayudada con su vara, comenzó a desprender las tunas y cuando ya tenía una cantidad considerable en el suelo, de un arbusto arrancó unas ramas tiernas. Con ellas comenzó a barrerlas para quitarle los ahuates hasta que las dejó completamente limpias y recogió una a una.

Buscaba una sombra para protegerse del sol cuando escuchó el rechinar de la puerta que se abrió a lo lejos, allá donde comienza el potrero, en lo más alto de la montaña.

Desde abajo contempló al hombre sobre su caballo brioso y a través de la lejanía le pareció un muñeco hermoso. El corazón comenzó a latir acelerado, sentía como golpeaba su pecho. Después vio al otro lado del camino un árbol grande recargado sobre una piedra enorme, sus ramas estaban tan bajas que casi descansaban en la superficie; era un lugar ideal para esconderse y verlo pasar como al principio había pensado. Ella ingenuamente creía que podría ser ese su consuelo, verlo de lejos y así sentir sosiego, pero todo era falso, porque el amor y el deseo no tienen límites y un encuentro puede ser el nutriente que lo haga crecer sin freno, sobre todo si se lo alimenta con caricias nuevas, jamás va a conformarse con probaditas.

Rápido corrió y se trepó sobre la piedra, se recargó en el tronco y con impaciencia esperó repasando con su mente las curvas del camino. Inquieta, imaginaba el tiempo que tardaría en recorrer esa distancia antes de verlo pasar frente a sus ojos.

Se le erizaba la piel y sentía la boca seca, algo que siempre le ocurría al sentirlo cerca, el cuerpo se le alteraba, el ritmo de la respiración crecía con la impresión que le causaba verlo. Tomó una tuna, la abrió con desesperación y la acercó a los labios con el afán de humedecer y refrescar su boca y el rojo de la pulpa se incrustó en los bordes, dibujando sus líneas carnosas y sensuales. La ansiedad se hizo mayor al escuchar los pasos del caballo cuyos cascos sonaban sobre el suelo seco. Luego escuchó el rechinar de las arciones y la respiración agitada del animal hasta que vio apa-

recer completa su figura. Su corazón se abrió y comenzó a azotar su pecho, la respiración se le agolpaba, ya no pudo retenerla más y se le escapó el suspiro. Al menor movimiento el caballo olfateó el peligro y aventó a don Pascual sobre la hierba seca, el animal siguió corriendo, hizo una vuelta en círculo y regresó al mismo lugar, donde quedó tendido el amo.

Simona, sorprendida y sin saber que hacer, se deslizó sobre la piedra, le tendió la mano a tiempo que don Pascual se incorporaba. Se puso de pie y los dos quedaron frente a frente, se miraron a los ojos fijamente, sin darse cuenta bien qué es lo que había pasado. Pero su mirada fue tan intensa y penetrante, que traspasó su cuerpo y se envolvió en la mente y se quedó como un bálsamo incrustado que iba suavizando lentamente los latidos que les movía su corazón acelerado, ambos tenían el rostro pálido. Pascual tenía la ropa salpicada de polvo y el pelo alborotado. Simona se agachó, le cogió el sombrero y en una forma coqueta, se estiró sobre la punta de sus pies, irguió sus abultados senos hasta acercarlos a la altura de sus ojos, le acomodó el cabello y acariciando suavemente su frente lo colocó nuevamente en su cabeza, dio unos pasos atrás y se sentó otra vez sobre la piedra, con una sonrisa dibujada que oscilaba entre la compasión y la burla, invadida de una gran ternura, le habló con una voz muy suave.

—¡Qué susto me dio don Pascual, pobrecito! Por poco lo mata ese animal, vea cómo está de revolcado. Le quedó parada la cara como la ceniza y está pálido como un niño asustado.

Pero él quedó tieso como estatua sin saber qué decir. Erguido, igual que un tronco seco, hasta recuperarse de la impresión de la caída o la emoción que le causó tenerla cerca, así, al alcance de

su mano, tan próxima, que solo le faltaba estirar el brazo, arrojarse y cobijarla con su pecho. Le temblaban los labios, se le enredaban las ideas y en medio de la confusión reaccionó con violencia. La tomó por los hombros, la sacudió y la apretó con fuerza.

—¿Qué diablos haces, muchacha? Yo haciendo semejantes rodeos para evitarte y tú te apareces aquí, como la tentación, igual que si brotara de la nada la cosa mala. ¿Acaso, te parece poca esa fama de gûila que ya tienes, que vienes hasta mí, de ofrecida para confirmarlo?

Ella se sintió humillada, desprotegida e indefensa, todo su cuerpo se estremeció y rompió en sollozos y con los ojos húmedos de llanto, comenzó a hablar con mucho sentimiento. Las palabras se desprendieron de su pecho, entrecortadas, se le atoraron en la boca y se escuchaban arrastradas, porque venían de lo profundo, porque salían de muy adentro.

—¿Por qué me habla así, don Pascual? Dígame por favor que solo lo hace por despecho, me grita y me lastima, no merezco su rechazo, me hace daño, si yo siempre lo he querido, ha vivido dentro de mí desde que yo era niña. Yo solo vine aquí, nomás a verlo pasar, sin que usted se diera cuenta, se me salió un suspiro que ya lo traía atorado aquí en mi pecho y eso hizo que escariara el penco. ¿Cómo va a creer que yo quería que se cayera, si usted es lo que yo más amo en este mundo? Lo quiero tanto o más como a mi propio padre. Yo nunca pido nada para mí y se lo puedo jurar que por usted, a Dios le rezo. ¡Cuántas noches he deseado tenerlo cerca sintiendo el calorcito de su cuerpo y así soñando me despierto! Son muchas las veces imaginando que estoy dur-

miendo con usted acurrucada en sus brazos, no merezco que me haga ese reproche.

Nunca le habían hablado así en ese tono de amor, con tanta pasión y sentimiento.

Se conmovió hasta la desesperación, la recargó en su pecho y con ternura de padre le acarició la cabeza y la oprimió sobre su cuello. Con suavidad, comenzó a acariciar su cabello alborotado hasta sentir que el fuego de su cuerpo iba encendiendo el suyo; se hizo tan intenso el fuego de los dos, que a besos comenzó a secar sus lágrimas y lentamente iba apagando los sollozos. Con delicadeza puso su cara entre sus manos y vio su nariz húmeda y empañados de llanto sus enormes ojos, algo notó de perverso en su mirada y no le importó. No pudo más y sucumbió al encanto. Con pasión desmedida acercó hasta ella sus labios temblorosos y con la desesperación y la gula de un hambriento, se acercó a su boca y unieron sus labios en un beso apasionado, dulce, húmedo y salado que encendió la pasión. Se fundieron en abrazos y caricias, haciendo de los dos un solo cuerpo ardiendo hasta terminar revolcados en la ceniza gris de una pasión sin freno.

Después de un rato prolongado, él se levantó con remordimiento, sintió de nuevo que una sombra le nubló la cara y antes de retirarse se detuvo, tomó su sombrero y con ternura se detuvo a contemplarla.

Desde ese momento en adelante, dejó de ser él mismo.

La abarcó en una mirada que le quedó grabada para siempre, era una mujer hermosa, recostada sobre la piedra del deseo, el sacrificio y el pecado. Con sus caderas anchas y el vientre plano dibujado por los huesos de la pelvis, la espalda en arco y los senos

alzados haciendo fuerza en el escote a punto de brotar, burlando la presión de aquella suave tela. Una pierna doblada envuelta en vello fino y un vestido tan corto que se adhería sobre sus muslos frescos humectados por el sudor, como abrasados por la brisa. Su pelo entrelazado y sus labios carnosos permanecieron en su mente, no borraron los años esa imagen, era una visión que aparecía de pronto, en el momento menos oportuno, en cualquier parte. Aquella imborrable y viva imagen que nunca dejó de sacudir su cuerpo vivió en él como un retoño el resto de sus años, como parásito se pegó a él y solo la muerte pudo desprenderlo.

Ella, desde su lecho de piedra lo contemplaba con el alma extasiada. Se sentía completa, realizada, con el cuerpo henchido de placer y el rostro sereno, sin el menor remordimiento; se incorporó para hacerle unas caricias y darle los últimos besos y, como un venado, salió corriendo, cruzó el camino y se perdió en el monte.

Él jaló de las riendas del corcel y caminó hasta la orilla del arroyo, miró su imagen en un charco, con puños de agua lavó su rostro y su pecado. Luego montó su caballo y emprendió la subida con su cruz a cuestas, con su carga encima. El remordimiento aprisionaba el recuerdo y oprimía su pecho, opacando aquellos momentos de dicha y placer. Aparecía la culpa que se le dibujaba en su rostro, en su mirada una sombra que lo delataba, el remordimiento lo ahogaba, algo lo hacía estremecer como si lo cobijara una sábana helada cuyo frío penetraba hasta sus huesos y lo hacía sobresaltar como un niño.

Enseguida pensaba en su traición y lo martirizaban los recuerdos. Recordó aquella tarde de fiestas en que conoció a Josefa cuando era casi una niña y lo dejó fascinado su belleza, con su

cuerpo frágil, su mirada de ángel, su pelo dorado, sus cejas pobladas y sus ojos revueltos. Más tarde la recordó ya más madura en un baile recargada en su pecho, fue la primera vez que la tuvo tan cerca; la sintió tan asustada que hasta el latido de su corazón se detenía. Después escuchó los aullidos de dolor que le provocaron los dolores del parto cuando nació su último hijo. La vio con la frente mojada, retorciéndose con gallardía para expulsar de sus entrañas aquello que la hacía estremecer de dolor y la impulsaba a luchar como un guerrero que avanza con un grito desgarrado. La vio después quedar en calma y regresarle la bondad y la paz a un rostro impregnado de un sudor fresco como el sereno de noche, con la dicha y la satisfacción de haber cumplido el cometido de ser madre una vez más, la mayor satisfacción que puede sentir una mujer sobre la tierra.

Recordó verla dichosa. Cuando recibió el regalo en sus brazos, la presea que premiaba su entereza y lo contempló, con los ojos húmedos de compasión y una inmensa ternura. Recibió aquella criatura, tierna e indefensa, que le entregaron después que le arrancaron el primer llanto y sollozando lo colocaron en sus brazos para que se amamantara con el calostro tibio de sus senos. El niño, con el primer trago saboreó lo dulce de la vida después de haber recibido lo amargo del azote, sació el hambre, encontró consuelo y se arrulló al sentir el calor tibio y suave de su madre.

Pensó eso y muchas cosas más, se sintió un pequeño indigno y dejó escapar un suspiro de su pecho. Llegó hasta donde cruzaba el camino con la mirada baja y arrendó en sentido contrario de su casa. No quería llegar con la luz del día por temor a que lo delatara el semblante y su esposa le notara ese sentimiento de culpa que le quedó dibujado en la cara, como pecado venial que

se adhiere igual a una costra terca que se queda y no se desprende, hasta después de lavar varias veces la conciencia.

Se dirigió a El Encino, donde la gente se reunía al terminar la tarde. Era el mes de mayo, cuando ya los cerros están cubiertos de colores; de los parajes más agrestes y remotos brotan las flores más hermosas y abren sus pétalos al cielo preñadas de luz, agradeciendo al sol su resplandor eterno y crecen en este mundo salvaje protegidas nada más por las espinas. Contempló las hileras de nopales llenos de flor que se levantaban a lo largo del callejón y pensó para su adentro, en el momento aquel en que comió la tuna y se dio cuenta que en ese instante fue que se espino la mano. La espina caminó abriendo paso entre su piel y se le incrustó en su corazón, de donde no encontró manera de sacarla.

Se detuvo en la tienda de don Salvador Gómez, la primera casa que se encontraba a la entrada del rancho, con un corredor, una banqueta y amplio patio que les servía de tienda, como casino o de cantina. Estaba el lugar abarrotado de hombres que jugaban a las cartas o al dominó y otros sentados en la banqueta que simplemente conversaban esperando que la noche llegara.

Después de hacer un saludo general, tomó una silla y se orque-
tó en ella, volteó el respaldo para que en él pudiera descansar su
pecho. Sentados a la mesa, cuatro hombres jugaban a las cartas.
Le pidió a don Salvador que les sirviera una partida de lo que ya
estaban tomando todos y para él pidió un trago de aguardiente.
Se lo tomó en dos sorbos, sintió el calor que le quemó la garganta
y se le regó por todo el cuerpo. Después pidió otro y ahí espero
que alguno se levantara para reemplazarlo y poder incorporarse al
juego, pero la jugada estaba trabada y ninguno le cedió su puesto

y ahí siguió tomando hasta sentir su cuerpo completamente alcoholizado. Se levantó con dificultad a colocar su sombrero ancho en una esquina, notó que ya hacía sombra sobre la mesa, después que cayó la noche, le robaba la luz a un lánguido foco cuyo resplandor no era mayor al que despide el cabo de una vela.

El padre Medina, durante mayo, celebraba el mes de la Virgen y todas las tardes dedicaba un rosario en su honor. Se había convertido en tradición ofrecerle flores durante todo el mes. Las hijas de don Pascual ayudaban a preparar los floreros que se colocaban en una mesa a la mitad del templo, dejaban dos largas bancas respaldadas a las paredes para que se sentaran los niños, una para los hombres y otra para las mujeres. Eran ellas las que organizaban los cantos que hacían más lúcido el rosario, cantos que seguían después de haber terminado cada misterio, mientras niños y niñas se desplazaban en el templo llevando hasta el altar su ramillete de flores. La gente llegaba de los lugares más cercanos, las mujeres y los niños entraban al templo y los hombres mayores los esperaban en la plaza.

Ese día don Pascual estaba exhausto, con un solo recuerdo que en su pensamiento divagaba y no se dio cuenta ni a qué hora terminó la celebración. Sus hijas supieron que ahí estaba, por que vieron el caballo atado a una argolla de las muchas que colgaban a lo largo de las paredes de la tienda y regresaron a su casa extrañadas de que su padre estuviera en ese lugar al que raras veces visitaba. También a Bulfrano le tomó por sorpresa, después de haberlas encaminado como lo hacía siempre desde tiempo atrás. Cuando su patrón le había delegado esa encomienda, lo tomó tan a pecho, que hasta sentía que estaba obligado a hacerlo y sus hijas que no lo veían como un empleado, se sentían protegidas

bajo su resguardo, tanto que llegaron a apreciarlo y respetarlo igual o más que a un hermano.

Bulfrano no se sintió a gusto consigo mismo y se regresó de las puertas de la hacienda para acompañar a su padrino, desensillar y darle de cenar al caballo como lo hacía todas las tardes. Llegó y se sentó a las puertas de la tienda, donde quedaba un grupo de hombres conversando y ahí permaneció hasta que arreció la noche. Todos los hombres se retiraron y él se quedó solo, sentado, encogido en su banca como un perrito esperando a que saliera el amo.

Ya avanzada la noche, don Salvador que se sentía cansado, les puso un límite a los tahúres que entre mano y mano no se podían acabar, porque a los cuatro parecía protegerlos la suerte.

—Solo iban a jugar dos partidas más para que apuesten lo que quieran. No puedo quedarme toda la noche con ustedes, temprano tengo otras obligaciones. Si su intención es acabarse, háganlo rápido, porque yo tengo que cerrar, ya es suficiente por hoy, mañana será otro día.

Al escuchar, Bulfrano descolgó el animal y lo arrimó a la puerta, don Pascual salió balanceándose mientras don Salvador lo ayudó a llegar y a montar en el caballo. Una vez arriba, sintió que el aire le pegó en la cara y se le removiò hasta el fondo la borrachera, se le contrajo el estómago y le regresó una bocanada amarga que arrojó por nariz y boca. Luego sintió otra contracción, pero ya no arrojó nada. No había comido en todo el día y ese líquido amargo que había ingerido era lo único que llevaba en el estómago guardado. Quedó un rato doblado sobre la cabeza de la silla, luego enderezó la cara y volvió a sentir el viento. Pero ya no le provocó náuseas, al contrario, se sintió ligeramente aliviado.

—Llévalo con cuidado, Bulfrano —dijo don Salvador—, que si se cae tú solo no vas a poder levantarlo.

—Pierda cuidado, don Salvador —dijo el muchacho—, yo me encargo de llevarlo hasta su casa, gracias por todo, que tenga usted una buena noche. Y jaló el cabresto despacio, para no alterar el caballo.

La luna no estaba llena pero sí les alumbraba el camino. Bajo la sombra de los mezquites caminaron despacio hasta entrar al camino real, subieron una cuesta y después la vegetación se hizo menor. Se despejó más el camino, se aminoraron las sombras y la figura de los dos se hizo más visible, aunque seguía distorsionada por el resplandor de un cielo opaco. Fue en ese momento que don Pascual se enderezó y se dio cuenta que era Bulfrano el que llevaba el cabestro de su caballo.

El muchacho le provocó mucha compasión, tanto así que le ocasionó una presión sobre su pecho y pensó en su egoísmo. Se vio como una persona que recibe mucho y regresa poco, se sintió como un padre ingrato y conmovido y con la voz todavía trabada por las copas, le agradeció por sus cuidados y le habló con todo el corazón.

—Gracias Bulfrano, hijo, nadie en este mundo hace lo que tú haces por mí, te lo agradezco tanto, que hasta hubiera deseado ser tu padre, aunque sé que un hijo propio no haría ni por asomo lo que haces tú por mí. No merezco que me quieran tanto, porque siento esos cariños tan adentro que hasta me lastiman, te lo digo con el alma en la mano, no es un sentimiento de borracho. Un día lo entenderás, cuando sientas los querer dentro como los llevo yo aquí, atorados—. Levantó la mano y se golpeó en el pecho.

Con solo contemplar su rostro y hasta viendo su silueta, se notaba que algo lo tenía prendido; se percibió en lo arrastrado de su voz, la tristeza de sus ojos, en el hablar pausado, en las palabras desprendidas de su boca. Con cada ademán lo reflejaba y hasta se podía ver en el movimiento de su sombra, que lenta, iba arrastrándose en el suelo bajo, desplazándose en la quietud de la noche.

Llegaron a la hacienda cuando la luna ya llegaba al ocaso. Aunque se sentía mareado ya había recuperado el equilibrio de su cuerpo, entró al corredor y se sentó, recargó la quijada sobre su pecho y esperó a que Bulfrano desensillara y acomodara todo en su sitio. Al sentirlo cerca enderezó la cabeza, colocó una mano en su hombro y dijo:

—Gracias ahijado, un día no muy lejano, espero hacer esto y otro tanto por ti, no lo olvidaré nunca, que Dios te lo pague—. Tomó un puño de suaderos, los hizo rosca y se los colocó de almohada, encogió las piernas quedando casi al instante dormido, tirado en el duro banco que ese amanecer le sirvió de camastro.

Bulfrano se conmovió al verlo en ese estado, sintió compasión y lástima por él, pero no supo qué decir. Cerró la puerta lentamente, dejando escapar un suspiro, llevó el caballo a la caballeriza y se fue a su casa antes que comenzaran a cantar los gallos.

Después de muchas horas, cuando ya le había pasado la borrachera y solo quedaba el tormento de la resaca, don Pascual no soportó más la incomodidad del tosco banco en que estaba recostado porque no le permitía ni siquiera estirar las piernas. Estaba cansado de permanecer encogido como si fuera un feto y se levantó. Al ver la luz de la mañana y el reflejo del sol, le regresó

el mareo; sintió que la casa se movía y para no caer se dirigió a su cuarto apoyándose en el muro.

Su esposa no estaba ahí, hacía un buen rato que se había levantado para revisar en qué condiciones se encontraba el marido y al verlo en ese estado deplorable no quiso regresar a esperarlo en su cama. Decidió meterse a la cocina y esperar allí a que amaneciera y Felipa llegara a encender la lumbre para prepararle un tomo de hojas de guayaba, un té muy usado para aminorar el efecto de una borrachera.

Felipa, que ya tenía un buen rato despierta, se levantó después de escuchar sonar el picaporte de la cocina, entró y encontró sentada a Josefa en la silla principal de la mesa. La luz aún no aclaraba el cuarto y todavía estaba envuelto en tiniebla, no logrando esclarecer su rostro aquella bombilla humeada ardiendo sobre la mesa.

—No era mi intención despertarte tan temprano, Felipa — dijo la señora al verla entrar—. Necesito encender la lumbre para prepararle un té al señor que anoche llegó en mal estado.

—No te preocupes, mujer, que ya tenía harto rato pensando. La mayoría de la gente cuando nos volvemos viejos dormimos poco, solo al principio tu entrega es cabal, después que despiertas ya el resto de la noche no duermes, tan solo dormitas y sigues pensando igual que cuando estás despierta. Solo en el primer sueño logras desafanarte del mundo y tu mente nada más en esos momentos entra en reposo, después sigue girando como un trompo sin parar. Vé a saber hasta dónde llega el pensamiento, se va dando tumbos, por las tierras que conoce y sigue más allá hasta donde no conoces, se va recorriendo el infierno y se detiene

en el cielo. Es por eso que después de tanto divagar dándole vueltas al pensamiento, el cerebro se cansa. Hasta he pensado que con tanto revoloteo la mente se desgasta y comienza a abollarse y eso hace que las ideas se escapen como se escapan los granos de nixtamal enteros en un molino viejo. Así los pensamientos con el tiempo se vuelven una maraña y poco a poco la razón se va perdiendo, por eso los viejos nos volvemos inútiles y se nos olvida todo.

No dejaba de hablar mientras encendía la fogata, después la cocina se iluminó y Felipa se dio cuenta que la señora traía dibujada la sombra del desencanto. Marcadas en la cara las ojeras del sueño, y más hondas las arrugas que comenzaban a dividir en fracciones su piel lozana y aparecían las cenizas de los primeros mechones en su pelo, rasgos que son más atractivos a los ojos de los hombres, pero que mortifican mucho la vanidad de las mujeres.

—¿Qué te pasa, Josefa?, ¿cuál es tu apuro? Tan grave ha de ser lo que ocurre con tu cristiano, para que traigas esa cara de amargura, ese semblante de trasnochada.

—Lleva muchos meses, Felipa. Bastante tiempo hace que lo noto algo raro, desde cuando me di cuenta que ya no es el mismo, aunque su amor era más apasionado lo fui sintiendo distante, como si aquello que perduró mucho tiempo se hiciera más intenso porque ya se estaba apagando. Me parece que el deseo de entregarle todo de golpe, era por temor a que sea la última noche. Pero como cada día su amor era más fuerte, yo gozaba más, lo disfrutaba y me hacía la desentendida, que hasta pensé que todo aquello no acabaría nunca.

—Yo que conozco a los hombres, Josefa, te lo voy a decir. Quítate esa venda que tienes, las cosas como son, hay que agarrar el animal de los cuernos. Estoy segura que tu marido está atrapado en una pasión malsana, de esas que atontan a los hombres y hay que saber interpretar las señales.

Ayer hubo noche corta mujer, noche de presagio, porque el mundo se oscureció a media tarde cuando el cielo estaba sereno y por todo el firmamento no se encontraba una nube. La luna retrasó su camino para aparearse con el sol y aunque su figura era mínima, sólo un gajo tierno, pudo opacar el brillo de un astro tan imponente. Ya más tarde cuando volvió a anochecer, las palomas cantaban tristes, silbaban con furia las lechuzas y lánguido apenas se escuchaba el canto de los tecolotes, se acercaron a la casa las golondrinas y luego, la rodearon todas las aves de mal agüero. Antes de amanecer la yegua se relinchaba inquieta y pateaba el pesebre desesperada, alborotada porque le faltaba la presencia de un macho.

—Tengo miedo, Felipa y más me asustan tus premoniciones, hasta me suenan como brujería. Pero lo que más me aterra no sería eso, sino pensar que todo esto acabe y se convierta en un sueño. Lo que ayer sucedió me inquieta más, porque nunca había llegado a ese extremo.

—No son brujerías, Josefa. Son señales que Dios te manda para que tú las interpretes; pero tú te estás yendo a las orillas, ahogándote en un jarro de agua. Todos los hombres son así, debemos aprender a simular haciéndonos las desentendidas. ¡¿'Y, por qué no, hasta perdonarle sus pecadillos?! Te lo digo de mujer a mujer, no cometas como yo las mismas tarugadas ni caigas en

las mismas honduras. Mírate en mí y ve en lo que acabé. Una cáscara vieja, sola, abandonada como un perro a su suerte que no tiene quien le tire una gorda, todo eso yo misma me lo gané y bien ganado. Y eso y más me merecía por pendeja.

Felipa salió al patio, regresó con una brazada de leña y atizó la lumbre. Llenó dos tazas de aquel brebaje caliente que impregnó la cocina con olor a guayaba, las colocó en la mesa, arrimó el frasco del azúcar y dos cucharas y se sentó frente a Josefa. Tomó dos cubos de azúcar, batió el líquido con la cuchara y comenzó a hablar en tono suave, como quien da un consejo de madre.

—No te dejes enredar por los celos, que no son otra cosa que pura falta de apreciarte tú misma, que no se te trepe el orgullo, no hay cosa en esta vida que te haga sufrir más que el orgullo. Luego vienen las vanidades y esas sí que te traen mortificaciones. Te lo diré yo, que me la pasé media vida maltratando a mi hombre, exigiendo lo que no podía darme y yo encaprichada en tenerlo como una cría malcriada. Me sentía más alumbrada que él y lo sobajaba, nomás porque yo había aprendido a leer y le había dado unos repasos a la Biblia. El pobre únicamente sabía trabajar de sol a sol como un burro y no ganaba la suficiente plata para complacer mis berrinches. Después que encontró la comprensión en otro lado, yo no fui capaz de perdonar sus andanzas, me arrastró el capricho y en vez de perdonarlo me agarró el coraje. Lo llené de injurias y maltratos, lo colmé de desprecio. Hasta que no aguantó más y se fue con la otra, muy lejos a disfrutar a gusto y darle rienda suelta a sus amores. Al fin y al cabo, eran de la misma calaña, ninguno de los dos tenía ambición de riquezas, todo su delirio era revolcarse en la cama, como si en esta vida, fundirse en abrazos y comerse a besos fuera lo más importante.

En el fondo esa era la vida, vivir así sin ninguna preocupación y dejar que el mundo ruede.

El sol despegó en el horizonte y varios rayos de luz entraban por las pequeñas ventanas haciendo visible las partículas diminutas de polvo que danzan en el espacio. El rostro de las dos mujeres quedó cubierto de luz, sin ninguna sombra, quedaron frente a frente con claridad en sus semblantes. Hablaban de mujer a mujer sin tapujos, no había mentira en sus palabras.

—Cuando sin querer compartes a tu hombre con otra, el amor se vuelve pobreza— continuó Felipa. Pero cuando ya lo pierdes para siempre aquello se convierte en miseria y la miseria no tiene comparación, porque viene agarrada de la mano con la amargura y la soledad y te quedas ahí viviendo como un triste mendigo, implorando una miga de compasión deseando que alguien te regale aunque sea un gajito de amor. Cuántas veces me pasé las noches enteras sin dormir, sin probar el sueño, esperando que algún vago trasnochado me tocara la puerta para apagar mis ardores de mujer sola, no importaba que fuera cualquier fulano. Y el que me tocaba de turno entraba medio asustado y con la prisa de un gallo, desahogaba su deseo de urgido y yo me quedaba con las mismas ganas, pero a él, qué le importaba, si ya había completado. Salía de prisa y se alejaba complacido, cerrando la puerta de golpe, como espantado por el remordimiento y yo me quedaba sola, sin unos brazos donde abrigarme y con el deseo de seguir allí acurrucada para mitigar el intenso frío de la noche y al menos por un ratito, sentirme protegida. Mis mejores años los pasé así, esperando por alguien, hasta que se me fue la vida y ella misma me dejó en reposo.

Josefa llenó un jarro con el té de guayaba y se dirigió al cuarto donde se encontraba su esposo, entró con sigilo para no despertarlo, lo colocó en el buró de la cama y salió rápido sin ver siquiera en qué posición estaba acostado, sin averiguar si estaba despierto, rápido salió y se dirigió a donde estaba Felipa que ya se aprestaba a preparar el almuerzo. En poco rato las puertas comenzaron a abrirse y comenzó el trajín de la casa. Llegó Bulfrano con el pequeño tarro de leche que todas las mañanas llevaba. Las hijas se levantaron presurosas escogiendo su ropa, era día domingo, ocasión para convivir y motivo para lucirte y asistir a misa.

Fueron llegando una a una a la cocina para hacer el almuerzo hasta que toda la atención se volcó sobre Pascualito, que después de haber estado gritando y no habiendo acudido nadie en su auxilio se bajó por primera vez de la cuna y se dirigió a la cocina bamboleando sus pasos. Ya estaba reunida toda la familia, solo don Pascual permaneció en su cuarto. Sentía vergüenza de dar la cara, o temor que alguna de sus mujeres le reclamara por sus actos.

V

El encuentro

Simona en su paraíso. Ese día se levantó más temprano que de costumbre, se dirigió al arroyo y después de nadar largo rato regresó a su casa cuando ya toda la familia andaba vestida con sus mejores ropas listas para subir la ladera y asistir al templo. Después de subir la cuesta escucharon la primera llamada haciendo eco en la meseta contraria y todos alargaron el paso,

Ella aprovechó que estaba sola para hacer lo que más le gustaba, quitarse la ropa y pasear desnuda por la casa, sentir lo fresco de la mañana y disfrutar sobre su piel la caricia del viento. Mientras escogía algunas prendas que ponerse, se paraba frente a un espejo y así sobreponiéndose una a una las fue colocando encima de la cama. Luego de humectar la cara con pomada de la campana, se frotó todo el cuerpo con una agua de colonia con olor a rosas y a jazmines, dobló una pañoleta negra y se amarró el pelo atrás de la cabeza. Se colocó una blusa de manta muy delgada bordada en punto de cruz con un amplio escote adornado con rosas rojas y hojas verdes sujetada con un cordón negro alrededor, formando un corazón con un mono al borde de sus senos. Después se metió en una falda de percal corta muy holgada de fondo blanco adornada con flores de colores, metió a una bolsa de cuero de

becerro sus zapatillas de tacón, se colocó los huaraches, se colgó la bolsa en un hombro y salió al patio. Cerró la puerta y colocó la llave en un hueco de la cerca, subió la ladera radiante de alegría, con la idea de encontrar a don Pascual en el camino, provocarlo y presumir solo a él todo su encanto.

Pasó frente a la hacienda cuando don Pascual se revolcaba en la cama, tratando de conciliar el sueño para curar las molestias de su resaca y aminorar esa enfermedad del alma que le mortificaba más que las dolencias del cuerpo, porque le despertaba la zozobra, le oprimía el corazón y le aumentaba el remordimiento. Además, lo acompañaba un fuerte dolor de cabeza provocado por un vaho que subía del estómago revuelto, producto de la jaqueca y se le quedaba atrapado en las paredes de su cráneo, haciendo más intensa la depresión que se arrastra, después de que terminan los desmanes de la borrachera.

Simona ya por naturaleza era coqueta, levantaba la cabeza con la ilusión de que apareciera El Caporal en cualquier parte para mostrar su encanto, pero no lo encontró por ningún lado. La única persona que salió a toda prisa fue Bulfrano que se había quedado dormitando en el corredor a causa de la desvelada de la noche anterior y no despertó hasta que escuchó sonar las campanas dando la segunda llamada, cuando ya las mujeres de don Pascual que acompañaba cada domingo se encontraban hincadas santiguándose en el templo.

Al verlo corriendo atribulado como un conejo perseguido, Simona sintió curiosidad y se detuvo a esperarlo, sin imaginar siquiera que el cruce de dos caminos y ese encuentro, sería el que marcara para siempre sus destinos. Llegó agitado, respiran-

do fuerte, con media camisa desfajada; su sombrero de lana con la falda caída metido hasta las orejas y una barba rojiza revuelta como un nido de pájaro. Bajito, flaco y desnutrido, con el estómago pronunciado de ético, sus ojos azules y una mirada triste que se podía confundir con un niño asustado si no hubiera sido por su barba cerrada.

Un raro sentimiento provocó en Simona ese encuentro. Ella, que guardaba con tanto sigilo las emociones, tuvo la sensación de que algo movió como un péndulo su corazón de piedra. Alguna vibra le tocó por dentro que le llamó la atención, tal vez fue su facha de desamparo, su mirada de bobo, su cara de bondad o su sonrisa tierna. Le agradaba cuando fruncía el labio y asomaban los dientes blancos bajo el bigote unido con la barba, hasta sintió deseos de abrazarlo, con la misma ternura que se abraza a un niño que corre sin tanteo cuando comienza a dar sus primeros pasos, pero solo se limitó a sonreírle.

Fue suficiente para Bulfrano que no esperaba nada de ella. Perdió los estribos al mirar su sonrisa y estuvo a punto de perder la razón al contemplar tan cerca su bello rostro. Ella se acercó tanto a él que el aire le voló los cabellos y él los sintió deslizarse suavemente en la piel de su frente, como una caricia que le rozó la cara y se envolvió en sus pestañas. Su cuerpo se erizó, se removieron sus entrañas, se estremeció y sintió que desde adentro se escapaba un jubiloso grito que tenía preso. Levantó el brazo y se llevó la mano a la boca, para contener aquella alegría que se fugaba en suspiros como mariposas volando y subían a un cielo azul perdiéndose entre las nubes. Nunca había estado tan próximo a ella para rozar su cuerpo y respirar su aroma, tampoco había puesto atención al timbre de su voz, que entraba como el sonido suave

de una melodía en sus oídos. Siempre la consideró como algo lejano, inalcanzable y, aunque fueron a la misma escuela, con él siempre se mostró indiferente; jamás le dirigió una mirada.

—¿Por qué corres, Bulfrano? ¿A dónde vas tan de prisa?

—¡Es que se fueron, Mona! Me quedé dormido y cuando desperté ya no estaban. ¿Qué cuenta voy a dar si las dejaron a mi cuidado?

—¿No estaba quién, se salieron las vacas, o qué pasó, Bulfrano? No te asustes que no se van a perder. ¿A dónde pueden haber ido?

—No, las vacas no. Se me fueron las niñas y la señora. Don Pascual me las había encargado y ya le quedé mal a causa de mi modorra.

—¡Pobre pastorcito! —contestó con una sonrisa burlona, se acercó a él y moviendo los dedos le acarició la barba—. ¿Por eso estás tan pálido? No te aflijas muñeco, ni que te hubieras quedado huérfano. Niño, si no tienes a quien cuidar, cuídame a mí que también voy solita.

—Es que a ellas don Pascual me las encargó y a usted su papá no me la ha encomendado nunca y se dice que puede que hasta le dé de cuerazos al que se acerca.

—No te hace nada collonsillo, no seas tímido, son puras habladas de la gente. Ven, no tengas miedo, no te va a cortar la cabeza, acompáñame. Vamos, corre. Si no, no alcanzamos misa.

Lo tomó de la mano, y siguieron caminando de prisa, casi lo arrastraba. Aunque él iba fascinado tomando su mano suave, sentía temor que don Albino lo viera y ponía resistencia, pero al llegar a lo más alto de la colina ya Bulfrano iba serenando, sentía que no tocaba el suelo, como si se desplazara en un lugar mágico.

Comenzaron a bajar y desde lo alto ya se divisaba la iglesia y el movimiento en la plaza que estaba abarrotada de gente, el viento les acercó el olor a las fritangas. Llegaron a una casa que estaba sola, sus habitantes ya andaban en la plaza, cerca del templo, esperando escuchar la última campanada.

Allí Simona se quitó los huaraches, los metió a un hueco de la cerca y se colocó sus zapatillas con pequeños tacones para lucir más las curvas de sus piernas. Bulfrano se negó a acompañarla, por temor a las habladas de su padre, además, le provocaba vergüenza que lo vieran los muchachos de su edad y se burlaran de él.

Ella siguió sola su camino y él se quedó mirando como se alejaba. Con el corazón latiendo, la contempló con detalle y le pareció que toda era hermosa, de los pies a la cabeza. Sus talones perfectos, sus piernas de bronce, los hoyitos pronunciados en las curvas, su cintura delgada y su cabello azabache cayendo sobre su espalda. La miró con ternura, la envolvió en su mirada con la idea que se le iba para siempre, ahí nació esa sensación como presagio, ese sentimiento que lo acompañó toda la vida.

Simona siguió caminando sola, con la seguridad que siempre había tenido, ahora más que nunca después de haber cumplido su capricho, se sentía realizada. Bajó la ladera erguida como una reina a tiempo que sonaba el repique de campanas, entró a la plaza caminando con la cabeza levantada como una soberana y una sonrisa para todos, con el rostro de complacida y aires de recién casada. Pasó frente a los hombres cuando el sol de media mañana alumbraba con sus intensos rayos y penetraban su delgada ropa, dejando descubierta su figura de muslos suaves y macizos. Pero ella no se percató de eso y siguió caminando bajo la mirada de

todos, presumiendo su exuberante cuerpo, luciendo su perturbadora figura, mostrando sus desnudas piernas cubiertas de un vello suave, moviendo con gracia su cadera a cada paso con su andar meneado.

Todos suspendieron sus actividades. Los chicharroneros al pie de los fogones se quedaron atónitos, con las palas levantadas; los vendedores de verduras, impresionados, sostenían las balanzas en el aire; las mujeres más recatadas se sentían sorprendidas y agraviadas al ver su cuerpo semi desnudo a contraluz del sol; las que se sentían más beatas, estaban aterradas besando y mordiendo sus escapularios para alejar la tentación y apartar de ellas el pensamiento malo, y aquellas de mentes más ligeras la veían con envidia. Los hombres la miraban regocijados deteniendo la respiración y algunos con la boca abierta. Sin embargo, ella iba segura, con la frente en alto, levantando sus senos, sin inmudarse y así siguió erguida por el callejón, moviendo su cintura, retorciéndose como la serpiente del pecado. Entró sonando sus tacones como un cascabel que va presagiando el peligro. Haciendo ademanes sexuales y provocativos de mujer coqueta. Pasó el umbral de la puerta y no se detuvo hasta llegar a medio templo, despertando la curiosidad y el asombro de todos que para verla volteaban la cabeza. Hasta el padre se quedó con la mano levantada, esperando que se normalizara el recinto, porque llegó justo cuando la misa comenzaba.

Ese día los que nunca iban a misa entraron hasta el altar y los demás que no cupieron se agolparon en la puerta con la esperanza de que al moverse la gente dejaran un hueco y a través de ese espacio se les colara una fugaz mirada.

Después de terminada la misa formaron una valla en el callejón para ver su salida y ahí esperaron impacientes a que pasara, para contemplarla y regocijarse con la misma sensación que se contempla un ídolo o la imagen de una virgen venerada, con un fanatismo similar que cuando se quita un santo de su templo para pedirle que adelante el temporal o implorar que les haga un milagro.

Todos entraron al templo menos Bulfrano, que desde el primer momento que penetró en su corazón y atrapó su mente, comenzó su martirio. Se sentó a esperar que saliera en una esquina de la plaza. Le molestaba que todos los hombres la vieran con lujuria mientras él observaba en su rincón retorciéndose por dentro, soportando los celos. Le mortificaba ver como la acechaban los hombres vulgares y corrientes. Sin poder evitarlo, lo asaltó la tristeza y poco a poco, aquello se volvió coraje.

Le atormentaba que saliera en medio de todos; al verla desplazar provocativa y coqueta, él se sintió muy pequeño y a su entender, la ponderaba muy alta y la sentía inalcanzable y lejana. Pensaba que sus acciones no eran las de la gente buena, sino que poseía desplantes de maldad, todos los destellos de una mujer perversa.

Tomó su sombrero y enajenado por sus pensamientos regresó a su casa, agarró la vereda desesperado, tratando de borrar ese sentimiento que acababa de brotar. Ya sin poder abortarlo, se quedaría en su vientre y durante toda su existencia lo mantendría vivo, cuando más le valía no haber brotado.

Iba caminando despacio como si le cubriera una sombra a mitad de la tarde. Cuando todo el cielo era claro, su tristeza crecía

a cada paso que daba y se sentía más solo que nunca, como si hubiera brotado de la nada. Cuando llegó, su casa estaba vacía y más fuerte lo envolvió el desamparo, hasta que el relincho de un caballo lo volvió en sí.

Era el alazán de don Pascual que reclamaba por comida ya pateando el pesebre, también la yegua estaba en ayunas. Había sido tan intensa la noche anterior que hasta se le olvidó llevarles el almuerzo. Rápido se fue a la troje y sacó un costal de avena para llenar las pilas, regresó por un balde de maíz y lo mezcló con los piensos. La yegua seguía muy inquieta, sacaba la cabeza por las teleras de la puerta y con las manos escarbaba la tierra impaciente por salir y descargar toda la energía que en su cuerpo llevaba acumulada. Al verla tan desesperada, Bulfrano le colocó una jáquima con un cabestro largo, abrió la puerta y la dejó correr hasta donde terminaba la soga, después comenzó a correr en círculo y él al centro. Al ver que le sobraba brío, la acercó al corredor y le colocó el freno, tomó un fueite y le montó a puro pelo.

Ya sobre la yegua le volvió el desamparo, sintió los párpados pesados y el corazón comenzó a golpear su pecho. Se estremeció y sus ojos se le arrasaron de lágrimas. Para sacudir ese sentimiento, comenzó a galopar despacio sobre el suelo macizo. Al desplazarse se sintió más agobiado que nunca y quiso desprenderse de aquello que se le había pegado como un abrojo y lo lastimaba tanto, que sentía por dentro, desgarrado su pecho. Poco a poco fue creciendo su angustia y en su desesperación, se fue llenando de rabia. Aflojó la rienda a la yegua para que corriera más recio, luego con furia comenzó a azotarla y la enfocó sobre un barbecho recién arado dando vueltas en espiral hasta formar un círculo abierto, levantando una nube de polvo que poco a poco lo

iba ocultando hasta desaparecer su figura, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Simona, que regresaba a su casa antes que los demás con la idea de encontrarse por el camino con el Caporal, divisó desde lo alto la polvareda y pensó que era él, sin imaginar que encontraría nuevamente a Bulfrano, que fue apareciendo después que aquella nube de polvo poco a poco la dispersara el viento.

Conforme iba despejando el panorama, apareció ante los ojos llorosos de Bulfrano la imagen de Simona, que se le fue aclarando como visión de ensueño y, sin razonar, solo movido por el impulso, desesperado corrió a su encuentro, ya sin el temor que antes le causaba tenerla enfrente. Acercó la yegua a la cerca y ahí esperó a que subiera el brinco, para montarla en ancas.

—Sube Mona, yo te llevo a tu casa. Ya no temo que me vea tu padre, ni a nadie que se ponga en frente. Tú sí me asustas, pero a pesar de todo, aquí estoy venciendo el miedo.

—¿Qué valiente niño! ¿Por qué me temes, tonto? Ni que fuera un fantasma. Tócame donde tú quieras, no te voy a morder — contestó Simona con burla. Apretó brevemente sus mandíbulas en un hombro, fingió ladrar como un perro Chihuahua y lanzó una carcajada que lastimó a Bulfrano.

—¿Por qué te burlas, Mona? —reclamó. Si ya no soy un niño, dejé de serlo desde esta mañana cuando te encontré. A partir de allí comencé a ser hombre y pa demostrarte, súbete a la yegua y te llevo a cualquier parte. Pídeme lo que quieras que haga por tí, lo que sea, nomás tu boca es medida.

—¡Ah caray, hasta me asustas! ¡Llévame a donde tú quieras! No pienses que soy una mujer fácil, pero con estas palabras, quién

se resiste. Siguió con la burla y se montó en la yegua.

Bulfrano aflojó la rienda y siguió el camino de El chamacuero despacio, para proteger a Simona de una caída. Ella se aseguró abrazándose a su pecho, sintió el sudor caliente que hervía del animal al entrar en contacto con sus partes íntimas y el calor se fue regando por su cuerpo, luego se apretó más al cuerpo de Bulfrano. Él sintió su respiración agitada, el vaho candente muy cerca de su oído y el fuego de sus senos duros restregarse en su espalda. Su cuerpo se estremeció, sintió nuevamente el desamparo y el cuerpo arder arropado por la misma llama, después escuchó convertida en melodía su voz y el roce de sus labios carnosos deslizarse en su cuello, sus manos acariciar su vientre y la piel suave de su barbilla recorrer su espalda.

—¿Por qué tiemblas, Bulfrano? ¿De qué te espantas si ya eres un hombre?

—Hasta ser hombre cuesta, Mona. No se se puede dejar de ser un mocoso así, tan de repente, cuando todavía trais la leche en los labios y en los ojos el llanto.

Dio vuelta a su cuerpo y Simona lo vio con los ojos rasos. Bajaron de la yegua, la dejaron a su suerte y se tendieron en el pasto seco bajo la sombra de un árbol. Ya en el suelo, con mucha ternura comenzó a frotar su frente y a acariciar su barba, le tomó la cara como si fuera un muñeco y lo besó con una pasión desenfrenada.

Ajenos al mundo no se dieron cuenta que los hermanos de Simona les iban ya siguiendo los pasos. Cuando ya Bulfrano iba camino al paraíso en su lecho de amor, revolcándose en su majada, sintió los azotes de una vara. Se desprendió de los brazos

de Simona a tiempo que a ella, Gorgonio, el hermano mayor, la levantaba de las greñas y Cástulo, el más pequeño, le siguió lanzando maldiciones y golpeándolo a él hasta acabar la vara en su espalda. Era tanto su coraje que al no tener con que golpearlo le pegó una patada en el trasero que por poco lo tumba y allí se detuvo. Bulfrano corrió para ganar distancia, no paró hasta llegar a la hacienda y sin aliento volteaba la cabeza para cerciorarse que ya no lo estaban siguiendo.

Simona, enardecida, peleaba con los dos hermanos, palabras altisonantes se oían en el arroyo y se perdían en la barranca. La hicieron bajar la ladera a empujones.

—¿Quién les dio venia de que se metieran conmigo, malditos alicantes? Tú Gorgonio, nunca te le has pegado a una mujer. ¿Qué sabes de placeres? Hasta pareces gallo búlico. Y tú Cerote, metiche. ¿Qué vas a saber de amores, si todavía no sales del cascarón?

—¡Cállate el hocico, desvergonzada güila! —contestaba Gorgonio indignado—. Esto lo tiene que saber mi padre, que eres una descarada, nalga suelta, más ponedora que las gallinas, por todos lados has regado esa fama y nosotros como bueyes, tenemos que agachar la cabeza.

Al llegar a media ladera, Simona ya no se defendió, corrió, caminó abajo y después de cruzar el arroyo se detuvo y les gritó desafiante:

—Oigan bien alcahuetes, ni ustedes, ni Dios ni mi padre o mi madre, me van a detener de revolcarme con el hombre que a mí me cuadre. — Y siguió corriendo. Entró al cuarto, atrancó la puerta y se tiró a revolcarse en la cama para mitigar su coraje.

Bulfrano, que de momento se sintió humillado y dolorido por los golpes, después de doblar la esquina, lo tomó con ligereza y hasta le dio pena haber emprendido una carrera tan desproporcionada cuando solamente lo iba persiguiendo un niño. Recordó las palabras que le había dicho hacía un rato a Simona y le dio vergüenza imaginar que lo había visto horrorizado, metido en esos apuros. Pero ella no se dio cuenta, sintió que se desprendió de sus brazos con la rapidez de una liebre, no pudo hacer otra cosa que defenderse de las agresiones del hermano.

Ya cuando estaba más sosegado, hasta le causó risa el suceso y se despertó en él la malicia al darse cuenta que no era tan inalcanzable como había pensado. Supo que si persistía en su propósito, de la noche a la mañana lograría echarse ese trompo a la uña. Lo que al principio fue un sentimiento inocente de amor, se fue mezclando con el deseo hasta sentirse envuelto en unas ansias extrañas que lo despertaban a mitad de la noche. Empapado en sudor, con la sensación que se iba consumiendo en deseo, sentía que solo se apaciguaba retorciéndose con fuerza abrazado a la almohada y poco a poco se iba tranquilizando hasta saberse aliviado, cuando sentía que con fuerza brotaba el rescoldo propio de su cuerpo.

La misma sensación que lo despertaba de noche, comenzó a asaltarlo en el día, por la mañana y luego por la tarde, a tal grado que hasta dejaba de comer y se encerraba en su cuarto en busca del alivio, por las tardes se perdía en el monte, hasta que en una ocasión lo sorprendieron las hijas de Don Pascual retorciéndose igual que una culebra acorralada en un hoyo. Se estremecía con movimientos extraños frotando sus partes y arañando su cuerpo, gimiendo y arrojando espuma de la boca como perro del mal,

hasta que soltó un suspiro y quedó desfallecido, con las patas tiesas, recostado en el pesebre de la caballeriza.

Las muchachas asustadas al verlo no se atrevieron a contarle a su madre, pero sí fueron a decirle a Felipa, a la que le contaron con detalle, que Bulfrano estaba enfermo poseído por los demonios, a lo que ella les contestó:

—No se asusten, niñas. A su edad, ese demonio a todos los muchachos les entra. Mejor voy y le digo a su madre que le rece a la Magdalena para que le ayude, le dé un purgante con estafiate o una pócima de pasiflora y toronjil para la calentura, que no hay mejor remedio para quitar lo berraco.

La madre, preocupada de verlo pálido, flaco y trasijado, con ojos legañosos y orejas transparentes, se esmeró en sus cuidados. Le mataba pollitos tiernos y se los preparaba en caldo con arroz y verdura deshebrada en migajas, le daba la pechuga igual que cuando era un niño. Le hacía ponches y batidos con huevos, dejando sin comer a Secundino y privándose de comer ella por darle a su muchacho, al que no se le notaba alguna mejora, mientras que ellos estaban forrados solo por la piel áspera que dibujaba en sus rostros una desnutrición crónica.

El día que llegó Felipa a darles la queja, los encontró en los puros huesos, con la boca reseca y los labios partidos por el hambre. Habían reducido su dieta a puros frijoles con tortillas y chile. Guillerma, hasta espiaba las gallinas y en cuanto escuchaba el primer cacareo, salía a revisar la hornilla. Ese día andaba tras él en el patio con un vaso en la mano, exigiendo que se tomara dos huevos recién puestos, sumergidos en un azahar de naranjo.

Felipa, molesta por la ingenuidad de Guillerma le arrebató el vaso y le habló bruscamente con la energía autoritaria de una abuela. —Tómalo tú, que más falta te hace. En cualquier rato vas a azotar muerta de necesidad y este baquetón muy orondo lanzando escupitajos en los nopales.

Se dirigió a Bulfrano, que se refugió en un rincón presintiendo el motivo de la visita. —¿No te da vergüenza robarles a estos viejos la última gota de sangre que les queda? Les estás chupando la vida como un murciélago, para revolcarte desarmándote de emoción con tus cochinas.

Bulfrano, que sabía muy bien el porqué de su agresividad, salió apresurado de la casa y se perdió en el monte apenado porque su mamá se iba a dar cuenta de sus andanzas. Se sentía atrapado en las penurias, que de la noche a la mañana habían caído.

—¡Qué zoncera la tuya, mujer, matar de hambre a tu marido y morirte tú sin darte cuenta que tu muchacho el único mal que tiene es que anda barcino! Y tú dándole lo tuyo, para que él se divierta. Estás abonando su vicio, ayudando a sus maldituras. En vez de quitarle las municiones, le estás cargando con más pólvora la escopeta. Yo solo vengo a darte la queja, que se fije bien donde anda haciendo sus tarugadas, porque esta vez lo cacharon las niñas. Se lo encuentra don Pascual con sus arrumacos y te lo manda con las nalgas partidas a cintarazos.

Bulfrano sufría inmensamente tratando de contener esas ansias pecaminosas que de un momento a otro invadieron su ser y que aparecían como una enfermedad diabólica. Le hacía imposible controlar su lujuria y los desmanes de su cuerpo. Mientras, Simona complacía sus deseos dando rienda suelta a sus senti-

mientos. Por lo menos cada tercer día esperaba el momento de la siesta, salía de casa y caminaba arroyo arriba en busca de don Pascual que con ansias la esperaba cada tarde en el mismo sitio de amor que los abrigó desde el primer día.

Otro de los que andaba inquieto era Albino Rosales, que desde el momento que le dieron la queja sus muchachos por la situación en que encontraron a la hermana, comenzó a hurgar un plan tal vez perverso, pero que, al fin, le ayudaría a solucionar y callar las voces que gritaban y giraban en torno a la conducta liviana de su hija. Muchos la consideraban inmoral, depravada y pervertida por sus exhibiciones en público y los relatos que hacían de ella, a través de las habladas que pasaban de boca en boca, se convertían en mitote, en la burla y la comidilla de todos.

Cada tarde en que salía su hija, él fingía estar durmiendo. Pero al menor ruido de la puerta, se incorporaba de la cama y cubriéndose con la enramada la observaba cuando tomaba el camino. No hacía falta tener una imaginación prodigiosa para saber qué rumbo llevaba. La seguía por un camino paralelo ocultándose en la maleza hasta verla llegar a su destino. Desde lejos observaba el caballo de don Pascual amarrado a la rama de un árbol y a él sentado en una piedra acechando como un lobo hambriento revenido de amor, esperando con la cabeza levantada, olfateando para que el viento le acercara el aroma y contagiarse con el celo y el olor que su prenda llevaba. Después que se dio cuenta con quien, su hija estaba envuelta en amores, pensó que ese no sería el camino que lo llevaría a resolver el problema. Se trataba de su patrón, al que tenía que mostrar respeto. También consideraba un hueso difícil de roer para enfrentarlo y tanto él como su familia, dependían de aquel hombre que los había protegido media

vida. Además de su hija ya se decían muchas cosas, mejor optó por sacar ventaja de la situación, ya que desde el momento en que entró en relación con su hija, don Pascual se volvió con él en extremo más complaciente y él aprovechaba todo sin el más mínimo pudor. Pero, de cualquier forma, no quitó el dedo del renglón para abortar esa situación que muy en el fondo lo mortificaba. Su imaginación lo llevó al otro extremo, donde podría concluir su plan con alguien más vulnerable y sin esforzarse por buscarlo, lo encontró a la medida.

Como un cordero, solo, Bulfrano llegó al abrevadero, fue entonces que entró en su mente y no lo soltó; lo trajo ahí rondando hasta lograr su propósito. Este va a ser mi salvación —pensaba. Tiene que ser también la salvación de la muchacha, aunque lo encuentre tan desproporcionado para ella que hasta me da escalofrío pensarlo. No solo es feo, se ve papanaco, sin gracia, ojorudo, flaco y desnutrido, casi un perro pulguiento. Qué futuro te depara el destino con él, Mona, ¡pero tú te lo buscaste! ¡Mira nomás que salir igual de rabo suelta a tu madre! Con la ventaja que ella sí supo escoger un verdadero hombre, un macho que le da cumplimiento a su antojo, en cualquier momento que lo solicita y sin necesidad de andar de ofrecida. Pero tú has criado tan mala fama que hasta me figuro que para esas cosas tú no tienes llenadera, como que te apareas con cualquiera, sin ningún arrugamiento, no sé de dónde te vinieron esos apetitos tan desmedidos. ¡Ay Dios mío, perdona mis sucios pensamientos!— volteó al cielo y se golpeó el pecho.

Le quedó tan fija la idea, que hasta volvió a interrogar a sus hijos, con el supuesto de que ellos por pena, le hayan ocultado algo bochornoso, un hilo que lo condujera a encontrar un desliz más

hondo o algo más grave que lo comprometa más a fondo, pero sus hijos no exageraron, solamente le contaron lo que vieron.

Pasaba horas observando la ladera, con la seguridad que de un momento a otro aparecería Bulfrano y solo le bastaría un encuentro, para incriminarlo. Está tan idiota —pensaba—, que con un agarrón de manos será suficiente para enredarlo, el que no sabe de Dios a cualquier santo se le arrodilla y con tantito que le agarre la mano y sienta el calorcito, va a pensar que anda arañando la gloria. ¡Bah! Si este mundo está lleno de bobos, el trabajo es que se tropiecen contigo.

No pasaron ni dos semanas cuando comenzó a oscurecer el cielo. El viento silbaba entre los árboles y con su fuerza desmedida arrancó de tajo las ramas secas arrinconando las hojas en todos los corrales, corredores y patios. Se llenaron de remolinos los barbechos y se formó una nube de polvo que tapó el resplandor del cielo y atrás de aquello venía la lluvia con sus estruendos lavando el mundo y refrescando con sus intensas gotas el suelo seco. A media tarde se cubrió el sol y prematuramente llegó la noche.

Bulfrano, que pasaban los días anonadado de amor, no se dio cuenta en qué momento llegó la tormenta que con tanta antelación se anunció en el cerro con su ruido y su brisa, sus relámpagos y truenos, con negras nubes que arrastraba el viento y tuvo que hacer bajo la lluvia las últimas labores de la tarde. Metió los caballos a las caballerizas, llenó de paja los pesebres y encerró los becerros en el corral. Cuando andaba ya más mojado que una sopa, caminó desde la hacienda hasta su casa alumbrado por los rayos que iluminaban el camino y dibujaban la silueta del marco

de cantera en la puerta de entrada. Su madre, preocupada, salió a su encuentro tratando de arroparlo con un capote que por poco se lo arrebató el viento y entró a la casa tiritando de frío, cuando Saturnino ya estaba arropado con una cobija en un rincón de su cuarto. También a él lo sorprendió la lluvia. Guillerma le pidió que se quitara aquel mojado y le proporcionó ropa seca.

—Ve nomás como vienes, andas como atontado todo el santo día, se te puede caer el mundo encima y no te das cuenta.

Él no contestaba nada, hasta daba la impresión de que después de aquella visita que les hizo Felipa, se quedó mudo y había perdido el oído.

Guillerma salió a la cocina y regresó con un jarro de leche caliente, un plátano y un trozo de camote.

Mientras él cenaba, volvió a salir y regresó con una caldereta de agua caliente y una botella de alcohol de caña. Hizo una mezcla, lo acostó en la cama como si fuera un niño, le desabrochó la camisa y a buchec comenzó a rociarlo. Después le untó unguento en el pecho y lo dejó arropado con la cobija al igual que se envuelve un recién nacido.

—Duerme, no te descubras porque te puede caer un resfriado, de por sí andas como embrutecido, así no te soporto, enfermo ni quien te aguante. Mañana hablaremos, bribón, de la queja que me trajo Felipa, eso no te lo voy a dejar pasar, ni Dios lo permita, no seré una alcahueta de tus cochinadas. Dio un soplido sobre la flama del aparato y salió del cuarto.

Bulfrano se quedó en la oscuridad, acurrucado y escuchando la tempestad. Chocaban contra la puerta ráfagas de viento que amenazaban con abrirla, las maderas rechinaban y el picaporte

sonaba. Todo el cuarto se iluminaba con la descarga de los relámpagos que entraban por las fisuras de las paredes vislumbrando la cruz y los demás objetos que colgaban en ellas. El sonido de las gotas se acentuaba al chocar contra los muros de adobe, se escuchaba el chorro de agua al caer desde los canales. Todos los sonidos los dispersaba el viento, se oía un zumbido fuerte que silbaba como si alguien soplara un cuerno de buey, el aire gemía al entrar por los huecos de la cerca y al chocar con los árboles, sacudía las ramas y vibrando tumbaba las hojas, después lo escuchabas desliziéndose por los pretilos de las azoteas, hasta escaparse y perderse como un llanto lejano en la tempestad de la noche.

Pasó horas sin poder dormir, escuchando los estragos que provoca la tormenta. Pensaba en Simona, la imaginaba hermosa recostada en su cama, escuchando el estruendo que hacía el agua en el arroyo crecido. La idealizó como algo grande en el santuario de su mente, la idolatró igual que una virgen que moraba en el altar de su recuerdo.

Después lo asaltaron pensamientos profanos, recordó las depresiones de sus senos en su espalda cuando se abrazaba a su cuerpo y le vino el deseo, todo se estremeció y sintió el bochorno, luego el calor y volvió a pecar y después del pecado, tranquilizó su mente, y se quedó dormido. Durmió como un ángel, sin sobresalto como lo había hecho todas las noches de su vida, sin sueños ni pesadillas, sin despertar un solo instante. Fue el último sueño placentero de su vida.

VI

El destino

Después de una noche larga llegó una mañana hermosa, acompañada de un sol intenso cuyos rayos penetraron los orificios y se colaban por todos los rincones, violando hasta los espacios prohibidos donde quedaban secretos guardados protegidos por la sombra. Desde el suelo brotaban todos los bichos que había incubado la tierra en toda la temporada seca; un deleite para la vista y un manjar para las aves que los cazaban en pleno vuelo. Regocijados, se los ofrecían a sus polluelos que los recibían abriendo el pico, entre gorjeos y con una intensa bulla, reclamando hambrientos a sus madres.

Ya el sol había despegado y Bulfrano seguía ahí acurrucado, abrasado a la almohada y en posición de feto, cuando lo despertó el sonido de unos intensos golpes sacudiendo su puerta. Tal vez fueron más, pero él solo escuchó tres y despertó con el temor y la sensación que había sido San Pascual Bailón el que tocó a su puerta, pero se tranquilizó al oír después del sonido la voz áspera de su padre.

—Despierta, Bulfrano, que yo ya hice todos tus deberes y tú sigues echado cuando ya es mediodía — y agregó—. Levántate y ve en busca del ganado que no subió. Deben de andar regados

por la cuesta de El Chamacuero, asómate y revisa que no falte alguno, por si las dudas mejor los arrimas aquí al corral, pero que sea rápido, deja de estar contemplando las arguenas.

Por primera vez en su vida, se sintió vulnerable y pensó en la muerte. Lo asaltó la idea que en cualquier momento podría tocar a su puerta, como muchas veces le había pronosticado su madre. Pero no sintió horror, lo sintió como un proceso natural, como escalar un peldaño, dar paso hacia un mundo maravilloso de fantasías que colocaron en su mente y florecía en su cabeza, pero nunca pensó en el dolor, el horror y la angustia a la que podría enfrentarse, para dar ese brinco.

Salió de su casa contento, cargado de la energía que le brindaba ese sol brillante. Se desplazaba con paso rápido, activo, como caminaba siempre con su sombrero caído hasta los ojos. Desde lejos al pasar frente a la hacienda saludó a su padrino con la mano levantada y él le respondió igual con una sonrisa; también él ya andaba presto a salir. Llegó hasta la ceja y por la falda de la ladera andaba el ganado pastando, tragándose el pasto seco ya remojado por la lluvia y algunas vacas ya descansaban echadas rumiando bajo la sombra de los sabinos. Hasta arriba se escuchaba el sonido del arroyo crecido y al otro lado se divisaba en calma la casa de los Rosales adornada de un verde intenso. Unos mantos de niebla se alzaban sobre las copas de los árboles y se extendían por los surcos, levantando la brisa en un suelo lavado. Buscó a Simona, pero de pronto sintió miedo, recordó la carrera y la furia de los hermanos y se acordó de las habladas del padre y así con todo y su miedo, comenzó a silbar una canción para llamar la atención y el deseo de que Simona lo escuchara, hasta que no aguantó más y comenzó a cantar a pecho abierto con una voz desentonada y chillona:

Donde andará, donde andará mi paloma.
¿Por qué se fue, que ya no pude encontrarla,
adónde está, que ya no siento su aroma?
Se fue perdiendo en la loma, se ocultó tras la montaña
No sé qué rumbo llevaba, pero tengo que encontrarla.
Aunque se esconda o se muera, nunca dejaré de amarla.

Iba indeciso, caminando despacio por el borde de la cresta donde dobla la ladera. Allí corre un arroyuelo pequeño que se desliza por el filo de la colina y desemboca en el remanso del arroyo grande. Daba un paso y se detenía, observando la casa y pidiendo a Dios que Simona lo escuchara y saliera, pero todo se veía en calma. Así llegó hasta media ladera, se sentó en un risco con la mirada clavada en la casa que coronaba una lengua de nube. Desde ahí, comenzó a contar las vacas que le habían encomendado para estar seguro que ninguna faltaba, cuando escuchó en el patio el rechinar de la puerta y vio a Simona salir, sigilosa con su andar liviano y su rostro levantado. Se dirigía al remanso, llevaba un vestido holgado que lo movía el viento y una pañoleta que le ondeaba en su cuello. Él trató de ocultarse y por momentos ella lo perdió de vista, pero luego lo localizó entre la breña como ciervo asustado levantando la cabeza. Simona desató la pañoleta y con ella hizo una seña para que él se acercara.

Bulfrano sentía el corazón latiendo, hasta sus oídos vibraban cuando golpeaba su pecho, las piernas le temblaban, su cuerpo estaba desfallecido y sudaba a chorros como un enfermo, con las manos hacia bolas el sombrero y lo oprimió contra su pecho tratando de apaciguar aquel sonido que lo hacía estremecerse. Sintió impulsos de tirarse al suelo y quedarse dormido, hasta imaginó dormir el sueño eterno, así como había sido siempre, con

una tranquilidad plena, sin placer ni martirio. Para él, dormir siempre había sido lo más placentero, igual que si se separara el cuerpo del alma. Por eso le vino el deseo de no despertar hasta otro día, como si todo hubiera sido el amanecer de una hermosa mañana que se envolvió en su recuerdo.

Cuando vio a Simona entrando al agua, sintió vergüenza de su cobardía, se levantó y armado de valor corrió a su encuentro. Cuando llegó al borde del arroyo ella nadaba en la otra orilla.

El torrente era fuerte, golpeaba entre las piedras antes de caer y deslizarse en una pequeña cascada que formaba burbujas y sobre las espumas, se levantaba una ligera brisa al momento de chocar y perderse bajo las aguas mansas del remanso. El murmullo se envolvía en los sonidos y se iba perdiendo más abajo al entrar en medio de los árboles, cuyas ramas se movían acariciadas por la corriente como remos entrelazados en una barca infinita que se ocultaba perdiéndose en la lejanía.

Bulfrano estuvo a punto de brincar el charco, pero se detuvo en el borde, viendo como Simona nadaba.

—¿Por qué te detienes? Anda, ven. brinca, está rica el agua—. Y se incorporó haciendo señas con ambas manos. El ligero vestido se incrustó en su cuerpo dibujando sus formas, envueltas en una tela transparente y delgada como un velo de novia, envolviendo sus senos que se movían al ritmo de sus manos. Mientras, ella sentía su mirada profunda, como un rayo clavado penetrando su cuerpo, removiendo los rescoldos donde nace la flama que despierta el placer. Se sumergía de nuevo, volvía a salir y con las mismas señas retomaba a llamarlo, provocándolo con sus pronunciadas depresiones, que como cerros lejanos se envolvían en

un ligero manto nevado. Se acercaba cada vez más, se detenía porque al centro del charco era más fuerte el impacto de la corriente y nuevamente lo llamaba.

—Ven, acércate gallina, y movía las manos de nuevo, fingiendo que aleteaba.

Él la miraba con cara de bobo y, perturbado, no sabía qué hacer. Se arrodillaba para tocar el agua, se mojaba las orejas, se enderezaba y con cara de impotencia y desamparo le contestaba.

—Es que no sé nadar, Mona. Si brinco al charco me ahogo, yo pos no estoy acostumbrado a tanta agua, nomás con verla me asusto, si apenas ayer me bañó la lluvia, si me vuelvo a mojar ahora, a lo mejor hasta me entra el resfrio. ¿Por qué no te sales tú?

—¡Mira lo que vivo! En esta vida todo cuesta y si quieres tenerme cerca, pos tienes que arriesgarte. Las cosas buenas solo las agarran las manos largas. Los encogidos como tú, tienen que conformarse con ver y levantar las sobras que otros dejan.

Eso le picó la cresta a Bulfrano que comenzó a desabrocharse la camisa y con una firme decisión aventó su sombrero y sus zapatos y gritó corriendo antes de lanzarse al agua.

—Tengo que llegar a ti, adonde estás. Te voy a besar aunque me cueste, así sea lo último que haga.

Cerró los ojos, se llevó la mano a la nariz y con el capricho de un suicida, se arrojó al centro donde descarga la corriente. Se sumergió hasta lo más profundo, tocó la arena del fondo y salió arrojando buchec. Luego giró revolcado por la fuerza del agua que se lo fue llevando y lo arrastró dando tumbos como un tronco seco. En ese momento sintió la muerte. Se acordó de los golpes en la puerta y pensó en su madre y luego vio a Simona. A punto

de expirar, lleno de terror, se arrojó a los brazos de la muerte con todo el ánimo hecho, ya resuelto a morir. Se dejó llevar y exhaló un último suspiro, luego sintió la mano en sus cabellos que lo arrastró hasta la orilla, se abrazó de una pierna, tiró el agarrón y acertó el manotazo, como un náufrago que se pega de la última tabla. Después, desfallecido se abrazó a su cuerpo, dejó caer su cabeza sobre el hombro y comenzó a vomitar el agua acumulada. Simona sentía como el líquido caliente se deslizaba por su espalda y lo apretó a su cuerpo, lo fue deslizando lentamente hasta dejarlo sentado en la arena. Él se encogió, metió la cabeza entre sus piernas y comenzó a llorar igual que un pobre desvalido.

Simona se sentó a su lado, le acarició la espalda, le levantó la cara y con puños de agua comenzó a enjuagarlo. Después lo recargó en su pecho y comenzó a hablarle muy cerca del oído.

—Eres un tonto, Bulfrano. ¿Adónde vas a llegar con tus locuras? Estuviste a un tantito de morirte por porfiado.

—Por porfiado no, por ti. Un día te dije que, con tal de tenerte, sería capaz de todo, hasta de arrancarme la vida y así lo haré, Mona. Pa' que no te quepa duda, lo que siento por ti es así de ese tamaño. Si solo eso tengo como propio, eso te doy, qué más quieres que te ofrezca.

Con besos y caricias lo fue volviendo en sí. El latido de su corazón se fue normalizando y el calor fue regresando a su cuerpo. Sus manos comenzaron a deslizarse sobre una piel húmeda y suave, frotó con delicadeza su espalda hasta tocarle el cuello, los dedos se perdieron en un delicado terciopelo que se escondía bajo un pelo mojado. Luego fue besando sus mejillas y siguió por su pecho, bajó con ansias su vestido y quedó pegado a sus senos, como un niño hambriento.

Albino, desde el momento que lo vio bajar sintió la corazonada, pensó que era el momento de llevar a cabo su plan, pero se distrajo en el trabajo hasta el momento que llegó a su casa y se encontró que Simona no estaba en su cuarto. Le regresó la idea, la buscó a su alrededor y no la encontró por ningún lado. Luego entró a la sala y al no verla, pensó que había pasado lo peor y se sintió burlado.

—Todo lo hicieron frente a mí, una mofa, delante de mis narices—.

Entró nuevamente al cuarto y como un desquiciado tomó la pistola, se la encajó en la cintura y de una esquina agarró la escopeta. Se aseguró que estuviera cargada y salió a buscarlos dando fuertes zancadas, dirigiéndose a las charcas por donde se deslizaba el arroyo.

Ya en el camino lo asaltó la duda y vaciló en hacer lo pensado. La culpa más que de Bulfrano era de su hija que lo provocaba y pensó que no era lo correcto, pero ya le había dado muchas vueltas al mismo pensamiento. No podía desistir de su propósito, nomás porque lo invadía el remordimiento. Caminaba y pensaba en ella, en que podía arruinar la vida de los dos y hacerlos infelices para siempre. Pero a su entender también se daba cuenta que ella misma ya hacía mucho tiempo que se había echado a perder por su comportamiento ladino y que a lo mejor con un hombre a su lado, puede que enderezara el camino. Pero Bulfrano no era el hombre que tenía las agallas suficientes para hacer que su hija cambiara y así enderezar un rumbo más torcido que una trenza.

Llegó a la conclusión que era mejor dejar las cosas como estaban y estuvo a punto de regresar a su casa cuando los encontró.

Quedó perplejo, se sintió humillado, no era lo mismo imaginar las cosas que encontrarse de frente a una realidad que nada más imaginaba.

Estaba Bulfrano sobre Simona con los pantalones abajo de la rodilla, pegado como un tábano, abrazado a su cuerpo, retorciéndose como un degenerado con movimientos libidinosos. Pinchando igual que el animal para extraer la sangre o inyectar su veneno, mientras que ella seducida se movía dócil y complacida, para darle acomodo.

Perturbado, enfocó la escopeta y pegó un grito que se repitió en la ladera a tiempo que desviaba el tiro. Los dos brincaron sobresaltados. Albino quedó perplejo temblando de rabia, revisó a Bulfrano desnudo y le provocó asco al verlo tan desproporcionado para la vida, le repugnaba su panza pronunciada y sus miserias. Lo que al principio era como un chupón de niño con la impresión se convirtió en un pellejo no más grande que el brote de una verruga. Luego vio a Simona con sus carnes bien puestas y sintió lástima por ella.

—Ya te tocaría, Simona —pensó—. ¡Qué le vamos a hacer, ese es tu premio! Y tú, semejante pazguato, te trepaste como chango al palo.

Después se dirigió a ella con violencia.

—Vete a tu casa, muchacha, meca desvergonzada, antes que te pegue un tiro aquí delante de este gusano. Y tú, te quedas que te que voy a llevar con tu padre para que arreglemos este asunto y no trates de correr, porque te desbarato de un escopetazo, aunque después tenga que llevarte en un costal hecho en pedazos.

Ella corrió a su casa dando manotazos de rabia para sofocar el bochorno y él se quedó abrochándose el pantalón dispuesto a

obedecer la orden de Albino que con el rifle en mano le picó las costillas y comenzó a señalar el camino.

—Camina por acá, jumento idiota, brinca de piedra en piedra, te caes en la corriente y llegas hasta el río dando tumbos y no te volvemos a ver. Ahora es menester que no te desaparezcas, cuélale por este camino.

—Es que mi camisa y mis zapatos están allá don Albino, al otro lado. ¿Cómo voy a llegar encuerado a mi casa?

Ni Dios lo mande. Cúbrete, que me da asco tu panza lisa de tambora percutida, regada de pecas como huevo de pavo.

Pasó a la otra orilla, se calzó los zapatos, se colocó el sombrero y siguió camino arriba abrochándose la camisa. Sintiendo a cada paso el golpe del cañón, Albino levantó el rifle que llevaba y lo enfocó en su espalda, sentía el roce a cada momento, y crecía el temor de que se le disparara un tiro.

—Este viejo inútil —pensaba—, con tanta fatiga me va llenar la espalda de plomo y ya no lo cuento si este meco por descuido aprieta el gatillo. Viene muy fatigado, acezando como puerco gordo, ya no ve ni dónde pisa. Dio unos pasos más y se detuvo, vencido por la inquietud, no soportó aquella presión, volteó la cara y se dirigió a él con inusuales muestras de respeto.

—¿No sería posible, don Albino, se lo pido por su madre santa, que deje de apuntarme? Si su intención es que me case con ella yo lo haré de mil amores. Se le va un tiro y le queda viuda la Mona antes del casorio y yo me muero ahora, que apenas comienzo a tomarle sabor a la vida. ¿Pa qué tanta violencia y tanto grito? Si para pastorearme a mí con un leño tiene, hasta una varita es bastante. No ocupa semejante metralla.

—Que no es metralla, idiota, solo es una escopeta descargada, pero trata de huir y a garrotazos te la acabo en la espalda.

—¿Por qué voy a correr, don Albino? Si bien sabido es que su muchacha me cuadra. Yo de mi parte, ahora mismo me iría derechito a los altares sin pasar por tantos bretes, eso de esperar tanto tiempo nomás para que corran las amonestaciones, es solo un pretexto de los curas para arrancarle a uno el poco dinero que tiene.

—Te cuadre o no ya es cosa tuya, como que ya te la ganaste, lo que necesito es que tus padres la acepten. ¡El como quiera! Ya veremos que berrinche hace la retobada de tu madre, lo demás todo se tiene que hacer como Dios manda.

Subieron la ladera entre gritos de Albino que sudaba a chorros limpiándose la frente con un pañuelo rojo saturado como recién sacado de un charco. Ya en lo parejo se detuvo, retorció el paño para sacarle el agua y agarraron la vereda, caminando a prudente distancia, sin hablar. Cuando Bulfrano sentía que se le adelantaba se detenía a esperar, se desplazaba dócil como un corderito, tampoco Albino lo amenazaba, caminaba tras él ya con la escopeta colgada al hombro. Pasaron frente a la hacienda cuando todo estaba en calma, desde allí divisaron a Saturnino bajo la sombra de un mezquite, que con un hacha y una lima le daba forma a un timón, ya con el carro hecho, la telera puesta y las cuñas formadas. Todo listo para armar el arado en un ensamble perfecto.

Desde el momento que vio a su hijo, desconoció su semblante y le dio la impresión que algo malo pasaba. Receloso, al ver al hombre cuajado de armas, empuñó el hacha y se dirigió a él, lo saludó con respeto como lo había hecho siempre, pero le provocaba cierto temor al verlo armado y tenso.

—¿Qué le trae por aquí, don Albino? Pase que ésta es su casa, estiró la mano para saludarlo, pero él giró un poco el cuerpo evadiendo el saludo y comenzó a hablar sin voltear a verlo.

—Lo que me trae por aquí es algo verdaderamente penoso, Don Saturnino. Y no estoy aquí por mi gusto. ¡No! Tampoco vengo a pedirle algo de favor. Vengo a exigirle. Y cuando un hombre del pelo mío exige algo se cumple y esto es cosa de vida o muerte.

Se dio la vuelta para verlo de frente fanfarroneando, con la mano puesta sobre el mango de la pistola.

Bulfrano parpadeaba, sentía pena por su padre, le vio el rostro acobardado, el semblante sombrío y notó que reaccionó confundido. Se sentía agredido y no sabía cuál era el motivo, tampoco sabía cómo responder porque nunca en su vida se había encontrado en una situación como esa.

—No me ande por las ramas, don Albino. Al grano que no le entiendo, dígame qué se trae, me está hablando muy golpeado y yo no estoy acostumbrado a esos tratos. Yo le resuelvo lo que sea, siempre y cuando esté en mis manos hacerlo y le suplico por vida suya baje la voz porque si la vieja lo escucha se nos arma el San Quintín.

La respuesta impactó en Albino. Conocía bien a la mujer y en realidad sentía más recelo por ella que por el marido y hasta tuvo la sensación que al amparo de ella, Bulfrano agarraba valor. Miró a Saturnino, tenía el semblante cambiado; después de tener la cara blanca igual a una manta, comenzó a enrojecerse como un colorín, hasta sus mejillas se hincharon. No era conocido como hombre de pleito, pero su apariencia, demostraba otra cosa y Albino, precavido, para no alterarlo más, comenzó hablando más moderado.

—Lo que me trajo hasta aquí es algo muy penoso, que no le deseo a nadie, la humillación más grande que puede recibir un padre. Imagínese que me encontré a su muchacho sobre mi hija, pisándola como un degenerado gallo descolado. Se lo digo así de sopetón tal como fue, para que sepa comprenderme y ha figurarse ahora que ya lo sabe, entenderá cual es mi muina.

A chirrión don Albino, eso sí que es grave, pero sepa usted que muchacho le cumple, el inconveniente es que no es solo mío, tengo que pedirle parecer a la madre que es donde encuentro el peor. De nosotros tiene la aprobación, ya lo que piense el Bulfrano no pinta, él tiene que responder, pero veremos lo que opina la madre.

—Entre los dos tenemos que arreglar este asunto, que es cosa de hombres, usted verá cómo lo hace con ella. Una cosa sí le advierto, Don Saturnino, que mi hija no se queda deshonrada. Lo espero el domingo en el templo para que comencemos a remendar el daño, ya se los haiga si no asisten, la honra no es jugarrera. Agradezca que le traje a su muchacho sano y salvo y no tuvo que ir a traerlo tendido en una tabla, o atravesado en un macho. Antes que comience la misa lo espero —le recalcó y dio la vuelta.

Padre e hijo se quedaron fríos viendo que se alejaba. Bulfrano estaba tranquilo, solo le mortificaba ver a su padre en ese estado tan vulnerable donde en cuestión de segundos se envalentonaba, pero con la misma rapidez se le alteraba el semblante y le asomaba el miedo.

—Buena cosa hiciste, retrasado, meter a tu padre en este asunto tan bochornoso no tiene nombre, metiste las patas hasta la cintura, ya estarás contento. Ahora cuélate dentro a ver qué opina tu madre. Gracias a Dios que no escuchó, sino es capaz que

con esa lengua suelta que tiene, hace amuinar más al tal Albino y a los tres nos cuece a tiros.

Guillerma andaba muy atareada en su cocina, esmerándose, porque ese día era viernes primero, un día de confesión, al que había agregado como devoción llevar una comida, o al menos un bocado al padre Medina. Bulfrano entró muy apenado y encogido se acomodó, en un rincón del cuarto, mientras que Saturnino, se orquetó en una silla.

—¿Qué les pasa a ustedes, que aparecen tan temprano, les refrescó el apetito la lluvia? Todavía no es mediodía, la comida no está, se me van y regresan más tarde que con ustedes aquí no me concentro.

—¿Qué palabras son esas, mujer? Mira que el muchacho ni siquiera ha desayunado.

—Ni falta que le hace. ¿Qué no ves cómo está de atontado? Nada come, él solo se alimenta de amor, tray atorada esa perdida en el gaznate.

Pero Bulfrano ya no era el mismo, no solo le entró el amor, también le llegó el valor, sentimientos similares que se tambalean por los mismos motivos y en ese momento se encontraba muy elevado.

—Con esa perdida me voy a casar, madre, aunque a usted no le cuadre, si tantita duda le cabe, ahí que se lo cuente mi padre. Ella será mi mujer, no porque haya venido don Albino sino porque me gusta, para que no se haga mala sangre.

—Con esa húngara no te casas. Y te lo digo yo, que con mi vida sería capaz de impedirlo y no lo harás así tengan que pasar pisando sobre mis despojos muertos.

—Pos si ha de correr sangre, qué mejor que comience con la tuya, que el Albino ya estuvo aquí y no venía nada contento. Y no es para menos, se encontró a tu hijo jineteando su muchacha y amenazó con mandarnos a todos al otro mundo si a su hija no se le repara la honra.

—¡Qué honra ni qué nada! Si esa zorra ya está más abollada que el molcajete y no encontró otro más bobo, se encontró esta baba caída para que le sirva de parche.

—Serénate mujer, el muchacho ya está en edad de merecer y también está de acuerdo. Y yo, pos digamos que no me opongo, así evitamos dificultades, yo nunca he sido de pleito, además, pos la mercancía que tenemos, tampoco está como pa' que nos pongamos delicados.

Aunque aparentemente todo se iba solucionando, Saturnino conocía muy bien a su esposa y estaba seguro que haría todo lo posible para evitar el matrimonio. Incluso sabía que aprovecharía su relación con el Padre Medina para impedir la boda, lo haría igual, se opondría, como se opuso a que Bulfrano llevara ese nombre, iría a pedir auxilio, como cuando le pidió al padre Severo en las vísperas del bautismo.

La que no presentó ninguna resistencia como era de esperarse fue Simona, que se dejó guiar por su padre. Como un manso cordero se enfiló al sacrificio, no puso ninguna traba, por el contrario, facilitó todo para que sucedieran las cosas. Siempre su mente estaba por encima de lo que pensaban los demás. Primero se iba a liberar del acecho en el que había caído, porque tanto su padre como sus hermanos vigilaban todos sus movimientos después de darse cuenta de sus andanzas. Pensó que ya fuera de su casa, la

responsabilidad caía en el marido y no habría nadie que le impidiera ser libre, ni el propio Bulfrano tenía el carácter suficiente para someterla.

Encontró un fuerte apoyo de su madre, que todo el tiempo la observó a la distancia y siempre supo que las movían los mismos hilos. Conocía muy bien cuales eran sus ardores, porque pensaba que de ella había heredado su naturaleza recia, su desmán por los hombres. Cada vez que se daba cuenta de alguno de sus deslices, ella la comprendía muy bien, además sentía que no tenía ninguna autoridad moral para juzgarla.

A Simona le urgía salir de ahí, aunque echaría de menos su paraíso: el canto de los pájaros, su arroyo donde nadaba, el arrullo del agua, el estruendo de las corrientes después de las fuertes tormentas, sus huertos llenos de fruta y sus parcelas pobladas de verduras. Pero a cambio de todo aquello, estaría más cerca del único hombre que había amado sobre la tierra. Lo podría ver a diario, aunque fuera de lejos, o al verlo pasar cerca se impregnaría de su aliento y su cuerpo se iba a estremecer de placer como lo había sentido siempre. La misma sensación que sentía cuando se sentaba a contemplarla empujando el molino. Sabía que era imposible tenerlo solo para ella, pero se conformaría con saber que la rondaba cerca.

Aquel domingo, llegaron a tocar las puertas del curato muy de mañana. Cuando el padre Medina hacía sus oraciones hincado en el reclinatorio de su cuarto, lo interrumpió Emeteria, la sirvienta.

—Lo buscan, padre —le gritó después de sonar brevemente la puerta—.

Es la Simona y sus padres, quieren comenzar los trámites para el casorio.

—Ya voy, mujer, interrumpes mis oraciones cuando más concentrado estoy —refunfuñó— ¿A esta hora? De veras que la muchacha anda urgida de matrimonio, diles que enseguida salgo.

Se terminó de vestir y salió rápidamente, le llegó la prisa al saber que era Simona. Tenía bastante tiempo contemplando la idea de confesarla debido a lo mucho que se hablaba de ella, lo movía la curiosidad y el morbo de guardar para sí aquel cúmulo de cosas que la gente murmuraba. Y a pesar de que él también había sido víctima de sus provocaciones, nunca la pudo persuadir para que se acercara al templo, mucho menos lograr hincarla en el confesionario. La propia Guillerma fue quien se encargó de ponerlo al tanto, le daba rienda suelta a la lengua hablando del prójimo y ahora su misma lengua la castigaba, por tratarse de la que probablemente fuese su nuera. Gozaba contando los relatos vulgares y el chisme barato sin que él indagara en ello, le platicaba con todos los detalles y el morbo suficiente las peripecias de Simona. Muchas veces fue tan pródiga en sus relatos, que logró acorralarlo y llevarlo a un estado demencial de excitación insoportable y maligno, donde el párroco ardiendo perdía la calma y cuando ya no resistía más, caía en sus garras. En ciertas ocasiones pintó su raya para ponerle un alto cuando ella comenzaba con sus cuentos eróticos, inventados o ciertos, pero que tenían un marcado propósito de seducir. La detenía de golpe.

—Ya calla, mujer, sé muy bien cuál es tu propósito, adónde quieres llegar y por qué atajo te diriges. ¡Basta!

Ese día entró al templo invadido de una cierta alegría, algo que no era muy extraño en él porque así había sido siempre, dicharachero y

jovial. Pero esta vez lo movían otros hilos. Desde hacía tiempo que se sentía atraído por la muchacha, lo perturbaba su presencia en el templo y le era imposible dominar su mirada. Al verla afuera caminar, pensó para sus adentros que parecía una potranca fina.

Se acercó a saludarlos eufórico, regocijado, mientras que Jerónima y Albino lo esperaban muy encogidos sentados en una banca con la cabeza baja, apenados, los separaba un canasto de fruta que llevaban de obsequio, cohibidos y sumisos, no se atrevían a levantar la mirada. No así Simona que se colocó al otro extremo, altanera y atenta, esperando que apareciera para recibirlo con la frente en alto, como si fuera a recibir un premio, como producto de su buen comportamiento y sus grandes hazañas.

El padre entró seguido de la sirvienta. Aunque ella no tenía vela en el entierro, nada que hacer ahí, iba arrastrada por la curiosidad de ser la primera en enterarse, para más tarde difundir a los cuatro vientos la verborrea barata, como una exclusiva suya. Los tres se levantaron a un tiempo, les acercó la mano, los dos se la estrecharon y la besaron con humildad, excepto Simona que solamente la apretó con fuerza.

—Ya me comentó Emeteria. A ver, cuéntame todo tú, Albino, así que se nos casa la niña. —Extendió la mano y le acarició la cara a Simona, luego se dirigió a Jerónima, la tomó de la quijada y le enderezó ligeramente el rostro— ¿Por qué te aflige, mujer, si el matrimonio es uno de los sacramentos que nos marca la iglesia? Deberíamos tomarlo con alegría y no con esa mueca de angustia.

—Es que venimos forzados, hubiéramos querido hacer las cosas como Dios manda. ¡Pero qué pena, Padre, que esta muchacha, nos salió más liviana que el viento!

—Todo está en Dios, doña Jeromita, que si las cosas pasan, es por los designios del Creador, esto ha ocurrido en todos los tiempos, lo que pasaba es que antes los remilgos quedaban escondidos entre paredes o aprovechaban la noche para ocultarlos y al parecer a su hija le faltó recato. Nada se hace sin que nuestro Señor lo permita, todo es visible a los ojos de Dios, Pero todo esto se arregla con una buena confesión y un sincero arrepentimiento.

—Dios lo oiga, Padre —dijo Jerónima—. Esperemos que Dios escuche nuestros ruegos y no se pierda, a lo mejor teniendo un buen marido, la muchacha agarra juicio y con él encuentre sosiego.

—Así será doña Jeromita, pero hablando de marido, ¿dónde está el novio? Ve a buscarlo, Albino, pero antes alcánzame esa canasta, que esto supongo es para mí. ¿No lo has de traer a la venta, verdad?

—Claro que no padre, es suyo.

Lo levantó con ambas manos y se lo entregó a Emeteria.

—Toma mujer, desocupa y regresa a tu cocina, que aquí tú no tienes nada que hacer, solamente escuchando lo que no te incumbe. Ve por el novio, Albino y tú, muchacha, acércate al confesionario.

Después de darles órdenes entró a la sacristía, se colocó una estola y se sentó en el confesionario donde ya Simona lo esperaba tranquila, resignada a descargar su conciencia.

Más de lo que el Padre esperaba, fue una confesión rara de esas que no se olvidan, como un drama de aquellos que impresionan y los guarda la mente, al final no se supo si fue ella la que se confesó, o fue él, el que salió confesado.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Repite hija: Padre nuestro que estás en el cielo, creador del cielo y de la tierra y de todo lo que existe, te pido perdón por todas mis faltas, me arrepiento de todo corazón por haber pecado y te pido perdón por mi culpa, por mi gran culpa.

—Ahora sí, hija mía, con toda franqueza abre tu corazón, que yo soy el elegido de Dios, por medio del cual tú puedes redimirte.

—Yo no sé qué cosa es pecar, padre, yo siempre he vivido así, como un animalito, sin ofender a nadie. Si usted me ayuda a lo mejor le encuentro el hilo.

—Claro, para eso estoy. Peca aquel que falta a la verdad, el que jura en nombre de Dios en vano, en la avaricia también está el mal y malo es matar, apropiarse de las cosas ajenas, difamar, cometer actos impuros, entregarte a los placeres de la carne. El pecado está en todas aquellas cosas que se dicen de ti, no solo en tus acciones, sino en el proceder de tus actos. También está en los que te rodean, que en su forma de actuar quedan envueltos en la misma falta. Todo aquel que pregona, que se mofa, el que calumnia cuando obra mal y arrebatata, el que se entrega al gozo pasando por encima de los demás. Todas esas y muchas cosas más desembocan en el quebranto.

—Yo nunca me he sentido pecadora padre, no hago mal a los demás, nunca he robado, ni matado, ni me he burlado de naiden y sí, me he arrejuntado con muchos hombres, no lo niego, pero nada más compartimos el gusto, los dos sentimos bonito, disfrutamos los abrazos, besos, caricias y todo lo demás.

—¿Y qué es todo lo demás? — le preguntó más por intención de hurgar que por costumbre.

El padre se estremecía con sus palabras y le llegaban hasta su mente pensamientos impíos. Mortificado por sus debilidades, se dejaba arrastrar por el impulso, se asomaba a través de la rejilla del confesionario y clavaba la vista lleno de malicia, contemplando el escote, las depresiones de sus senos, sus labios carnosos. Sin duda en esa cara de inocencia se ocultaba el misterio, en su belleza se simulaba su maldad y era ahí donde escondía su cola el diablo, su mal pensamiento más le sobresaltaba. Perturbado, tomaba el aire y comenzaba a hablar en tono suave.

—En todas esas cosas hija mía, también está nuestro señor, visto que él lo permite, pero ahí, es donde se encuentra oculta la falta, dónde se esconde el maligno, ahora dime, ¿cuántos de esos imprudentes que pasaron por tus manos, son hombres casados?

—Ninguno padre. ¡Bueno! Solo uno, don Pascual y si lo tuviera todo para mí a todos los demás los mandarí a al carajo, pero la vida es así de injusta, por eso uno se vuelve rebelde.

—Tu proceder me asusta, hija, nuestro Señor condena todo tipo de debilidades, pero lo que más aborrece es el concubinato, porque eso es un pecado mayor, visto que te estás apropiando de lo que él unió a través del sagrado matrimonio, es así. Cuando como un vulgar ladrón, está robando algo que no le pertenece y con solo ese acto estas violando varios de nuestros sagrados mandamientos.

—Yo no me adueño de nada padre, solo me dejo querer, verá usted, si yo soy así, acomodada como un gatito. Con una pasadita que me den por el lomo, ya estoy prendida, solamente me conformo con lo poco que él me da, con las migajas que le sobran, con eso soy más que feliz. Disfruto su cuerpo y él se deleita con el mío, malo sería que se lo arrebatase a su mujer en cuerpo y alma, si

yo lo único que quiero de él es su tronco, con eso me conformo, es grandote y fuerte, ancho como un árbol, bien dado, así como usted, les hallo tanto parecidos, que hasta me imagino que crecieron en la misma tierra y les echaron el mismo abono, los dos son tan espigados.

—Ya basta hija, calla, me perturbas, haces que me estremezca en tus palabras. ¿Acaso no sientes pena de tus actos? ¿No te provocan remordimiento, ni te importa andar de boca en boca, avergonzando a tus padres con lo que la gente dice?

—Por qué tendría que apenarme? La gente que diga misa, todos hacemos nuestras cosas, si de usted dicen eso y muchas habladurías más, tantas que ni se imagina, montón de muchachas que se mueren por venir a contarle sus pecados, que nomás pa que usted las mande al cielo. ¡Ay padre, si yo le contara!

—Calla, calla hija, no tienes que contarme nada. La gente siempre habla así, sin fundamento. Ya lo pagarán cuando lleguen a la presencia del Padre, que nada cobra, pero tampoco perdona. Santifícate y arrepíentete de tus pecados, no soy yo el que tiene que perdonarte, porque soy como tú, un humano con todas sus debilidades. Es a Dios al que tienes que responder por tus actos a la hora de tu muerte, y es Él quien debe perdonarte. Reza, arrepíentete, hazlo con humildad para que enmiende tus faltas. Ahora repite conmigo.

—Señor mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, creador del Padre y redentor de los hombres, por ser vos quien sois te pido que perdones nuestros pecados y con tu infinita bondad redimas a tu sierva pecadora y la libres de las penas del infierno. Ve con Dios hija.

Después que ella se retiró, se quedó un rato sentado en el confesionario, pasó por su mente una ráfaga de temor, arrepentimiento y duda. ¿Cómo es posible Señor — pensó —, que a todos nos midas con la misma vara, si somos tan distintos? No nos puedes meter en el mismo saco, ni sentarnos en el mismo tribunal, cuando todos tenemos tan distintas debilidades. Perdónala a ella y compadécete de mí, que estoy rodeado de tantas tentaciones y soy tan débil o más que ella, así de fácil meto el pie en el lodo y quedé envuelto en sus bajezas.

Cuando salió del confesionario, Bulfrano ya estaba ahí acompañado de su padre y su madre, que se sentían muy compungidos porque había sido llevada a la fuerza, arrastrada como una cabra. Al otro extremo se encontraba Albino amuinado, con cara de pocos amigos ya que Saturnino lo había hecho pasar un mal rato. Después que salió a buscarlos, no los encontró por ningún lado, los buscó en la plaza y al no encontrarlos, decidió ir por ellos hasta su propia casa si era necesario. Y cuando ya iba en camino decidió registrar la tienda de don Salvador y allí en un rincón se encontró a Saturnino dejando pasar el tiempo para ver si este lo libraba del compromiso. Al verlo, Albino se sintió muy agraviado, se encendió en cólera, la sangre se agolpaba en su rostro y sin poderse contener, levantó la voz y le habló así en tono fuerte y áspero que los curiosos se arrimaron a la puerta, para indagar qué pasaba.

—Lo espero afuera, señor. Y si no sale, entro por usted y lo saco a rastras, así se esconda bajo las faldas de su esposa.

Saturnino palideció, se levantó y sin chistar, salió con la boca seca y el mundo encima, no sabía si le temía más a él o su propia

esposa. Apenas asomó la cabeza en la puerta, Albino lo recibió con un duro reclamo.

—Usted y yo hicimos un compromiso, don Saturnino. Y está faltando a su palabra. Traía una vara en la mano y la azotaba bruscamente contra su pierna.

—O lleva a su muchacho a que cumpla su compromiso y se case con mi hija o nos casamos usted y yo aquí mismo, delante de esta runfla de mitoterros. Recorrió la mano a la altura de la cintura, movió su chaqueta y le mostró la cache de la pistola.

A chirrión Don Albino, por Dios apacígüese usted. —levantó las manos haciendo señas, para frenarlo, se levantó el sombrero y se rascó la cabeza— ¿Para qué tanta violencia, señor? Más vale que haiga casorio y no velorio. Ahorita mismo le hablo al muchacho, nomás aguardame tantito.

Entró a la casa y sacó a Bulfrano y a su esposa que se habían dado cuenta de todo, porque estaban prestos, pegados a la ventana escuchando lo que pasaba afuera. Salieron los tres, caminaron rumbo al templo seguidos de Alvino, que con su vara les señalaba el camino todavía muy ofuscado.

Después de que el padre apuntara en un cuaderno sus datos y fijara la fecha de la boda para después que pasaran las amonestaciones, todo parecía volver a la normalidad, hasta que Guillerma comenzó a ponerle peros al matrimonio. Frente al padre, se sintió protegida y vio en ello la posibilidad de anular el compromiso, hecho que se llevaría a cabo, por la cobardía y debilidad del marido. Pensó que el párroco podía apoyarla por la relación añeja que con él tenía y sin ningún miramiento, comenzó a insultar a Jerónima hablando cosas muy fuertes de Simona.

—Ni te hagas ilusiones, vieja alcahueta. ¡Qué esperanzas que yo vaya a casar a mi hijo con esa desvergonzada, esas pulgas nunca van a entrar en mi casa!

Jerónima palideció, se mojó los labios con la lengua, agachó la cabeza, pero no pudo tragarse esas palabras. Le contestó en voz muy baja, para que no escucharan los demás, casi al oído.

—¿Qué más quieres, mendiga persignada, que mi hija tan linda, se haya fijado en tu sietemesino?

—Basta ya —dijo el padre—, están en la casa de Dios. Por Él deben tener recato, salgan a arreglar sus diferencias afuera, no profanen este recinto con sus vulgares palabras. Que se queden aquí solo los indispensables, los padres y los novios, ustedes fuera, que no las necesito. Los demás síganme que vamos a ultimar detalles.

Los llevó a un costado del templo y los sentó en una mesa con toda la calma del mundo haciendo tiempo, para que las cosas llegaran a su nivel, mientras les daba una plática acerca de los deberes del matrimonio y los compromisos de los padres.

Las dos mujeres abandonaron el templo muy irritadas. Guillerma salió adelante rabiando como mula en celo, a cada paso rechinaba su falda y sonaban con fuerza sus pisadas, haciendo eco bajo el techo pateaba rabiosa.

Jerónima, más prudente, caminaba atrás muy despacio, dando tiempo a que saliera y se alejara, tratando de evitarla. Hasta pensó salir por la otra puerta. Pero su orgullo le impidió regresar y tomar la otra nave, salir al patio y escapar por un costado de la colecturía. Siguió de frente calculando su movimiento y apenas traspasó el umbral de la puerta escuchó el grito de Guillerma que la esperaba en una esquina del atrio.

Allí dieron rienda suelta a sus sentimientos con un lenguaje tan coloquial y vulgar, que estuvieron a punto de llegar a los golpes. Dejaron al descubierto todas sus debilidades, ventilaron sus andanzas, sacaron a flote sus intimidades, hablando a grito abierto, pregonaron una a una todas sus bajezas, cada cual con más detalle, haciendo del dominio público las cosas más bochornosas. Algunas que ya todo el mundo sabía o imaginaba, así como otras que permanecían ocultas, pero que en medio de su coraje escarbaron las dos lo más profundo, para que lo más pecaminoso y podrido de sus haberes, saliera a flote.

—Ni creas que se te va hacer. ¡Qué va! Venimos porque el cornudo de tu viejo nos trajo a fuerzas, arriando como si fuéramos vacas o una recua de mulas, pero no por eso, te vas a salir con la tuya, esa piruja nunca va a tragar en mis comederos, te lo juro por esta. —hizo una cruz con los dedos, la besó y agregó—. Primero muerta.

Jerónima alzó las manos y se abalanzó hacia ella decidida a darle una arrastrada, pero al ver a su rival asustada y pálida retrocedió. Pero no pudo contener su rabia y le gritó:

—¿Y por qué no te mueres ya de una vez y desocupas el campo? ¡Bruja de jacal, santurrona de estiércol! —gritó más fuerte y agregó— A ver si viene el sacristán en tu auxilio, porque tu cristiano ya no sirve ni pa defenderte, mucho menos pa curar tus remilgos.

—Vaya pues, si el mío no sirve, el tuyo nunca ha servido, tus muchachos son hijos del rancho entero. ¿Por qué no le hablas al maritatero ese que te culimpina en la hornilla? A ver quién quite y anda por ahí, grítale, antes de que se te quiebre el blanquillo.

Jerónima con la cara roja por el bochorno le contestó:

—¡Maldita santurrona, métete al templo! —y le señaló con la mano—. ¡Haz gárgaras de agua bendita y dile al padre Medina que venga en tu auxilio! Y de una buena vez que te haga el favor, que todo el mundo sabe, que andas tras de él, buscando por obra del Espíritu Santo salir preñada y parir un muchacho santificado.

Sin poder contenerse comenzó a empujarla. Guillerma avanzó con dirección al templo, pero ella la detuvo agarrándola por los cabellos. Estaban las dos tan cegadas por su coraje, que no se dieron cuenta en qué momento las rodeó la gente que había madrugado para asistir a misa, hasta que escucharon que uno de los presentes gritó.

—Ayúdame compadre, que si no las separamos, aquí se va a hacer un pleito de gallinas culecas.

Dos hombres se compadecieron de ellas al verlas tan ofuscadas, casi a punto de caer desfallecidas, humilladas y exhibidas como fieras de circo. Las dos cedieron y se dejaron dominar sin oponer resistencia. Hallaron refugio en los brazos que las sujetaban, encontraron en ellos un escape, la salvación, el deseo a que todo aquello acabara. Con los cabellos canosos y enmarañados retrocedieron, los ojos vidriosos, empañados, hundidos y el rostro cenizo, cargando en su espalda corva todo el remordimiento de sus palabras, la mea culpa de sus ofensas. Las dos bajaron la cabeza, se encontraban al centro de aquella multitud que las miraba con lástima. Se doblegaron deseando que se abriera una fosa bajo sus plantas y allí quedar sepultadas para siempre con todo y sus insultos, desaparecer de la faz de la tierra y revolverse en el polvo sin dejar huella.

Cuando salieron los novios, todo estaba en calma, se encontraban cada cual en una esquina masticando el coraje. Afortunadamente los maridos no escucharon los insultos y así la situación no llegó a mayores.

Jerónima, al verlos salir, corrió a encontrar a su marido. Lo tomó del brazo y le pidió de favor que se retiraran, que la volviera a su casa. Tomó a Simona de la mano y los tres se retiraron seguidos de la mirada de todos los curiosos que no les quitaron la vista hasta verlos perderse entre las hojas tiernas y los arbustos del callejón.

Guillerma entró al cuarto para reclamarle al padre su falta de solidaridad, el nulo agradecimiento a su entrega, la poca valoración a sus servicios prestados, pero no encontró respuesta. Él ya estaba en la sacristía esperando, ya había dado la orden que dieran la última llamada para comenzar la misa y a ella ya no le quedaban fuerzas para cruzar el umbral, pasar frente al altar, arrodillarse frente a los santos y entrar a increpar. No era apropiado formar un escándalo en uno de los recintos más sagrados del templo. No era admisible, mucho menos después de las escenas que protagonizó afuera.

Solamente Saturnino y Bulfrano entraron al templo y escucharon la misa con devoción. Una vez que el padre dio la bendición final, se dirigieron a la tienda de Don Salvador y ahí como buenos amigos pidieron una cuartilla de aguardiente y brindaron por que juntos soportaron y superaron lo amargo del primer trago que su nueva familia les había hecho pasar. Sentados en una mesa ya serenos, esperaron pacientemente a que la clientela disminuyera para pedirle al dueño que les hiciera el gran honor

de apadrinar a los novios y los acompañara a media semana al pueblo para casarlos por civil.

Don Salvador, no solo aceptó con gusto, sino que les ofreció su establecimiento para que allí se celebrara el fandango. Y como muestra de admiración al muchacho, se comprometió además a contratar un tamborazo para que la boda sonara fuerte y se escuchara lejos. Y ahí mismo, Saturnino hizo el compromiso de sacar sus ahorros y pagar todo lo que consumieran los invitados, sin importar que se hiciera presente el rancho entero, así como todos los curiosos que lleguen de los alrededores a disfrutar de tan sonada fiesta. El hecho se divulgó hasta los ranchos regados al pie de la sierra, trasmontó la ceja y se extendió más allá de las barrancas del río verde, el suceso, además, fue difundido por medio de las amonestaciones, en todos los templos cercanos y a lo largo de la ruta que cubría el maritatero.

Al enterarse don Pascual de los hechos, él, que no podía ser menos que los demás, les proporcionó a la pareja una casa a un lado del callejón, muy cerca de la hacienda. Les regaló una vaca parida y una yegua que utilizó por muchos años hasta que el animal se hizo viejo. Cuando la yegua ya no le servía, la apareó con un burro en busca de un híbrido y ya al final de sus días parió una mula golondrina que fue el encanto de Bulfrano por que la crió con los cuidados de un hijo. Fue también la sorna de sus enemigos que a sus espaldas con cierta envidia comentaban que Bulfrano era el hombre más feliz de la tierra, con su par de machorras, ya que tanto la mula como Simona eran estériles. Al final de su vida, este animal fue crucial como parte de su tragedia, ya que, en su último día, cuando termina desenredada la madeja, sería el hilo final que lo conduciría a la muerte.

VII

La boda y el engaño

La boda se celebró el primer domingo de julio, cuando el firmamento es azul y los rayos de sol son más intensos. La naturaleza se alborota, las nubes negras se revuelcan entre las montañas y el cielo, después se elevan y con chaparrones bañan el suelo de una tierra generosa que no acaba de apagar su sed y como hembra en celo, despide un vaho abrasante que inquieta y trastorna. El vapor es tan candente e insoportable que se va incrustando en el cuerpo, te sacia hasta incomodarte y en tu fatiga por sacudirlo, te desespera y lo revuelcas. O para hacerlo más intenso, lo acompaña de un licor fuerte y amargo, que te quema como si a través de tu garganta entrara una flama ardiendo a tu cuerpo. Se riega por tus venas y sientes que la sangre te hierve y en lugar de sentir alivio, te llenas de exacerbación y de ira. Una vez que pierdes el control sobre ti más y más te embrutece.

La misa terminó a medio día, el padre dio la bendición final y una multitud esperó a los novios a la salida del templo. Lanzaban puños de arroz y gritaban vivas, hacían cola los hombres para abrazar a la novia, la mayoría se acercaba con malicia y morbo. Solamente a Bulfrano, los que lo felicitaban parecían hacerlo sinceramente. La banda comenzó a tocar dianas, los golpes de tam-

bora sacudían hasta las vísceras, los músicos se colocaron detrás de la pareja y toda la multitud los acompañó en peregrinación. Pasaron por la plaza y entraron en la casa de Don Salvador causando un gran alboroto. Comenzaron a servir el banquete, en ese intermedio las melodías fueron suaves, pero una vez terminada la comida, elevaron el tono y comenzó un baile calabaceado. Se empujaban unos a otros, por querer ser los primeros en bailar con Simona y ella estaba feliz al sentirse así, tan solicitada. Desfilaron todos aquellos que la deseaban, y los que ya habían tenido algo que ver con ella, aprovechaban la ocasión para recordarle y decirle al oído lo mucho que disfrutaron esos momentos. Ella, lejos de sentirse cohibida o apenada, los despedía con una sonrisa llena de malicia o burla, les daba un apretón ardiente contra sus senos, con fuerza estrechaba sus manos y terminaba despidiéndose con un roce de mejilla.

Después que comenzó a caer la tarde así andaban todos, rabiosos y embrutecidos por el alcohol, cantando canciones de despecho desentonadas, sacaban sus pistolas y gritando las descargaban al aire. La música seguía tocando, todos andaban borrachos, hasta el padre Medina se sentía pasado de copas, sentado en la mesa de honor a un lado de Don Pascual y su familia. Se tambaleó al pararse cuando Simona fue a sacarlo a bailar y para no caerse, se abrazó a su cuerpo en medio del aplauso de todos que chocaban las manos para animarlo. Comenzó a girar y aprovechándose de la ocasión, la repegó a su cuerpo. Mientras tanto el caporal se ruborizaba, un soplo frío recorrió su espalda al imaginar que sería él el elegido cuando Simona desvió su mano y la dirigió al padre para solicitar la pieza de baile. Ofuscado, aprovechó la ocasión para levantarse y se fue a sentar a una esquina, a un

lado de una mesa que servía de barra. Le pidió a Don Salvador un trago y después la botella, desde ahí observó con detalle todo lo que estaba pasando.

Sus hijas bailaban con Bulfrano en una forma amigable, se levantaban, le tomaban la mano y le sonreían para que se sintiera dichoso. Las tres le prodigaban un afecto de hermanas y aprovecharon la ocasión para demostrarlo, hasta Doña Josefa sintió deseos de hacerle un cariño y darle la bendición igual que se despide a un hijo. Cuando pasaron a retirarse, solamente lo abrazó y con los ojos rasos, le deseó buena suerte. Regresó a la hacienda acompañada de sus hijas, sentía que le calaba fuerte el distanciamiento de su marido, pero como no era mujer de escenas, todo lo disimulaba poniéndole buena cara a la vida. Saturnino y Guillerma la acompañaron, ella seguía ofuscada y no fue capaz de despedir a su hijo. Su esposo trató de persuadirla para que se reconciliara con el muchacho, pero ella no podía digerir la ofensa, seguía firme en su porfía y le contestó con dureza.

—Ni lo pienses, mejor nos vamos que yo, hace rato que dejé de tener hijos. Para mí, es como si este día hubiera muerto, él ya pasó a ser harina de otro costal.

Así lo dijo y lo cumplió, anduvo media vida sacándole la vuelta para no encontrarlo, hacía largos rodeos evitando pasar por su casa y cuando por extrañas circunstancias el destino los ponía frente a frente, agachaba la cabeza para no verlo. Y él lo entendió tan bien, que no volvió a entrar a su casa, hasta el día que le avisaron que estaba agonizando. Llegó cuando ya estaba dando el paso final, a punto de cruzar el portal de la muerte y aunque todavía podía hablar, no soltó para él ninguna palabra. Lo despidió con

una mirada de rencor, jamás le perdonó haberse sentido tan humillada por sus nuevos parientes y por lo que ella consideraba un capricho de su parte. Jamás hurgó en el verdadero sentimiento de su hijo. Pasó muchos años masticando aquella hierba amarga que nunca pudo tragar y toda la amargura y el odio sufrido el resto de su vida, se lo llevó a la tumba. Tampoco Bulfrano hizo el menor esfuerzo por reconciliarse con ella, él se sentía el agraviado, consideró siempre que su forma de proceder y de actuar le amargó su existencia para siempre y tuvo que cargar con eso hasta el final de sus días. Al tenerla frente a frente, cuando se dio cuenta que ya estaba muriendo, le respondió con una mirada igual.

Saturnino que era un hombre noble, ya no quiso contrariarla. Se le escapó un suspiro, se volvió, le dio un fuerte abrazo a su hijo y se despidió dándole la bendición para que supiera lo que jamás le dijo o lo que nunca le mostró. Fue una prueba de amor que le quedó grabada, como si le mandara una señal que pasara lo que pasara, ahí estaría su padre, siempre dispuesto a lo que fuera y lo tomó como un mensaje de confianza que le dio la certeza, que siempre podría contar con él.

La familia de don Pascual se retiró con ellos, Josefa volteó adonde estaba su marido y lo despidió con una mirada de reproche que quedó perdida en la noche, solo él se quedó escondido en la penumbra como un halcón, revisándolo todo, con sentimientos encontrados. De lo profundo de su pensamiento, hurgaba un plan siniestro y bajo, como si en ese momento, hubiera sido tocado por el demonio, un diablo que hacía tiempo había metido su cola y lo llevaba dentro, dándole órdenes concupiscentes, rasgando su conciencia, escondido en su cuerpo. Se estremecía y lo atormentaban los remordimientos. Mientras avanzaba la noche, él siguió ahí pro-

tegado por las sombras, acechando, tratando de digerir su enojo. Mientras observaba a los muchachos que más tranquilos y sosegados se disputaban a Simona, él sufría y haciendo un gran esfuerzo por contenerse, desde su rincón soportaba lo que estaba pasando. Todos la abrazaban y la besaban y ella se dejaba querer sin ningún pudor, se pegaban a su cuerpo como tábanos y como sanguijuelas, chupaban dejando marcas en su cuello, le metían la mano por todos lados, como si fuera pila de agua bendita, mientras que ella se retorció regocijada, ante la manada de lobos hambrientos y excitados que a mordiscos la disputaban. Hubieran sido capaces de desgarrarse unos a otros, con tal de ser los primeros en devorarla.

Bulfrano, trastornado por las copas, ya no se daba cuenta en qué terreno pisaba, con trabajos se desplazaba de una mesa a otra, hasta que ya no aguantó más, bajó la cabeza y la reposó sobre su brazo, se quedó dormitando rozando con la nariz las tablas de madera, escuchando la música, las notas distorsionadas que arrastraba el viento y los golpes de tambora retumbando en su desubicada cabeza. Estaba tan confundido que su mente ya no hilvanaba, se olvidó que celebraba su matrimonio, se hallaba distante, enredado su pensamiento, con trabajos levantaba la cabeza y no alcanzaba a reconocer a aquella mujer que bailaba con tanta euforia y causaba gran alboroto en los invitados.

El entusiasmo y el amor, se perdió en una madeja que su propia madre se encargó de enredar con su ignorancia y sus malas artes y la que ahora era su esposa, se daba a la tarea de torcerla más con su ligereza. Su padrino al centro de aquella bola de hilos revueltos, se encontraba más perdido que nunca por su delirio y atrapado en su debilidad, imposibilitado para ponerle un alto a su desenfreno.

El caporal, desde su rincón acechaba, no perdía detalle, observaba cada movimiento, vio a su ahijado abrazado a la mesa, inconsciente, abandonado a su suerte, recostado sin poder dominar su cuerpo, sacudido por el viento como un espantapájaros, olvidado igual a un muñeco de trapo que se tira en un muladar y sintió lástima por él. Después vio a Simona perdiendo el control y a la multitud de muchachos tras ella como una jauría que se disputaba una perra en celo. Una ansiedad invadió su cuerpo, su sangre comenzó a hervir y se agolpó en su cerebro, agarró de la mesa el vaso y de un sorbo apuró el contenido de su último trago, estrelló la botella contra la cerca y con un grito hizo que callara la banda.

—¡Ya estuvo bueno, se acabó la fiesta, todo el mundo a su casa! —Se acercó, tomó del brazo a Simona y agregó con voz fuerte—. ¡Todos fuera y tú, ve a atender a tu marido!

Ninguno opuso resistencia. Uno a uno, fueron saliendo hasta que quedaron solo ellos. La familia de don Salvador ya estaba recogida en sus habitaciones, nada más él esperaba con impaciencia a que todos se retiraran y al ver a su ahijado en el desamparo, se acercó al pozo, sacó un balde de agua, tomó del tendedero un lienzo de algodón y le pidió a Simona que le limpiara la cara, le mojara la cabeza y le frotara con la humedad el cuerpo para que volviera en sí. Después tomó del brazo a don Pascual y se retiraron a sentarse en una mesa apartada y distante en un rincón del patio. Desde ahí observaban a Simona que, con mucha delicadeza, trataba de reanimar a Bulfrano, salía de sí la mujer tierna y bondadosa que aparentemente llevaba oculto.

—Al fin se quedó sola la paloma —dijo Don Salvador—. Ahí la tienes Pascual, nada más para ti, ya nadie te la disputa, el ahijado

navega en otro mundo. Piensa bien lo que haces, detente, el freno debe ser tu conciencia, piensa en el daño que haces a tu familia. Tampoco el muchacho merece que le juegues así de chueco.

—Y tú, ¿qué sabes lo que yo siento? A nadie puedo negar lo que es bien sabido por la gente. Ya hace mucho tiempo que la llevo metida y por más intentos que hago, de mi mente no se aparta. Te lo confieso a ti porque sé que eres amigo, no supe cómo, pero se quedó aquí como una mancha negra, igual de terca al hollín que se pega en la pared de una cocina, que con nada se desprende. Queda ahí embarrado y no solo afrenta, sino que te penetra su olor y acabas acostumbrándote a ese tufo que desprende.

—Vela Salvador, como lo trata, no cabe duda que tiene gracia—. Se quedó fijamente mirando como lo había recostado en la mesa, le desabrochó la camisa y con suavidad, como si sintiera una profunda ternura, le frotaba el pecho y le acariciaba con delicadeza la cara y hasta acercaba sus labios, tratando de que recobrara su aliento—. En el fondo es buena, pero es salvaje como un animal de monte.

—No te engañes, Pascual, porque si algo bueno tiene, lo ha de llevar muy adentro y un animal del monte siempre va a tirar allá y la mujer que es ligera, nunca pierde la maña.

Después de un largo rato de permanecer inconsciente, Bulfrano despertó y aunque no recobró completamente el conocimiento, preguntó a Simona sin reconocerla aún, en qué lugar se encontraba. Ella le pidió que se calmara para tranquilizarlo y consideró prudente, que era el momento de poder retirarse. Se incorporó, dio unos pasos y desde ahí les habló a los hombres que la observaban desde la sombra.

—Es tiempo de irnos, padrino, pero no veo la forma de mover este cristiano. Si usted me proporciona el caballo, se lo tomaría en cuenta.

—Faltaba más, muchacha —se adelantó don Salvador— no tienen que irse, si esta es su casa, no tengo mucho que ofrecerles, pero puedo proporcionarles la trastienda. No es un lugar muy adecuado para unos recién casados, pero la primera noche juntos, hasta el cielo sirve de techo, para los pichones tiernos en cualquier rama se acomoda el nido.

Simona sonrió, tomó con ligereza y cierta malicia las palabras de su padrino.

—Eso nunca —dijo don Pascual—. Sería un pecado imperdonable, dejar tirado a mi ahijado en el camino. Aguarden un momento que voy por el caballo.

Don Salvador aprovechó el instante y le dijo a Simona: —Tengan cuidado con lo que hacen, no hagan cosas, que por un momento de placer vas a llevar arrastrando toda una vida; lo que él hace, tampoco me parece que es cosa de hombres—.

Salió de prisa y regresó casi al instante, Simona no alcanzó a contestar a su cuestión, se quedó viendo fijamente su cara y al no poder sostener su mirada dejó escapar un suspiro y agachó su cabeza, no supo qué argumentar a su reproche. Pascual arrimó el animal al pie de la mesa donde reposaba Bulfrano que solo alcanzaba a escuchar un murmullo de voces. Ajustó el cincho, quitó el cabresto y lo pasó entre el cuello y el sobaco de Bulfrano, le dio las riendas a Simona y pidió a Don Salvador que lo ayudara a colocar sobre la silla el cuerpo desfallecido de su ahijado. Conforme lo colocaron, dobló su cuerpo y por instinto, para protegerse de caer, se abrazó a la ca-

beza de la silla mojando el fuste con un hilo de saliva, mientras que Don Pascual con el cabresto, ayudaba a mantenerlo en equilibrio. Atravesaron el zaguán pobremente iluminado y los tres se perdieron como fantasmas en la noche, bajo un cielo lleno de estrellas, y una luna opaca y pálida, que ya declinaba en el horizonte.

Bulfrano cabalgaba al borde de la inconsciencia, sostenido por una cuerda, con boca trabada, ninguno de los tres hablaba, los que podían hacerlo llevaban su mente ocupada en otra cosa, en silencio iban fraguando su pecado, el plan perverso se hilvanaba, caminaban tan cerca uno del otro, que ella sentía en el cuello su respiración ardiente que crecía al ritmo que aceleraba sus pasos y más se le desquiciaba, escuchando el rechinar de su falda, cuando el viento la movía como un abanico de colores que soplaba sobre un leño encendido para avivar el diamante vivo y mantener encendida la llama. Iban tan cerca uno del otro, atrapados por el imán de lo prohibido, atraídos por una fuerza de placer que dominaba y ya desbordados los llevaba hasta la locura. Ella se estremecía de gozo al sentir su mano áspera deslizarse en sus muslos tiernos y detenerse en sus ancas. Nada les impedía, ni el remordimiento. Se encontraban solos a mitad de la nada, con el único estorbo desvanecido, con el cuerpo doblado, babeando sobre la silla. Él caminaba presuroso al ritmo del caballo, sin calcular sus pasos, en un camino ya conocido, solos los tres bajo las estrellas, en una noche débilmente alumbrada con el resplandor opaco de una luna que ya se iba apagando. Un relámpago vislumbraba allá a lo lejos en un horizonte lejano que morosamente les alumbraba el camino, y el viento ligero les acercaba la brisa y el olor a tierra mojada de una nube que descargaba sus gotas, muy lejos, al otro lado de la montaña.

Él no la perdía de vista, contemplaba su sombra de tentación y un lánguido viento le acercaba su aroma. Después del trueno subía el rayo y aparecía la ráfaga y el rostro de los tres se iluminaba y se volvía a perder bajo las sombras de la noche en medio de un campo raso. El corazón se aceleró y la sangre que regaba su cuerpo lentamente se iba encendiendo, se removía el rescoldo, para más tarde convertirse en incendio. Ella por su parte ya caminaba prendida. Ardiendo en ganas, se detenía para sentir su cuerpo pegado al suyo, imaginaba que chocaba en sus espaldas y se dispersaba el vaho candente que la hacía estremecerse de deseo al subir como una abrasante bruma acariciando su cuello. A cada paso apretaba sus muslos pronunciados y macizos, como lo hacía en las mañanas aquellas que, coqueta, se desplazaba empujando el molino.

Él se sentía como un muchacho que apenas despertaba a la vida. A pesar de sus años, sentía los ardores de adolescente, cuando todo se lleva a flor de piel y se deleitaba con los primeros roces, como en aquella época de la curiosidad y el tentaleo, donde puedes vibrar con lo insignificante. Ella recibía las caricias henchida de placer y remordimiento, como una doncella que no ha sido estrenada, que pierde la cabeza, solamente con sentir el aliento y que se prende con el paso de los dedos acariciando sus cabellos.

Llegaron a la casa y ansiosos bajaron a Bulfrano con el afán de deshacerse de él, quien al pisar tierra ayudado por los dos, recuperó ligeramente el conocimiento y reconoció a don Pascual. Simona se adelantó, entró a la pieza, encendió el mechón del aparato y colocó la bombilla. Con el resplandor de la luz, Bulfrano reconoció el rostro de los dos y se detuvo, antes de cruzar la puerta se le quedó viendo fijamente a la cara y con la voz trabada, pronunció estas palabras.

—Recuerdo, Padrino, que me dijo una vez: “Algún día voy a hacer esto y otro tanto por ti”. ¡Qué cortito es el momento o el tiempo, qué se yo, lo que sea, pero hoy lo ha hecho, me ha traído cargado en sus hombros hasta aquí, esto no tiene precio, en estos momentos, en que voy a pasar la noche más feliz de mi vida! ¡Ya la tengo, Padrino, ya la tengo! ¡Qué hermosa es! —la señaló con el dedo y luego se señaló a él mismo—. ¡Toda para mí!

Dio unos cuantos pasos y se desplomó en la cama. Los dos lo acomodaron, lo cobijaron, soplaron sobre la mecha del aparato y sigilosamente salieron cerrando lentamente la puerta. Una vez afuera se abrazaron con ansia, ardiendo de deseo, con sus cuerpos al rojo vivo unieron sus labios para volver a vivir y recobrar el aliento, porque sentían que la vida se les iba yendo.

Acercándose al caballo, desataron el sarape amarrado a los tientos de la silla y se arrojaron en él, caminaron en la oscuridad y lo tendieron en el llano. Un manto para envolverse, revolcarse y amarse, consumirse en su purgatorio de pecado, disfrutar del placer prohibido, que por ser vedado es aún más intenso, porque envuelve el misterio de todo lo desconocido. Así como lo hicieron el primer día a pleno sol, hoy lo hacían bajo la sombra de la noche que ocultaba su culpa y disimulaba el desasosiego, bajo una luna que ya se iba escondiendo, negándose a proporcionar su luz y ser testigo de su afrenta, terminaron desnudos, cobijados, solo por el brillo de las estrellas.

Estrecharon su cuerpo con desenfreno, arañando y mordiendo. Un vapor tibio y suave separaba sus vientres, y el ardor de una llama su conciencia quemaba, pero nada les impidió, pasaron por encima de todo saciando una y otra vez su apetito desmedido.

Como potros salvajes se azotaron, retozaron, se revolcaron hasta el amanecer y no ajustaron con lo poco que sobraba de la noche y tampoco ajustaron con el día entero. Ni el rocío del amanecer pudo sofocar el calor de sus cuerpos, tampoco el viento de la tormenta que pasó de largo y por más que la bombardeó el cielo con rayos y centellas no descargó sobre sus cuerpos encendidos sus gotas, para no apagar su amor y mezclarlo con el lodo de las cenizas. Y así podrían haber seguido, si hubieran logrado detener el tiempo, pero los dos reaccionaron, al ver que el momento se les iba yendo cuando el sol dibujó en el cielo los primeros rayos al romper el alba.

—No podemos seguir aquí, mujer, ya se nos fue la noche, el sol se acerca corriendo, no tarda en alcanzarnos para cubrirnos con su luz y alumbrar nuestra conciencia, para que podamos ver más claro lo que estamos haciendo. Deja que ya me vaya, y tú regresa a tu casa, que es imperdonable lo que hicimos. ¡Qué bajo hemos caído, qué explicación le vas a dar a tu marido y yo que les voy a decir a los míos, que toda la noche me han de haber estado esperando!

Se metió en el pantalón, se colocó las botas y se enderezó con el torso descubierto, contempló las últimas estrellas en el cielo y dijo:

—Ya todas se perdieron y está por apagarse el lucero de la mañana. Después la contempló a ella, desnuda, tirada en el zarape y le tendió la mano. De un salto se enderezó y no resistió la tentación de pegarse a su cuerpo.

Mientras él se abrochaba la camisa y colocaba en su hombro el zarape, ella se vistió con lo más ligero, con el resto hizo una bra-

zada, se abrazó a su cintura y caminaron rumbo adonde estaba el caballo, con la sensación que no lograron sofocar a cabalidad la llama viva. ¡Cuánto dolor le provocaba a Simona tener que dejarlo, desprenderse de sus brazos y conformarse con sobrados ratos! Fue ahí que se dio cuenta que nunca lo había tenido todo para ella, que de la vida solamente le habían tocado pedazos. Se apretó más a su cuerpo y dijo exhalando un suspiro:

—¿Qué puedo hacer, Don Pascual? Tendré que conformarme nada más con verlo pasar, si ya el destino me colgó otro estorbo, como si fuera un milagro lo prendió a mis enaguas. Tan solo me queda esperar a que a usted le sobre un momento. ¡Ya qué más da, si estoy acostumbrada a eso! De los hombres solo recibo sus migajas y del pobre de Bulfrano que pone todo su mundo a mis pies y hasta su vida por delante, no me cuadra lo que me ofrece. Así soy de malagradecida, por eso la gente no me quiere, por burda me rechaza, me ven como una ladrona que les robó el corazón de sus hombres y usted sabe que no es verdad. Porque no es el corazón el que me ofrecen. Se acercan a mí nomás porque no les gusta lo que tienen, o les niegan lo que piden. A veces, siento remordimiento, pero no me importa lo que piensen los demás. Con que usted me quiera, a ratitos, con eso nada más me siento pagada.

Se colgó en su cuello y lo despidió con un beso leve y una mirada tierna, lo fue soltando despacio, para transmitirle con su último tiento la angustia que sentía de que todo aquello acabara. Él se dio media vuelta, montó su caballo, la envolvió en su mirada y agarró su camino.

Cuando Simona entró a su cuarto, encontró a Bulfrano llorando, estaba acostado, encogido en posición de feto, abrazan-

do la almohada y sollozando como un niño desamparado. Las lágrimas le corrían por las mejillas como salidas de un venero interminable formando un gusano cristalino de gotas que caían y formaban una mancha en la sábana. Ya hacía rato que lloraba. Un hilo de salitre tenía formado en sus mejillas y aparecía en la mácula de la sábana un borde blanco de sal.

Ya casi de madrugada, despertó con la cabeza aturdida y una sed espantosa. Se levantó desesperado, salió afuera y apresurado se dirigió al pozo, dejó caer el balde y cuando sintió que estaba lleno jaló la cuerda que se deslizaba sobre el carrillo, colocó el cubo sobre el brocal y se pegó, como un animal que bebe de una charca. Sorbió hasta que su cuerpo no pudo más y sintió el rechazo, metió la cabeza en el agua hasta donde pudo aguantar la respiración, después lo que sobró del contenido se lo arrojó a la cara. Se desabrochó la camisa para limpiarse y regresó. Iba secando las gotas de su frente, cuando a lo lejos, miró el caballo y se dio cuenta del engaño. Hasta ese momento, toda la fuerza de gravedad que lo alejó del mundo, en un momento lo arrojó a su sitio. Entró corriendo a la casa, y encontró sola la cama, fue hasta entonces que supo que Simona no estaba ahí, salió al patio y la buscó en la era, luego en el corral y al no encontrarla, comenzó a gritar como cordero extraviado, pero sus gritos se perdieron con el ruido del aire y el estrago de la tormenta que pasaba elevada, distante, sacudiendo con su estruendo por momentos el cielo. Las nubes se resistían a la fuerza del viento que las replegaban y las desviaba hacia las montañas cercanas donde acabaron descargando sus últimas gotas.

Bulfrano, se fue doblando por el dolor de su pecho hasta rozar el suelo, sintió, como aquella ansia por vivir se le escapó en un momento. Deseaba que un rayo de la tormenta dejara para siem-

pre calcinado su cuerpo y desapareciera para siempre de la faz de la tierra. Se sintió revolcado y revuelto, pisoteado como el barro batido mezclado con la arena. Ahí permaneció largo rato en cuclillas como un desahuciado esperando la muerte, se fue doblando hasta que sus rodillas tocaron el suelo, se enderezó un poco y allí se quedó, sentado en sus talones. Abría sus brazos mirando al cielo, como pidiendo a Dios o implorando al diablo. Las ráfagas lo alumbraban, parecía un fantasma que acechaba en la mitad del patio, luego permaneció con la mirada fija en el portón cerrado de la cocina, donde pensó que su dama y su amante gozaban de la vida. Estuvo esperando igual que un coyote aguardando, rechinando los dientes, enfurecido sabiendo que de un momento a otro saldrían, pensó: —De la hornilla va a saltar la gallina—.

También él sentía el deseo de estrangularlos enseguida, hacerlos pedazos con sus garras, devorarlos, desgarrando su propia conciencia y quedando en paz como el coyote, que después de saciar su apetito se atraganta con sus plumas.

Pero la tormenta cesó y se desviaron los relámpagos. Tan solo lo rodearon, se fueron apagando poco a poco hasta que el mundo quedó en calma. También él se tranquilizó, se dio cuenta que no tenía los arreos para enfrentar al padrino, tampoco era capaz de poner a ella la mano encima.

Regresó a su cama y toda la ira que sentía se convirtió en tristeza, se sobresaltó su corazón y brotó el llanto. Tapó su dolor con la cobija y espero a que Simona regresara, no para agredir, sino con la esperanza que le brindara un consuelo o le diera una explicación sin importar que fuera falsa como ella. Por eso cuando la escuchó entrar, se desvivía en sollozos. Ella se despojó de lo que

llevaba puesto, se metió bajo la cobija y comenzó a acariciarlo tiernamente como quien consuela a un niño. Pegó sus labios a su cuello y recorrió su espalda y así entre gemidos y estremecido por el dolor, volteó su cuerpo y se metió en sus brazos. A patadas se deshizo de la ropa que sobra, se prendió a su boca y con la rapidez de un gallo descargó sus ansias y unidos en un solo cuerpo se quedaron profundamente dormidos hasta que los despertó el sol ardiente de medio día.

Don Pascual llegó a su casa cuando su esposa ya andaba en la cocina. Él mismo hizo desensillar el caballo y lo metió en la caballeriza, en cada acción recordaba al ahijado, ni siquiera revisó si había comida en el pesebre. Cerró la puerta, le pasó la tranca y se dirigió a su cuarto haciendo un rodeo por el zaguán para no darle la cara a Josefa que ingenuamente pensó que había pasado una noche de tantas, aquellas que ocurrían cada fin de semana y a las cuales ella estaba acostumbrada. No era raro que llegara al amanecer, porque se entretenía en el juego de póquer o colocando las fichas de dominó, rodeado de sus amigos, una práctica común que los hombres utilizaban para divertirse y tirar el estrés después de una jornada de varios días de trabajo.

VIII

El correr de los días

Josefa se acostumbró a que cada fin de semana llegara su esposo ya pasada la media noche, entrara al cuarto, se acercara al aguamanil y con una toalla húmeda limpiara sus partes y después, se metía en la cama como dios lo trajo al mundo, despidiendo un olor a leña quemada, a flor de malva y a perfume barato. Ella se volteaba de espalda, se metía en su cuerpo, dejaba escapar un suspiro, y se dormía profundamente protegida en sus brazos hasta al amanecer. Despertaba, cuando sentía el impacto y la embestida y el pecho de su marido ardiendo restregado en su espalda, la respiración agitada y el corazón acelerado palpitando fuerte. Y así se levantaba al siguiente día, con la sensación de sus manos, los labios embarrados de su aliento, saboreando la miel de su boca y disfrutando aún el paladín de la madrugada.

Así pasaron años, ella se acostumbró a vivir de la sospecha, sin indagar poniendo oídos sordos a rumores, sin escuchar mitotes a disfrutar las mieles de los reconciliados y saborear el gozo, a recibir el dolor del arrepentimiento convertido en caricias, hasta que una mañana el destino cambió todo aquello que se había vuelto rutina.

Su hijo Pascualito creció y todas las mañanas, cuando iba a la escuela pasaba frente a la casa de Bulfrano que con mucho afecto lo

saludaba. También Simona al verlo pasar, se desvivía en hacerle caricias verbales y el niño se sentía halagado, eso le gustaba al muchacho que pudiendo tomar otro camino prefería hacer un recorrido más largo con tal de disfrutar del cariño que la pareja le prodigaba.

Hasta que un día, un incidente de esos que quedan para siempre en la memoria, les cambió la vida y de alguna forma a la pareja les volteó la suerte. Un pleito de esos que dejan huella, que quedan en la memoria y nunca se borran, aunque pase el tiempo o uno se esfuerce en volver a ser el mismo, esos donde las relaciones no vuelven a ser iguales por más que se trate de acomodarlas.

Aquella mañana, desde que Pascualito entró al callejón, escuchó los gritos de Simona y Bulfrano que se estaban ofendiendo, se acercó lo más que pudo a la casa y para que no lo vieran, se refugió tras las pencas del nopal, desde donde pudo escuchar aquel pleito encarnizado de la pareja. Nunca supo cuál fue el motivo, pero las palabras de ambos se quedaron en él grabadas para siempre. Fue un pleito horrible de rencores acumulados por años, que ese día salieron a flote como una jarra que se derrama; el rencor corrió a borbotones y quedó regado en el piso como un lodo que se embarra en la conciencia.

Simona alzaba la voz temblando de rabia, arrojando espuma por la boca, pronunciaba las palabras más ofensivas, que una persona puede decir, y Bulfrano escuchaba las más grandes afrentas que puede soportar un hombre, estaba pálido como un santo de esos que colocan en los altares o un difunto de los que meten a un cajón sin ninguna mortaja, tenía cubierta su cara con el velo de la vergüenza, trataba de ocultar su deshonrra, en el fondo de una sepultura de las que asigna la suerte, aquellas que no son de nadie, porque no llevan marca ni cruz encima.

—¡Por amor de Dios cállate, Simona, que te están oyendo!
—gritó Bulfrano desesperado con la cara roja de vergüenza y los labios partidos por lo reseco—. Se percató que dos hombres se habían acercado y el niño estaba ahí, atemorizado, escuchando lo que no debía. Pero ella, lejos de sosegarse, agarró más vuelo. Como un juguete de cuerda, abrió su pecho, para que todos la escucharan, quería que el rancho se diera cuenta de algo que ya era del dominio público. La gente sabía, pero solo eso le faltaba, gritarlo a los cuatro vientos, como si se sintiera orgullosa de su hazaña.

—¡No me callo y no me callo, buey Bulfrano! A poco me vas a tapar la boca, nomás eso me faltaba. ¡Infeliz sietemesino! Si me topé contigo nomás pa' que me jodieran la vida. Maldito el día que te cruzaste en mi camino, si era a Don Pascual al que buscaba. ¿Por qué apareciste tú como una rata? Si un día antes, fue él que me había hecho sentir mujer, el que me gozó y logró apaciguar mis ganas, cuando llegaste tú, a meter tu cuchara gato entelerido. Por qué no te partió un rayo endenantes pa' que dejaras de joderme, baboso nixticuil. Bien hubiera hecho tu madre sentarse en ti, el día que naciste.

—¡Bah! A mí debes estar agradecida, que te saqué del zoquetero, piruja infeliz, puta de arroyo. Como perra parida, traibas a los hombres en celo, todos en manada tras de ti siguiendo tu pestilencia. A Dios debes estar rezando día y noche por que te encontraste conmigo, mayata mal agradecida.

Simona se acercó al tendedero, agarró una blusa floreada y la izó como una bandera en señal de triunfo y le contestó gritando con más fuerza:

—¡Brincos dieras agachón que por ti rezara un credo, si en la vida he rezado por nadie, menos por ti, que pa nada me has servido!

He pasado media vida buscando hombres que me hagan el favor, porque tú ni siquiera pintas, me saliste búllico.

Bulfrano ya no sabía que decir, la rabia lo hacía estremecer y sudaba a chorros, casi a punto de llegar al arrastre, se dobló y al tocar el suelo tomó una triza de mezquite, un tajo que él mismo había sacado tratando de darle forma al timón de un arado. Cegado por el coraje se incorporó resuelto a acabar con todo. Levantó el trozo y con la mano temblorosa, le habló, dejando escapar el último aliento.

—¡Ya cállate, Simona, porque te va a pesar! No me hagas hacer algo de lo que después voy a arrepentirme toda mi vida, por Dios te pido que ya lo dejemos así de ese tamaño.

—¿Me vas a matar, collón? Atrévete sietemesino, mira que miedo te tengo—. Bailaba, moviendo el trapo y las caderas, provocando a los dos hombres que por curiosidad se habían acercado, después lanzó una carcajada vulgar.

Él había perdido el piso, ya no estaba sobre la tierra, una rabia ciega se apoderó de él, ya no soportaba más. En ese momento, se sintió poseído por mil demonios, su mente se fue cubriendo de una maldad extraña de la que no podía zafarse. Desesperado y con los ojos empañados de lágrimas, lanzó un grito desgarrador que no cabía en el espacio, lo arrastró el aire y retumbó en el cerro y el mismo viento lo regresó en eco para que no se regara por el mundo.

—Yo no quería hacerlo, Dios bien lo sabe que no quería, pero tú me obligaste, machorra de mierda —dobló su cuerpo y se enderezó para tomar impulso—. ¡Tanto así no te puedes burlar, eso no lo soporta ningún hombre! —retrocedió y descargó con toda su fuerza.

El palo dando tumbos zumbó, giró en el aire y con el vuelo que llevaba se impactó en la frente de Simona que de golpe sintió que se apagaba el mundo. Se desplomó bañada en sangre y en su desesperación por mantenerse en pie tiró un manotazo al tendedero y se llevó una sábana que cayó sobre ella y de inmediato se tiñó de rojo.

Los dos vecinos que se acercaron a presenciar el pleito, corrieron en auxilio, perturbados por los gritos, mientras uno sujetaba al niño, otro se encaminó al patio y vio a Simona revolcarse en un charco de sangre, su cuerpo se estremecía y poco a poco el temblor, se le fue haciendo más lento, hasta que perdió el conocimiento.

El hombre volvió la vista adonde estaba Bulfrano, dio unos cuantos pasos y levantando la voz, trabado por la impresión le dijo:

—Ya la mataste, Bulfrano, pélate antes que lleguen sus hermanos, entre todos te van a hacer pedazos.

Bulfrano sintió que se le acababa el camino, que su vida estaba ardiendo y se volvía humo o algo menos que una ceniza. Ya no le quedaba un motivo más para seguir viviendo. En ese momento vio un remolino de polvo que arrastraba el viento. Pensó que acaso era Dios que bajaba del cielo para darle el castigo o era el demonio que se le acercaba para apartar su alma y así cobrar su premio apoderándose de él, que no supo contener su ira. Se estremeció de dolor, bajó su cabeza y la recargó en su pecho.

—Aquí los voy a esperar de una vez, que todo acabe. Si a la más brava ya la maté, a ellos no les tendré miedo. Tampoco me sobran ganas de vivir. ¿Ya para qué? Pueden hacer conmigo cualquier cosa, que sea lo que Dios quiera.

Se fue doblando poco a poco, ya no lo sostenían las piernas, se desplomó hasta cargar su cuerpo en sus rodillas, sentía hirviendo sus entrañas y en su mente volvía a dibujarse el rostro ensangrentado de Simona. Lo invadía la compasión, la pena, al verla caer y desplomarse igual que una paloma herida, como un muñeco de trapo que se dobla. Le recorría el remordimiento y un dolor sofocante rasguñaba su pecho y su conciencia. Se quedó ahí paralizado ya sin aliento, resignado a esperar lo que viniera, después se dobló más hasta besar el suelo. Ya se sentía parte de su polvo, tomó un puño de tierra, clavó la vista en el horizonte y lentamente lo fue soltando para que se lo llevara el viento.

El niño dio unos cuantos pasos y vacilante se detuvo frente a él, lo miró horrorizado con sus enormes ojos. En un momento se convirtió en un asesino aquel hombre bueno. Reflejaba en su infortunio, el rostro del desaliento, el semblante de un hombre acabado. Sintió compasión por su viejo amigo que siempre lo veía pasar y lo recibía con una sonrisa de cariño puro o lo despedía con un detalle. Ahora estaba ahí, en el suelo, más muerto que una piedra, como un animal confuso y asustado, hundido en un abismo miserable en el desamparo. Jamás en el resto de su vida vio un hombre tan diezmado, tan pequeño, tan reducido a nada. Ni siquiera cuando su padre lo mandó a entregar los últimos obsequios fúnebres el día de su muerte, muchos años después, le causó tanta lástima.

Los dos hombres trataron de persuadir a Bulfrano para que se fuera, querían evitar otra tragedia y él al ver al niño, accedió. Tomó su sombrero y se sacudió el polvo, con la coyuntura del brazo se limpió los ojos enrojecidos y en el dorso de la mano se embarró los mocos. Después se encaminó al patio, quería ver a

Simona por última vez antes de huir y perderse en los parajes del mundo. Vacilante, dio unos pasos y se detuvo, volteó hacia atrás, los envolvió en una mirada y asintió inclinando la cabeza.

—Tienen razón. Para morirme, es igual aquí que si me meto al monte.

Siguió de frente, atemorizado. Él, que siempre guardó recelos con la muerte, ahora la tenía ahí en el patio de su casa, esperando que la agarrara como un cordero por los cuernos y darle la cara. Ya que a él mismo le tocó en suerte haberla llamado, debía mostrar el mismo valor para enfrentarla. Asomó la cabeza por sobre la cerca llorando e implorando el perdón de ella y de su juez supremo. Brincó el cerco y por primera vez en su vida, la sintió a sus pies. Se encontró con un rostro pálido y un cuerpo tieso, revolcado en sangre, pero que aún respiraba, exhalaba y al respirar brotaban burbujas de su aliento.

—¡Está viva! —gritó—. Está viva, Dios me ha escuchado. Viéndome así chiquito como un gusano, se apiadó de mí, al ver que me retorció de sufrimiento. Ayúdenme a meterla a la casa que no ha muerto.

Los dos hombres corriendo acudieron a su llamado, seguidos por el niño, brincaron sobre la cerca y entre los dos la incorporaron y al sentir el aire en la cara, ella volvió en sí después de haber estado largo rato ausente del mundo en otra dimensión, escuchando un ruido ensordecedor que no se alejaba. Como una paloma que aleteaba sin cesar, desesperada, trataba de escapar del nido, como un ave caída que por más esfuerzos que hacía no lograba desprenderse de aquel sitio, como si estuviera atada. Era sin duda su alma tratando de dejar el mundo, pero por mucho

que buscó no encontró la salida, solo la transportó vagando en su universo y la llevó a recorrer el camino de principio a fin, redescubriendo el sendero de su turbia existencia y al no encontrar escape, se sosegó su cuerpo, se serenó su alma y regresó a la vida.

—¿Ustedes quiénes son? ¿qué hacen aquí? — preguntó turbada. Después de haber recorrido un camino muy largo, regresó al origen de su partida, tardó un rato en recobrar el sentido y darse cuenta realmente de todo lo ocurrido. Se tocó la frente y al sentir viva su herida, como venido de muy lejos le llegó el recuerdo, primero recordó el largo rato que estuvo fuera del mundo y en seguida cruzaron por su mente, los horrores del pleito.

—Él es Telésforo y yo soy Galdino, el que vive en la loma, tus vecinos, apoco no nos reconoces. Nos atrajeron sus gritos, hasta parecía que te degollaban, mujer. Después de oírlos, pos nos acercamos a ver qué estaba pasando, pero lo malo del asunto fue que llegamos tarde. Desde media ladera vimos cuando alzabas la pata y ya no pudimos hacer nada para impedir que te dieran tremendo garrotazo.

Levantó la cabeza y vio a Bulfrano, pálido y sombrío, indeciso, al otro lado del patio. No se animaba a brincar la cerca, se volvió a tocar la frente y sintió más intenso el dolor. Con la palma de la mano calculó la dimensión de la herida y sintió levantada la piel, ligeramente arrugada desde el borde de la ceja y más allá de donde el cabello comienza. Trató de aplanar su frente, pero no soportó el dolor. De nuevo sintió hervir su sangre, apoyada en los hombros de los dos, se incorporó y se refugió en los brazos de Galdino y después de sentirse protegida, como una fiera se lanzó contra Bulfrano. Los hombres se lo impidieron y ella haciendo

circo, soltaba a uno para recargarse en el pecho del otro, a cual más se desvivía por brindarle consuelo, ninguno soltaba su cintura los dos muy prestos a brindar sus brazos.

—Llévenme dentro, muchachos, no dejen que esta fiera me mate, quédense aquí conmigo y tú no te me acerques, marrano infeliz, te voy a tirar tus cosas fuera de la puerta, para que hagas tu chiquero fuera de mí, lejos de mi vista.

Abrazada a los hombres, entraron al cuarto. Ella se sentía apachada por ellos, que con delicadeza la recostaron en la cama y se prestaron a curar su herida. Con un lienzo mojado le secaron la sangre, le untaron unguento de árnica y en una pañoleta envolvieron su frente. La trataron como en aquellos tiempos cuando era la atracción de todos y se sentía mimada. Sanó en pocos días, pero la marca le quedó para siempre y le sirvió toda una vida de pretexto para reclamarle al marido.

Bulfrano se quedó parado junto al niño con el corazón roto, tratando de contener el llanto. Como un chiquillo se tiró de rodillas y lo abrazó, le clavó su mirada y con una voz ronca acariciando su cabello le dijo:

—No te aflijas, hijo, ya pasó todo. Regrésate a tu casa, ella no tiene nada, se está haciendo la pendeja. Valía más que no fuera mentira, sería mejor haberla matado para que todo acabara de una vez.

El niño dio media vuelta y regresó, llegó hasta la entrada de la hacienda, giró con fuerza el picaporte, dejó las dos puertas abiertas de par en par y entró corriendo. Se detuvo a la mitad del patio donde estaba su madre, se abrazó a su regazo y lloró a pausas. Entre sollozos, se estremecía, se le agolpaba el llanto y así entre

pucheros, le contó todo lo ocurrido, con todos sus detalles, le repitió exactamente los insultos que de la boca de los dos salieron.

Fue un día que todo lo cambió. Como una tormenta tempestuosa que de improviso llega, por el momento todo oscureció y la existencia de Pascualito, quedó empañada por la niebla. Fue un incidente que no estaba acostumbrado a presenciar nunca. Nada parecido a un pleito de niños en la escuela. Cada ofensa quedó grabada para siempre en su mente, vagamente entendía el significado de las ofensas, pero lo que no le quedó a duda, fue que cuando hay odio acumulado, cualquier razón es válida, para saciar el apetito de la venganza y en un arranque de furia provocar la muerte.

Su madre se incorporó para abrazarlo y sin sorpresa, escuchó lo que ya sabía, lo que era del dominio de la gente, aquello que, por mucho tiempo, se había negado a prestarle atención. Para su época ella siempre fue una mujer de mente abierta, porque ella había sido educada en otra forma, alejada del chisme barato y el susurro. Se formó sola, con la seguridad que le daba su prestancia, su porte de mujer altiva, su orgullo sobrado. Pisaba por encima del cielo y sentía que esa afección la rebajaba, para ella siempre fue un sentimiento vulgar y corriente, provocado por la baja autoestima. Si ella lo tenía a él en cuerpo y alma, eso le bastaba, lo había aprendido de Felipa, no iba a entorpecer su relación prestando oídos a voces venenosas que perjudicaran su matrimonio y pusieran en peligro el desarrollo armonioso de la familia. No arrojaría todo a un arroyo de aguas turbias después que todo lo tenían, cuando ella llevaba las riendas en sus manos. Nada le faltaba, no era mujer de caprichos, pero sus deseos siempre fueron órdenes cumplidas, en todo tiempo fue tratada

con delicadeza, con mimos, en ningún momento a lo largo de su vida dejó de complacerla, por eso cuando lo veía triste y pensativo siempre le hallaba una salida, daba alternativa a su problema, ella misma le buscaba un consuelo. Era una forma inteligente de comprometerse más, de arraigarse y así aprender más a valorar lo que tenía uno y otro.

Ese día rompió la regla. Esperó a que llegara la noche y después que se metió en sus brazos lo abrazó con más ternura, para que sintiera la fuerza del cariño, luego notó que lo trataba diferente, se sentía angustiado y con el latido acelerado de su corazón y la paciencia de apóstol, esperó a que cayeran sus palabras.

—Llévate lejos de aquí a esa mujer, tan distante como puedas, pero no quiero volver a verla donde la tienes, pegada a mis narices, nada más faltó que la trajeras al muladar de mi casa. La tienes tan cerca que si pusiera oídos, alcanzaría a escuchar su gemidos desenfrenados cuando tú y ella se revuelcan. Y no creas que soy ajena a todo, siempre he sido prudente, pero hoy no lo hago por mí, que ya tengo años haciéndome la disimulada, te lo pido por tus hijos, que temo que cualquier día te vean entrar y se den cuenta con qué prostituta se revuelca su padre.

Don Pascual no durmió, pasó el resto de la noche pensando y en el devenir de las horas encontró la solución posible. No esperó a que terminara la noche y al siguiente día amaneció parado frente a la casa de Bulfrano. Caminaba de un lado a otro con una vara en la mano dando ligeros golpes en su pierna, nervioso y pensativo, como si se fuera a enfrentar a alguien muy superior a él. Cosa que ya hacía mucho tiempo no estaba acostumbrado, porque desde aquella tarde que llegó, lo de él siempre fue mandar, dar

órdenes. No se movía nada sin que lo supiera ni se llevaba a cabo una acción a menos que él lo ordenara y sin embargo esa mañana se sentía pequeño, apenado y un remordimiento hacia fricción sobre su pecho.

Impaciente, esperó largo rato a que se abrieran las puertas hasta que de la cocina salió Bulfrano amodorrado con las ojeras dibujadas, señal que había pasado una mala noche. Después que lo vio se arrimó a la cerca y le habló con la nobleza que mostraba siempre.

—¿Qué haces aquí tan temprano, padrino? Para venir así de madrugada, has de tener algún pendiente, dígame. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Mi pendiente es lo que está pasando, Bulfrano. Y lo que me hizo madrugar, no sé si es eso o el remordimiento, pero llevo arrasando un sentimiento de culpa que ya no puedo con él. Me da pena hasta verte la cara, pero créeme que yo no soy más culpable. Fue el destino el que nos fue enredando cuando yo ya tenía una relación. Tú viniste a ponerte en medio para desgracia de los dos, pasó el tiempo y ya no pude zafarme. Como si hubiera sido el mismo demonio que a los tres nos metió en el mismo infierno—.

—Yo siempre he estado a merced suyo, padrino, y aunque soy el que más sufro, no puedo juzgarlo, soy tan poca cosa que ya me da igual, si no es usted va a ser cualquier otro, es ella la que no tiene recato. ¡Qué más da! —agachó la cabeza con los ojos rojos y opacos de los que se desprendían dos hilos de lágrimas haciendo represa en su mejilla.

Don Pascual se acercó a él y lo tomó por los hombros, sabía que era un hombre sometido, porque ya nació débil, no se doble-

gaba porque él le estuviera poniendo la bota encima como pensaba, era algo más fuerte lo que Bulfrano sentía, pero siempre fue dócil y tímido de nacimiento. Primero se apegó a las faldas de su madre y más tarde se arrimó a él, que siempre le brindó su abrigo, aunque después debió pagar un alto precio. El caporal sabía que no pondría objeción a su propuesta y tal vez eso era lo que más intensamente le apenaba.

—Vengo a hablarte de hombre a hombre, Bulfrano. Y tú puedes responderme de la misma forma, olvida por un momento eso de que soy tu padrino y el que manda en esta tierra. Mi propuesta es que te vayas al Alacrán porque de una buena vez quiero acabar con esto, tómalo como una propuesta mía, pero tú eres el que decides, si no quieres moverte de aquí ya es cosa tuya. Yo sé que la tierra arraiga. Lo que te prometo es acabar con este juego que nos lastima y lo que te ofrezco es una casa cómoda donde puedas realizar tu trabajo y vivir en paz allá donde nadie te moleste.

—Si esto tuviera arreglo me iría hasta el fin del mundo, padrino, pero sé que en cualquier parte va a ser lo mismo. A mí lo que más me gusta es mantenerme ocupado y si me ofrece hacer lo mismo, esto que ya le agarré el modo, pos yo estaría encantado, el trabajo no me asusta. ¿Dónde va el buey que no are? El problema es convencer a Simona que desde que pasó lo que pasó me anda negando la palabra—. Se le rasaron los ojos, le dolía que no le hablara, ya llevaba varios días con el pecho oprimido.

—Para vivir muriendo, lo mismo es aquí que allá. Yo siempre he vivido así, como un escarabajo de esos que brotan en el barbecho cuando cae la lluvia, como que la tierra los va pariendo porque ya quedó preñada desde antes y es la única que los cobija

y en ella solo encuentran refugio, aunque en poco tiempo los reclame. Yo ya siento tan pocas ganas de vivir, que me afiguro así como esos animales que apenas nacen y ya el suelo los llama. Si la cosa sigue así, cualquier lugar es bueno pa esperar la muerte.

—No te pongas así, ahijado. Ya sabes que te tengo aprecio y aunque te haya fallado, lo que por ti siento es cosa grande, nadie me lo quita a pesar de que mis hechos demuestren lo contrario. Piénsalo, Bulfrano, y tan pronto como puedas me avisas. Si no hay respuesta, lo tomaré como una negativa y te prometo no molestarte más.

—¡Es ese aprecio el que no entiendo! Pero en fin, deme una semana y lo resuelvo. En cuanto se le vaya la zorra a Simona yo la convengo de que jale conmigo; solo tenga paciencia y pronto le aviso, ahora está dolida por lo que pasó, usted me entiende, nomás necesito tiempo.

El caporal dio media vuelta, subió al caballo y siguió de largo. Se dirigió rumbo al Alacrán para asegurar que todo estuviera dispuesto, sabía que su ahijado no se opondría, porque a pesar de todo le tenía ley.

Después de una semana, como lo había dicho Bulfrano, comenzaron a empacar sus cosas. Cada mañana salía de su casa con su burro y su mula cargada y se dirigía a sus nuevos aposentos. Comenzó a llevar primero sus instrumentos de trabajo, después los encargos que ya tenía en proceso y así siguió con sus escasos muebles hasta el último día, cuando solamente quedaron los animales domésticos y lo más indispensable para pasar la noche. A la mañana del siguiente día colocaron sobre el burro, un rollo con petates y dos huacales de gallinas y con la ayuda del perro,

arriaron sus vacas por delante. Simona montó sobre la mula y Bulfrano como todo un caballero sostenía el cabresto. Empezaron el viaje a través de un callejón cerrado y después de recorrer un corto tramo caminado, una vaca terca y aferrada, trataba de volver a su querencia. Él le amarró un lazo por los cuernos y como pudo la volvió al camino, pero aun así la vaca se negaba a seguirlo, hasta que Simona bajó de la mula y con suavidad comenzó a darle golpes en las ancas, pero el animal bramaba y bramaba insistiendo en regresar a su querencia, ella le acarició el cuello y se acercó a su oreja y con una voz de pícara le dijo:

—Anda, vaquita, camina. Ni que no haya toros allí donde nos llevan.

Bulfrano se sonrojó, pero no dijo nada para no contrariarla. Le había costado tanto trabajo convencerla que prefirió continuar su recorrido en paz, pero sí pensó para su adentro y recordó un viejo refrán: la gallina que traga huevos, no se le quita la maña, aunque le quemem el pico. Sabía que, así se fuera a los confines de la tierra, su situación no iba a cambiar. Ya había sido predestinado para vivir su vida con su cruz a cuestas y cada vereda transitada, sería un paso más que lo acercara al calvario.

No andaba errado en sus presagios, porque a los pocos meses Simona ya tenía nuevos amores, si acá guardaba un poco de recato no era por Bulfrano, se detenía por temor que se alejara don Pascual, pero una vez que se sintió lejana y abandonada por el caporal, le dio rienda suelta al desenfreno y le perdió al marido la mínima consideración que le tenía y él, al sentirse rechazado, no encontró cura mejor que refugiarse en la tomada. El corazón de Simona ya estaba envuelto por la arcilla, tenía engendrado el

germen de la mala suerte, la maldad sembrada en un suelo yermo donde solo eso prosperaba. Ahí sobre la tierra inerte echó raíces, arañando un campo estéril. La mala yerba se propagó como una enredadera que va trepando sobre un árbol verde, estrangulando el tronco, envolviendo sus ramas hasta ahogarlo y una vez ya seco y sin una hoja, dejarlo abandonado a merced de la lluvia y el azote del viento.

IX

La humillación

Al poco tiempo de quedar instalados en su nueva casa las cosas fueron empeorando. El rencor de Simona siguió creciendo hasta volverse intolerable, ya no sabía que más le molestaba de él, si el que hubiera tratado de matarla o el hecho de haberla alejado del amante. La muina le amargaba la vida, siempre ardida, como inflamada estallaba a cada momento, al mínimo detalle, mostraba su desprecio. Si Bulfrano entraba a la cocina cuando aún no terminaba de hacer las tortillas, agarraba un puño del chiquihuite y se las arrojaba encima del pretil, como si alimentara a un perro. Él mismo, servía su plato de frijoles, tomaba las tortillas y sin voltear a verla, con la cabeza baja, se salía a comer al patio. Dejaron de dormir juntos, al caer la noche ella se encerraba en su cuarto y él buscaba su refugio en una troje. Los días domingos se acompañaban para asistir a misa, ella en aquel recinto llenaba su vacío, no por ser tan devota, sino porque ahí ponía el ojo a su conquista, mientras que él se colmaba de vino en la cantina. Muy de mañana ensillaba el burro y emprendía el camino por delante, mientras que ella lo seguía, a prudente distancia, al llegar al Encino, Bulfrano se dirigía a la tienda de don Salvador, donde se embrutecía de vino, mientras que ella cruzaba la vereda, y penetraba al templo.

Aunque ya no eran los tiempos aquellos en que acaparaba la atención de todos, había muchos que por ella se sentían atraídos, movidos por la curiosidad y el morbo. Ella pasaba los corredores poseída con pensamientos profanos y sin recato, utilizaba el sagrado recinto para escoger al infeliz que diera rienda suelta a sus instintos depravados. Con la mirada puesta en su víctima y a través de señas, acordaba el lugar con una clave por ambos conocida. Escogía de entre aquella multitud su camarada en turno. Al terminar la misa ya tenía su cita concertada, después de un rato la plaza quedaba desolada y en la cantina Bulfrano hurgaba en otro mundo ahogado de borracho. Los compañeros de parranda lo ayudaban a subir al burro y emprendía el regreso con Simona jalando del cabestro mientras él se balanceaba. Luego doblado, soltaba sus endebles manos, se sostenía abrazado a la cabeza de la silla, cabalgaba en el delirio, flotando sobre nubes viajeras que desplaza el viento, extraviado y aturdido por el sol ardiente, vagaba en las veredas de lo incierto.

A mitad del camino, el individuo acordado, salía al encuentro, ella aventaba el jumento por delante, y cuando el jinete se perdía entre las breñas, hacían de las suyas. Recargada a espaldas de una piedra, sobre riscos, metidos entre la maleza o se tiraban los dos a disfrutar de lo prohibido sobre el verde pasto.

Por ese tiempo apareció un hombre tosco y raro en la casa de Bulfrano, aunque de muchos era conocido, con él jamás había hecho ningún trato. Era el dueño de El pájaro blanco, un rancho pequeño situado arriba de la ceja, donde termina la cuesta y comienza el llano. Se llamaba José Feliciano Abundis y por mal nombre lo apodaban el Chamuscado. Era un tipo chaparro y grueso, de piel muy oscura casi azul, muy parecido al color que tienen los africa-

nos. Hasta su conciencia era negra, lo único que tenía blanco eran los dientes y el nombre de su chacra. Tenía una mancha más clara a un lado de la frente, que le corría en medio de la oreja y el ojo y le bajaba a la cara. Cuentan que una vez una amante despechada, después de terminados los arreglos, lo dejó reposando en su cama y cuando vio que estaba separado del mundo, en lo profundo del primer sueño, arrojó sobre la almohada el aparato ardiendo. Cuando sintió que lo envolvían las llamas, volvió en sí horrorizado con un dolor intenso y el rostro al rojo vivo calcinado y un fuerte olor a carne y cabellos chamuscados. A pesar de que se emborrachaban en el mismo lugar, nunca cruzaron una palabra. Bulfrano lo consideraba una persona ruin y despreciable por las escenas que protagonizaba. Cuando ya andaba muy pasado de copas, se volvía presumido, humillante, escandaloso y ofensivo, como un depravado, sin ningún recato. Se orinaba en cualquier parte sin importarle la presencia de mujeres y niños y esto provocaba repugnancia no solo en Bulfrano, también en el resto de los pobladores más púdicos, que recogían sus familias cuando el Chamuscado comenzaba a gritar improperios y con una guasa impresionante, lanzaba gritos y descargaba la pistola al aire, provocando pánico entre los inocentes. Aunque en su juicio era más recatado, la mayoría lo veía con desconfianza, lo tenían como un sujeto peligroso y ruin al que no se le podía confiar ni un nido de alacranes.

Cuando se acercó a Bulfrano ya llevaba malas intenciones. Llegó atraído por las voces que se escuchaban en la boca del viento y el olor a agua de mar que se desprende de las hembras en celo. Su motivo aparente fue mandar hacer un ajuar para una yunta completa. El arado y tres yugos de diferente tamaño, pero su propósito era otro. Con el pretexto de ver el avance de su en-

comienda, llegaba a media mañana cuando Bulfrano ya se encontraba laborando en su taller. No iba directamente hacia él, sino que tocaba en la casa con la idea de apalabrarse con Simona, ella siempre salía cuando escuchaba su llamado, coqueta y provocativa y él la recibía con palabras insinuantes y bromas vulgares. Bulfrano al verlo llegar, acudía a su encuentro con desconfianza, frustrando así entre ellos cualquier acuerdo.

Hasta que un día domingo, cuando regresaban de misa, Feliciano aprovechó que él iba ahogado de borracho y salió a su encuentro. Duró largo rato acechando a un lado del camino escondido en una piedra enorme, hasta que los vio venir. Iba Bulfrano doblado sobre la cabeza de la silla, abrazado al cuello del burro con las crines del animal en la boca. Dejó que él pasara de largo y a ella la tomó por un brazo haciendo una seña, sopló sobre su dedo acercando la mano a sus labios para que no hiciera ruido o lanzara un grito, luego la recargó sobre la piedra y la aprisionó en medio de sus brazos. Ella sorprendida no hizo el menor esfuerzo por rechazarlo, solamente lo retiró un poco y dijo:

—¿Pos que tres, hombre de Dios? Te veo con malas intenciones, no intentes forzar porque pego un grito.

El precavido retrocede un poco y vuelve a insistir en su propósito, ya andaba muy excitado, berraco como un asno, se prendió desde el primer roce, cuando sintió el contacto de su piel suave, deslizarse en la palma de su mano tosca.

—Es que ya no puedo aguantarme, me traes atolondrado Mona, la sangre me hierve cuando te retuerces, me picas como a toro bravo. Después que me muestras tus chamorros me enloqueces, veo tus carnes y más me prendo y cuando siento que te

burlas de mí, pierdo la cabeza y me pongo cachondo y más cuando me miras con tus ojos fogosos. Ya no aguanto más, mujer. Si no es ahora mismo, que sea en la noche cuando todos duermen.

—¡En la noche no, ni se te ocurra, Feliciano si no quieres salir con las patas por delante! Es don Pascual el que me cuida el sueño, mejor vete no vaya a ser que ande rondando por ahí.

Precavido, se retiró un poco. Al caporal siempre le tuvo recelo, pero no cesó en su intento, ni le despegó la vista de encima, más aún cuando la contempló completa. Le pareció más hermosa que nunca, recargada en la piedra con su delgada ropa reposando en su cuerpo, levantada su cintura delgada, la rodilla doblada y una zanca recogida, presumiendo sus muslos trigüeños. De la falda levantada, asomaban sus piernas gruesas, adornadas con otro tono de piel. Sentía el latido de su corazón golpear su pecho, vibrar en su cabeza, como si dentro de ella se encerrara el sonido que llega cuando golpean una tambora vieja.

—Me tres clavado, mujer, por ti ando chiflado como un loco embrujado, que solo piensa en tenerte y estar enredado como la mata de un chayote que se pega a un tronco. Quisiera estar en tus brazos mañana y tarde, hasta en la noche me despierto pensando en ti y en las mañanas a veces amanezco empapado.

—Me pone chinita oírte —dijo Simona y se frotó los brazos—. Pa' serte franca, Feliciano, a mí también me han picado la cresta las habladurías, eso que se dice de ti, que no hay mujer que se arrejunte contigo que no quede bien complacida.

—¡Adió! ¿Y quién dice semejante cosa?

—¿Pos quién va a ser? Esas livianitas como yo que usan tapujos pa' esconderse, las que no se aguantan, que nomás con pensar

hasta se les hace agua la boca. Las sinvergüenzas pues, que se dejan llevar por lo mucho que presumes, o aquellas antojadas que te han visto borracho cuando haces tu chi. Y luego lo platican con doblez pa' meterle a una la curiosidad, hasta que acaba en boca de todas.

—Traigo el diablo metido, Mona, me estremezco al oírte, con tu aliento me prendes más, por ti ando día y noche revenido, pensando en ti solamente desde que amanece hasta que se pone el sol.

Cuando ya no se pudo contener la tomó por la cintura y desesperado se lanzó encima de ella, de un manotazo le arrancó la falda, luego tomó su cara entre sus manos y poco a poco la llenó de besos y terminaron retozando sobre la áspera piedra como bestias salvajes.

A partir de ahí, Bulfrano lo veía llegar casi a diario. Aunque él no se dio cuenta de lo que pasó aquella tarde, sospechaba que entre los dos algo malo estaban gestando, eso lo inquietaba sobremanera y lo ponía triste. Imaginaba que de un momento a otro podía largarse con ese hombre y él no confiaba en su valor y en su fuerza para evitarlo. Se dio prisa en terminar su encargo, quería alejarlo para siempre de ella, pero él no dejó de visitarlos. Cuando lo veía venir no se podía contener, lo invadía la desesperación y se llenaba de rabia, después lo atrapaba el temor y la impotencia, pero a la vez se sentía doblegado por la cobardía.

Pasaban los días y Feliciano seguía ahí acechando, mirando por los huecos de las cercas, vagando como los fantasmas de la noche, o dibujado oculto en esas sombras de la tarde. No mostraba ningún deseo de retirarse y tampoco tenía ninguna urgencia de pagarle su trabajo.

Aquella mañana llegó Bulfrano a la tienda de don Salvador y para su martirio, lo primero que vio fue a Feliciano sentado en la mesa de juego, aturdiendo a los demás con su risa burlona. Pidió algo de tomar, su padrino le acercó la botella y él la tomó. Con desesperación, apuró dos tragos y como ya andaba muino por sus insolencias y el retraso en su compromiso de pago, tomó aquella mofa como algo personal. Creyó que sus risas eran una burla dirigida a él y pudo así haber sido, pero ninguno de los presentes lo consideró de ese modo a pesar de que sabían lo fanfarrón que era el sujeto. Se encolerizó más con el calor de los tragos, se le fueron subiendo a la cabeza y se llenó de valor. Con un golpe sobre el mostrador y unas cuantas palabras lo dejó callado.

—Te callas, chamuscado cabrón. Ya estuvo bueno que te rías de mí. Anda a burlarte de tu madre.

Feliciano se puso más negro, quedó suspendido con la ficha en el aire como si hubiera escuchado una voz del más allá y aunque el otro andaba desprotegido, sin un arma, contestó bastante turbado y de su boca salían arrastradas las palabras.

—¿Qué se te ofrece? —dijo bajando la mano lentamente y colocando despacio la mula de seises sobre la mesa—. Abro yo. —con una voz lánguida se dirigió a sus compañeros de juego y en seguida vino la respuesta, salida de una voz áspera y seca.

—¡Necesito mi dinero y pronto, o qué! ¿Ya se te olvidó que me debes? Llevas mucho tiempo haciendo como que la virgen te habla. Me pagas ahora mismo. Y otra más, no quiero volver a verte rondando por mi casa.

Feliciano lo miró de frente y notó algo raro en su cara, una expresión que jamás había notado cuando hacía sus visitas al Ala-

crán. Se sorprendió, sintió un aire helado, un frío que le pegó en el rostro y recorrió su cuerpo, le despertó el temor y por primera vez lo vio a su altura. Lo juzgó a la par, ya no le pareció diezmando y para sacudir su cobardía, tomó un puño de dinero del que había en la mesa, sacó un billete de su bolsa, todo lo juntó, apretando la mano los arrojó con fuerza a la otra mesa.

—Toma tu dinero y deja de molestarnos, desaparece, que ahora estamos bien trabados. —levantó sus fichas y las colocó con fuerza de nuevo sobre la mesa.

Bulfrano no le quitó la vista de encima mientras que él trataba de esquivarlo, estiró la mano sin dejar de mirarlo. Quería verlo dominado y no lo soltó hasta que agachó la cabeza. Agarró su vaso y de un sorbo vació todo el contenido, sintió el fuego del aguardiente caer con fuerza y regarse en su estómago vacío. Después el calor regresó a su cerebro y comenzó a extenderse por sus venas, agarró la botella y volvió a reponer el contenido, dirigió su vista al padrino y le pidió que lo cargara a su cuenta. Colocó el vaso sobre el mostrador y agarró el dinero, se acercó a un rincón como para que nadie lo viera y comenzó a contarlo y al ver que no era lo acordado, lo arrojó contra las fichas de Feliciano.

—Mis centavos no están completos. Esto no es lo que habíamos convenido, me pagas lo que es, o mejor no me des nada, quédate con todo, que a mí no me parió el dinero, métetelo por donde te quepa.

—Estás borracho, Bulfrano. Esto es lo que pactamos, tas confundido ya tienes la mollera averiada con tanto vino. Pero si no lo quieres allá tú, ya te lo haiga, tampoco voy a andar lamiendo,

o lo agarras o lo dejas. Dichoso dinero que a su bolsa vuelve. — cogió todo y lo metió en la bolsa de su chaqueta.

Bulfrano le dio la espalda, hizo una seña despectiva con la mano y entre dientes le mentó la madre. No esperó de él ninguna respuesta, solo se volvió y tomó su vaso. Algo sucedió en él, que ninguno de los presentes percibieron. Sorbo a sorbo fue vaciando la copa de su vida hasta dejarla seca, se había extraviado en su noción del mundo. En ese momento había perdido el interés de seguir vivo. Cuando ya no te queda brizna de dignidad, eres hombre acabado —pensó. Miró a su alrededor, y se sintió más desamparado que nunca, comenzó a acariciar su vaso y se quedó pensando. —¡Qué solo está el mundo! Y yo aquí al mero centro de él, sin que nadie me vea, soy más transparente que el viento. Todos se han burlado de mí y se seguirán burlando hasta que se cansen o mientras yo lo permita, pero este no tiene llenadera, ahora se lleva mi dinero. ¿Y mañana qué? Eso qué importa, con la plata compras todo, pero no compras lo que vale, que agarre eso y más, pero pa' colmo de males, quiere llevarse mi mujer a otra parte y aunque sea mujer de poco precio, eso sí no lo aguantó, que se revuelque como lo hacen todos los demás. Allá ella si lo permite, ya nació así de piruja y eso pos ni quien se lo quite. Pero que me la arrebate y me deje solo no lo voy a permitir, aunque sea lo último que haga, si ya de por sí no soy nadie, sin ella voy a ser menos que nada. El día que me fijé en ella, supe que iba a ser mujer de todos, porque todo el encanto que tiene no puede ser solo de un hombre, que fuera solo para mí, eso es pedir demasiado. Yo preferí escoger una que me gustara a mí, que me llenara los ojos, que me colmara los brazos, aunque se les antoje a los demás. ¡Qué importa! ¡Cuántos se burlan y al mismo tiempo me

envidian! Lo más triste en este mundo es pasar toda una vida con alguien que no te colma el gusto, a fe que por eso ella me rechaza tanto, porque yo no le lleno, le quedé muy chiquito. Y a lo mejor tampoco es justo para ella, pero ya el destino nos amarró con la misma sogá, de bien a bien yo no la escogí, fue la suerte quien me la puso por delante. Y yo, que ni siquiera la buscaba, ella solita me fue cayendo del cielo.

Los demás hombres que estaban en la mesa continuaron jugando, ignoraron a Bulfrano quien les dio la espalda y como si nada más él existiera, se quedó callado dando rienda suelta a su pensamiento, mientras los demás, se concentraron en lo suyo. Solo algunos se percataron de como Feliciano agachaba la cabeza, y aunque el resto del tiempo lo pasó turbado, siguieron jugando y riendo hasta que las personas que estaban en el templo salieron a la plaza una vez terminada la misa.

Un joven de los que vio el altercado, fue al encuentro de Simona para prevenirla y contarle lo ocurrido.

—Vale más que te lo lleves ya, Mona. El Chamuscado anda armado, es faceto, fanfarrón y le buscó pendencia. Trae pistola y cuchillo, ese viejo es mala entraña y aprovechado, no dejes que vaya a ocurrir una desgracia y perjudique a tu marido que es un hombre bueno.

—Ni Dios lo mande. Anda hijo, ayúdame a sacarlo de ahí, ve por el burro mi niño, acércalo a la puerta en tanto que yo lo convenzo de que se venga conmigo —le hizo una caricia al joven y se dirigió a la tienda. Encontró a Bulfrano con la cara sobre el mostrador con los ojos llenos de lágrimas y los mocos de fuera. Ella, que era muy ducha en el arte de seducir, no le costó mucho

esfuerzo convencerlo. Comenzó tocándole la cabeza, acariciándole el pelo y hablándole tiernamente, como hacía en los viejos tiempos, le limpió la cara con su pañuelo, acercó los labios a su mejilla y le susurró al oído con picardía. Con mucha ternura recargó su cabeza en sus senos, deslizó la mano por sus mejillas y lo arrulló con una caricia tierna.

—¿Por qué lloras, mi Rey? ¿qué te han hecho estos bárbaros que te ves tan apenado? Vente conmigo, vamos a casa, ya bebiste demasiado, el día se va y es momento de regresar, ya verás lo que nos aguarda llegando.

Estaba tan triste que ignoró por completo sus argucias, se abrazó a su cuello, desató su pena y rompió en sollozos.

—Prométeme una cosa, Mona —dijo con la voz perpleja y la mirada lánguida—. Que nunca me vas a dejar solo. ¿Qué sería yo sin ti? Una mala hierba de esas que achicharra el sol. ¡Qué más! Si tú te alejas pasaré la vida llorando, como ese viento que gime día y noche y nunca se detiene. Me sacudiré en sollozos como cuando el aire mece las ramas, viviré de aquí para allá, perdido entre los días y la noche, dando de tumbos en las paredes carcomidas y viejas.

—¿Quién te ha metido eso en la cabeza? ¿Por qué habría de dejarte, si contigo hago lo que quiero? No seas bobo, mi niño. ¿Por qué te achicas tanto?

—Porque es lo que todos han hecho de mí, se burlan, me ven tan pequeño que hasta yo mismo siento que soy poca cosa.

Los que estaban en la mesa, detuvieron su juego solamente para seguir burlándose, por todo el corredor retumbaron sus risas. A Feliciano no le bastó con reírse, se levantó y fue a inter-

ponerse entre los dos, para continuar su sorna y presumirle a los demás que también contaba entre los preferidos de Simona. Al sentir que llegaba, Bulfrano dio media vuelta y volvió a recargar la cabeza en la barra y ahí aturdido, escuchó como se generalizaba la carcajada de todos, entraba por sus oídos y se detenía en su pecho, se revolcaba en sus entrañas como un cautín ardiendo que transmuta en brasa.

Cuando el Chamuscado pasó la mano sobre las nalgas de Simona, volvió a sonar la risa de los presentes. Ella se apartó brusca-mente y soltó una cachetada que le volteó la cara. El impacto sonó hueco, como el crujido de una rama. Bulfrano, como un perro rabioso, giró precipitadamente fuera de sí, con el diablo metido y de un manotazo arrebató la daga que Feliciano llevaba en la cintura. Este, confundido, no supo qué hacer, si retroceder o huir. Pero el pánico se lo impidió, quedó sujetado por el miedo, como pegado a la tierra. Al sentir el primer pinchazo, vio frente a frente a su rival enloquecido y a la muerte colgando en la punta del cuchillo. Bulfrano lo miró una vez más, levantando la mano, cogiendo impulso para descargar la siguiente puntada. El pobre infeliz se llenó de angustia y exclamó horrorizado, con un grito despavorido que se escuchó en el rancho entero, traspasó las paredes del templo y entró hasta la sacristía, donde el padre Medina doblaba su ornamenta.

—¡Ayúdame, Señor, que me mata este cristiano! —retrocedió más su cuerpo y con el rostro cenizo y la expresión de un muerto, volvió a gritar— ¡Madre mía, no me desampares, ayúdame que me quitan la vida!

Bulfrano, cegado de cólera y turbado por la borrachera, seguía descargando estocadas al viento, desgarrando la ropa del

otro, arañando con el filo sus costillas, dibujando una telaraña de rayas sobre el lardo de su panza pronunciada, mientras que Feliciano a punto de desfallecer, lanzaba otro grito.

—¡Ayuda por piedad, que este salvaje me mata, quítenmelo! ¡No lo permitas, madre mía! —levantó los brazos y gritó más fuerte, después cayó desmayado sobre la mesa de juego. Ni siquiera se acordó que traía pistola, se desplomó como un faldillón consumado.

Bulfrano, decidido a acabar con él, se abalanzó para rematarlo, pero varios de los hombres que estaban ahí lo sujetaron, le arrebataron el arma y lo detuvieron hasta calmarlo. Cuando por fin había disminuido su cólera, sintió que el mundo giraba, un fuerte retortijón en el estómago le provocó náuseas y al instante, arrojó con fuerza la bilis, una bocanada pastosa y verde envuelta en babas, todo sobre el pecho del sujeto que todavía se encontraba extraviado del mundo.

Los mismos que lo calmaron lo encaminaron a la puerta, arrojaba espuma por la boca como perro del mal y sobre el pecho le escurría la saliva. Cuando salió a la calle el viento le golpeó la cara y volvió a ver la claridad del mundo. Luego lo colocaron sobre el burro y le pidieron a Simona que se lo llevara lejos. Le aconsejaron que mejor se escondiera antes que algún intruso le llevara la noticia a las autoridades del pueblo, que se mantuviera en su madriguera y no saliera, hasta estar seguro que su rival sobrevivió a las heridas.

El padre Medina llegó a toda prisa, con la sotana a medio abrochar, se detuvo frente a Bulfrano y al ver su rostro desencajado, lo invadió un profundo sentimiento de lástima. Luego vio a Felicia-

no tirado en el suelo con los brazos en cruz como abrazando al mundo, cubierto de inmundicia, brotando hilos de sangre de su vientre y la ropa hecha trizas. Sorprendido levantó los brazos al cielo y preguntó: —¿Quién ha hecho este crimen? Volvió la vista a la calle y vio a Bulfrano, que, para evitar la condena pública del sacerdote, se alejaba a toda prisa seguido de Simona y el mozo cabresteando el burro. Después se dirigió a auxiliar a Feliciano que ya respiraba a ritmo de moribundo, el estómago se inflaba a punto de estallar y luego se vaciaba, Se inclinó besando la estola puso una rodilla en el suelo le levantó la cabeza para santiguarlo y a ese tiempo, el agonizante abrió los ojos.

Feliciano despertó ante el asombro de todos, su rostro negro adquirió un aspecto pardo cenizo, estaba tan acobardado que era digno de lástima. Pero los que estaban ahí no mostraron por él ninguna compasión, al contrario, algunos hasta mostraron cierta decepción porque Bulfrano no causó en él ninguna herida grave.

Se levantó con la camisa hecha harapos, revisando su vientre que goteaba un líquido amarillo seboso revuelto con su sangre. Se horrorizaba al ver que sus manos se teñían de rojo. Al recorrer su cuerpo, se estremecía con un ardor intenso, pero no encontró ninguna herida profunda, tal como él lo presentía. Imaginó tocar alguna víscera colgando, luego preguntó a los demás:

—¿Creen que esto tenga cura?

Don Salvador se acercó a él y levantó la voz para que todos lo escucharan.

—Da gracias a Dios que estás vivo, Feliciano. Hoy acabas de nacer, pero me hubiera gustado mejor no verte nacido. Agarra tus cosas y lárgate, no quiero volver a verte por aquí, es un asco

lo que hiciste, valía más que te haya matado para acabar con tu ponzoña. Un hombre no se sobaja así como así, nomás porque te da la gana. Sal de aquí y no vuelvas a poner un pie en esta casa.

—No eres el más adecuado, para juzgar a este pobre desdichado que agoniza del susto —dijo el párroco—. ¿No ves que su escaso cerebro y su debilidad de espíritu lo ha metido en desgracia? No puedes levantar tan alto la cabeza, cuando eres tú el que lucra con la ignorancia de estos infelices que se embrutecen con el alcohol cada semana. Solo Dios es el que tiene facultad para juzgar y no tú.

X

El ocaso

Pasaba el mediodía, el sol estaba en lo más alto del cielo. Simona se fue quedando atrás, viendo como Bulfrano se iba doblando sobre el lomo del burro. Levantó la vista hacia al firmamento y sintió que traspasaron sus ojos unos rayos luminosos, resplandecientes, que se colaron por sus pupilas y no se detuvieron hasta chocar con lo más oscuro de su esencia. Todo se removió en ella y aquella luz hizo remolino en sus entrañas, estremeció su cuerpo y removió su corazón vacío como un rayo que sacude las nubes. La tormenta comenzó a caer. Gota a gota, se le aflojaron las lágrimas del alma que se deslizaban a chorros, regando el sendero de sus malos pasos, cayendo sobre su pecho, apagando el fuego de sus senos erectos y firmes que desafiaban la gravedad. Ese día comenzaron a marchitarse, se fueron ablandando como el barro que cede al penetrar en ellos la humedad del llanto. Un regazo acostumbrado a soportar los malos tratos, las más bruscas caricias, los mordiscos, el desenfreno, regado por la baba sucia de la depravación, engrandecido por el vaho candente de la excitación malsana. Un regazo al que nunca acarició el amor y jamás sintió en plenitud los tiernos labios que absorben el calostro y las suaves manos que acarician las hinchadas tetas de una mujer cuando amamanta un niño.

Lloró todo el camino. El día estaba hermoso, pero ella lo veía empañado, el cielo era azul y el viento parecía detenido, el mundo estaba volcado, su vida entera la sentía hacerse añicos. Estuvo a punto de echarse un muerto a sus espaldas y llenar de desasosiego su conciencia. Pero su llanto no lo causaba el remordimiento, le llegó la pena porque el sol apenas le alumbraba, lo tenía sobre su cabeza y no encontraba su sombra, lo vio caer desbocado y no percibió ninguna señal de que pudiera detenerse. Si al menos pudiera detener el tiempo —pensó—. La caída era de prisa, violenta, descendía tan rápido que en breve tiempo un rayo encandiló su frente. Después vio el horizonte y precisó su paso, para que no la cubriera en el camino toda la sombra del ocaso.

Llegaron a su casa, bajaron a Bulfrano del burro entre los dos, arrastrando los pies lo metieron a su cuarto y lo tendieron en la cama. Ahí frente a él, en el umbral de la puerta, Simona se abrazó al muchacho como si fuera su propio hijo, lo tomó tiernamente por el cuello y le dio vuelco a su pena.

El joven, al sentir su cuerpo caliente, sus senos pegados a su pecho y el vaho de la respiración que calentaba su oído, comenzó a sobresaltarse. Pasaron por su mente, todas las habladurías de la gente y comenzó a abrazarla de otra forma. La estrechó con arrebatos de un adolescente curioso y sediento. Sus manos descuidadas recorrieron su cuerpo y con ansiedad buscaba sus labios, pero ella lo detuvo de golpe.

—Ya nunca más. Sosiégate, niño.

Ese día, perdió de golpe todo aquello que daba impulso a su vida. Lo que para ella era su Dios, su adoración y su gozo, desde aquel momento se convirtió en su purgatorio. Conforme pasa-

ban los días, lentamente penetraba en el infierno de sus glorias idas. Toda su vida de placer quedaría truncada para siempre, perdida en el camino del recuerdo y cuando ya toda su existencia carecía de gozo, fue como entrar en las tinieblas. Vivir la vida sin placer es no vivirla, tú mismo te sepultas vivo, pasar los días y las noches nada más de balde, es recorrer paso a paso tu destino, permanecer sentado en un rincón para esperar la muerte.

Solo la regocijaba el recuerdo, esa migaja era lo que movía su vida, se le esfumó el placer. Cuando ella lo vivió a plenitud, su vida pasada no le causaba desasosiego. Alcanzó esa gracia porque el remordimiento en ella era nulo, para ella todo lo prohibido era el cielo y lo más absurdo era caer en lo tedioso de la rutina. Y pasar la vida de balde es como quedar sepultada viva, en un limbo donde poco se sufre, pero menos se goza. Es estar en un calabozo sin poder cruzar los ásperos barrotes que limitan la libertad que separan lo que fue el edén, donde era libre, de aquel huerto al que sin piedad fue arrojada castigada por la ira de un Dios. Ese Dios que se revolcó de rabia al verla llena de gozo; lo invadió la envidia y para apaciguar su ira, le dio el más cruel de los castigos. Para someterla la convirtió en su esclava, hasta pareciendo regocijado por su sufrimiento, haciendo de ella un siervo más. Sometida y postrada para alcanzar la benevolencia el día remoto en que el cadáver se separa del alma liberando un espíritu que ya no le pertenece y el cuerpo se desintegra sin ninguna esperanza de salvación, porque eres polvo.

Nunca soñó con aquel cielo prometido en la otra vida, ese lugar inalcanzable donde solo llegan las almas sometidas, ella siempre prefirió el paraíso de la tierra, un sitio donde cupieran todos. Le importaba más alimentar el cuerpo, con todo su apetito y su

gula, que salvar un alma que tanto mortificaba la conciencia. Buscaba un lugar donde pudiera exhibirse desnuda, mostrando su lozanía sin sentir vergüenza y gozar a plenitud la fruta prohibida, entregándose al placer en succulentos mordiscos, sentir y saborear, deleitar, como si fuera un manjar que disfruta un hambriento, o la misma dulce manzana del pecado que Adán tuvo que probar, para encontrar el sentido a la vida.

A partir de ahí, los dos se conformaron viviendo entre sus propias ruinas, cayeron en lo que no tiene sentido y se resignaron con ver pasar los días. Apenas llegaba la mañana y ya venía la tarde, las noches se iban sin sentir y las semanas de principio a fin pasaban desbocadas. El campo reverdecido y seco nuevamente, los árboles sacudidos por el viento tirando las hojas secas y volviendo a nacer retoños nuevos, los frutos maduros y la endeble paja arrastrada y batida por la borrasca, las nubes en el cielo que empujaba el viento, los pájaros planeando en las alturas o cantando en las crujientes ramas, las estrellas encendiendo el firmamento, la luna robándole sombras a la noche. Eso era la vida, pero ya todo aquello no importaba, la tierra en cada giro se iba renovando, pero a ellos ya nada les dejaba. Nada más seguían ahí, esperando entregar el pedazo de vida que en cada vuelta se llevaba el mundo.

Lo cotidiano es como un tren que corre sin parar. Sin salirse del carril te lleva a la par como su sombra, por los mismos valles y montañas, con idéntico lamento. Como un espectro, recorres el sendero por los propios durmientes, sobre los mismos rieles, girando sobre la misma rueda. Hasta que llega el día en que te das cuenta que el mundo sigue desbocado, recorriendo como tú el mismo camino, sin abandonar el rumbo por el mismo círculo

que no tiene principio ni fin. Dejas atrás tirado el tiempo y tus despojos en un recorrido infinito que nadie puede detener, porque su fin es no llegar o encontrar alguna meta.

No fue necesario mirarse en un espejo para saber que se iba haciendo vieja, arrimaba las manos a su frente y se palpaba los surcos en su cara, veía a Bulfrano jorobado, la espalda arqueada, doblado por el peso de la misma azuela y la fuerza de gravedad haciendo su reclamo.

Se fue perdiendo el brillo de sus ojos, sus senos duros y lisos se fueron ablandando, los dos volcanes que albergaban fuego se apagaron, se desvanecieron los últimos afluentes de su tibia lava, sus brazos fuertes se volvieron flácidos se fueron secando sus hermosas piernas. Todo su rostro se llenó de arrugas, poco a poco comenzó a perder los dientes y cayó la nieve sobre su piel lozana hasta convertirla en un espasmo azul cubierto de garrapatas ternas. La voz se le volvió chillona, su pelo se tornó cenizo, perdió su gracia, se le acabó el color a sus mejillas, se deformaron sus manos y su tierna sonrisa quedó convertida en una mueca.

La vida seguía su rumbo sin que nada perturbara su desbocado caminar, seguía su viaje en calma, no parecía turbar ningún suceso. Bulfrano, al caer la tarde ya estaba ahí sentado al borde del pretil, esperando que hirvieran los frijoles, bostezando, soplando su jarro de café para después meterse a su cuarto y comenzar el ritual que le enseñó su madre. Rezaba la oración a su santo protector san Pascual Bailón, a quien a lo largo de su vida no dejó una noche sin implorar su amparo. También rezaba algunos credos y plegarias que a falta de devoción le ocasionaban sueño. Y así después permanecía inerte separado del mundo, hasta llegar el nuevo amanecer.

Viviendo esa rutina, llegó el invierno de su vida, aquella tarde fatal que le marcó el ocaso. A la víspera del crepúsculo apareció por el camino de los arrieros, un mozalbete apuesto y gallardo, a punto de llegar a la madurez, como recién estrenado. Apenas asomando a la vida, con el cimente prodigioso de aquel que es cultivado en buena cepa, fuerte y airoso, el que conserva algo extraviado de un lejano linaje o es favorecido por el vigor híbrido del criollo robusto y resistente.

El mozo se encontraba en el fiel de la balanza, punto que dobla y separa la adolescencia de la juventud. Un chamaco con mirada hosca, espléndida, vivaz, con cara de niño maduro, de rostro lampiño y tierno, apenas asomaban en el bozo tres pelos del bigote, pero ya impresionaba su presencia.

Abrió la puerta que marca el inicio de la propiedad y la cerró con fuerza, las tablas crujieron fuerte al chocar contra la cerca. Este golpe fue el que alertó a Simona, quien levantó la cabeza y a lo lejos, contempló la imagen. Comenzaba a caer la tarde, sus ojos miopes tardaron un momento en descifrar, pero al hacerlo un tsunami se despertó dentro de ella, en su vientre algo se removió, la sangre se le regó por el cuerpo, se le agolpó en su corazón y comenzó a sudar y a respirar con fuerza.

—¡Santo Dios, es don Pascual!

Se desprendió del mandil, lo arrojó sobre una silla y con la velocidad de un venado corrió a su encuentro. El amor de su vida estaba ahí, mil veces renovado, tan hermoso como aquel que le quitaba el sueño, de largas piernas, de cintura delgada y abultado pecho, con el rostro del arcángel San Miguel, valiente, de mirada profunda y de sonrisa encantadora.

Resurgieron las vivencias de los viejos tiempos, la misma intensidad y el mismo brío, sintió los mismos ardores del pasado y hasta sintió el mismo impulso y desesperación que la invadía cuando salía a su encuentro. Se detuvo frente a él y su sorpresa fue mayor al contemplar aquel muchacho que había dejado de ver apenas unos años y ahora estaba ahí, parado frente a ella. Era la viva imagen de su padre. Lo contempló sin parpadear, con cierta nostalgia del pasado y sintió una rabia ciega contra el tiempo, removi6 en ella aquello que parecía estar muerto, pero que simplemente estaba dormido, aletargado por el paso de los años.

Aquel joven no supo que hacer al sentir la mirada penetrante de esa dama que lo veía con otros ojos, muy distante de la mujer que contempló de niño las muchas mañanas que pasó frente a su casa. Todo en ella era viejo, sólo sobaban las endeble ruinas que a punto estaba de derruir el tiempo.

La visión de ella era distinta, lo comparó con la imagen de su padre. Vio en él la misma prestancia en su forma de montar, contempló cómo portaba con gallardía su mismo atuendo, montaba el mismo caballo con la misma silla y hasta parecido el traje. Llevaba igual, metida en las alforjas la misma corneta que llevó su padre aquel remoto día que apareció en la hacienda.

Se removi6 en Simona aquel rescoldo que quedaba y quiso despertar en él el mismo antojo. Trat6 de utilizar las malas artes en el afán de seducir, la misma astucia que utilizó en los remotos días cuando envolvió a su padre. Pero para él, aquella mujer era ajena, vieja y acabada, sin ningún encanto. Solo guardaba en su memoria fragmentos de las impúdicas murmuraciones que se

desprendían en las charlas vulgares de las gentes que disfrutaban con el morbo, aquel que despertaba una conversación liviana.

Una vez frente a ella, bajó del caballo y por momentos olvidó cuál era la encomienda del papá. Se sintió intimidado por aquella mujer que lo acosaba de una forma ordinaria y provocó en él cierto rechazo. Le repugnaba la vulgaridad y desfachatez con que le hablaba, la forma corriente y simple con que le mostraba sus partes íntimas, la voz penetrante y chillona y su fuerte olor a sudor y ropa vieja.

—¿Qué te trae por aquí, precioso, si ya son las últimas horas de la tarde, llega la noche y se aparecen los fantasmas mi rey? ¿No tienes miedo que una bruja como yo te robe? El cuero se me pone chinito, como de gallina, me turbo todita al ver esos ojos tan bellos, me da sed y siento ganas de morder esos labios tan frescos que tú tienes.

Como si conservara el encanto y la fuerza seductora del pasado, pegó las manos a sus piernas y con la escasa gracia que sobra, lentamente fue levantando sus enaguas en una forma corriente, como arrabalera de fonda. Haciendo movimientos sensuales se jalaba la ropa, dejando al descubierto sus blancas piernas, marchitas, arrugadas, surcadas por venas varicosas. Regresó las manos y al mismo ritmo le mostró las intimidades, con el pie en arco dibujó una raya en el suelo con la punta de los dedos y se acercó más al muchacho, que no daba crédito a lo ocurrido. Escario, con el rostro encendido, desconcertado, trató de retirarse, pero ella lo tomó de la mano.

—¿Adónde va mi muchachito? No me temas, que no muerdo —bruscamente lo acercó—. Te veo cara de pícaro, con malas

intenciones, niño. No intentes forzarme, puedes hacer conmigo lo que quieras, no me gustan los chamacos violentos de esos que estrujan y arañan. Acércate más, tú tienes una carita hermosa de niño bueno.

—Es que yo no quiero nada, señora. Vengo a traer este encargo de mi padre. Sacó un rollo de billetes y se lo entregó. Son para usted y don Bulfrano.

—¿Cómo crees, criatura? Guarda tu dinero, si yo no cobro nada, lo hago por puro gusto mijo, claro que con quien me guste, no con todo el mundo me revengo. Guarda eso. ¿Cómo te voy a cobrar con esos ojos tan bisbirindos que tú tienes?

Le regresó el rollo de billetes, lo colocó en la palma de su mano y le cerró los dedos. Él rechazó el dinero. Ella a falta de bolsas, se lo metió en el seno. El muchacho bruscamente se retiró de ella y desconcertado le dijo:

—No le estoy comprando nada, buena mujer. Por favor compórtese, es el pago de mi padre a su marido por el servicio que le presta.

Tomó el cabestrillo de su caballo, abrió el portón y salió de la propiedad.

Simona lo vio alejarse y sintió un leve rencor por el rechazo, después una sombra la cubrió y todo el despecho que sintió se transformó en tristeza, le llegó la nostalgia y a la vez le despertó de nuevo la malicia.

—Si mi calor no se ha acabado —pensó—. Solo hace falta alguien que revuelque las cenizas para que comience a arder. ¿Pero ya quién, si nadie se me arrima?

Llegó a la cama y Bulfrano estaba de espaldas, dormía profundamente, roncando fuerte la intensidad del primer sueño.

Pascual regresó a su casa cayendo la noche. Aunque alumbraba poco, la luna grande ya estaba en el cielo, esperando que el mundo se cubriera de sombras para fortalecer su brillo. No montó el caballo. Turbado, se sentó en una piedra a un lado del camino esperando recuperarse y salir de su asombro y después de mucho rato de pensar en lo ocurrido, le picó la curiosidad. Apareció la imagen de aquella mujer que contemplaba de niño al pasar. En ese tiempo, cuando era dueña de su lozanía, no despertaba en él ninguna malicia, aunque la veía paseando provocativa y casi desnuda por el patio de su antigua casa. Ni después, cuando llegaron a su mente las murmuraciones y habladurías de los hombres lujuriosos y deslenguados que hablaban de ella, aquellos que la acechaban. También llegaban a sus oídos los mitotes de las mujeres que hablaban por despecho, esas de pensamiento liviano que se corroían de la envidia al saber que tantos varones la buscaban.

Se fue resbalando lentamente hasta recostarse en el suelo, envolvió en su mano el cabestro del caballo, colocó la cabeza sobre la piedra y se quedó largo rato contemplando la luna. Aquellas visiones pasaban por su mente al mismo ritmo que aumentaba la inquietud y subía el calor de su cuerpo, circulaba dentro de él una llama candente que le erizaba el pellejo. Recordaba los días aquellos en que tenía que refugiarse en los marcos de la casa para resistir los chubascos y ella salía con su ropa ligera a disfrutar de las caricias suaves de la lluvia. El agua se deslizaba en su cabeza aplanándole el pelo y caía lentamente mojando su ropa, que con la humedad se volvía tenue y transparente. Se le adhería al cuerpo dibujando sus senos, resaltando más el color oscuro de sus pezones endurecidos. El agua se incrustaba en su cuerpo, abrazando sus cavidades y depresiones como si fuera una ligera capa más de su lozana piel.

En el tiempo aquel cuando era niño, solamente le provocaba curiosidad porque le permitía descubrir y hurgar en lugares vedados. Ahora el recuerdo lo hacía estremecerse. Imaginaba lo hermoso que hubiera sido meterse en esos brazos trigueños y quedarse largo rato acurrucado sintiendo en su espalda el calor de sus senos y sus manos deslizándose su pecho, bajando lentamente por su torso hasta detenerse en su vientre. El calor lo fue invadiendo de los pies a la cabeza, extrañas ansias lo asediaron. Se incorporó bruscamente para sentir el fresco de la noche y sacudirse aquella alucinación, pero el impulso lo dominaba y pudo más que su frágil fuerza de adolescente ansioso de descubrir un mundo aún no conocido.

Como arrastrado por un maleficio regresó, extrañas cuerdas lo jalaban, lo envolvió la curiosidad, el mal momento de su reciente encuentro se había convertido en obsesión malsana y lo arrastró. Movidado por el recuerdo y el hechizo del pasado, caminó sigilosamente contemplando su sombra, la casa perdida entre la oscuridad, también dibujaba su silueta con los rayos opacos del escaparate lunar.

Amarró el caballo muy cerca de la puerta y se acercó con pasos vacilantes, su respiración aumentó, se le erizó la piel y un breve temblor se le regó por todo el cuerpo. Con la vibración de las manos comenzó a tocar la puerta despacio, como si tuviera la intención que nadie lo escuchara.

Simona estaba ahí despierta, suspirando, anonadada por el tropiezo. Añorando el tiempo que se escapó arrastrado por los años que habían pasado desbocados, que todo le arrebataron y ya nada le dejaron. Cobijaba el recuerdo con la oscuridad, para que

se perdieran en la sombra las remembranzas de los días felices. Escuchó todo lo que le permitió la quietud de la noche: el crujir del portón y el golpe al cerrar, después los pasos del caballo y más adelante las pisadas del muchacho que se acercaba a la puerta de la casa. Recordó con similar ardor el primer encuentro con Don Pascual, la tarde aquella en que le pareció tocar el cielo. Removió en ella todo el rescoldo de los viejos tiempos y lloró. Las lágrimas sonaron al caer sobre la almohada, pero no dejó la cama, desde ahí escuchó la respiración agitada del muchacho, la voz asustada y lánguida que susurraba con un murmullo lento su nombre y hasta imaginó el temblor de sus labios. De lo más hondo de su pecho se le escapó un suspiro, recorrió su cuerpo con sus manos, tomó la sábana y envolvió en ella sus miserias. Volvió a escuchar los pasos que se alejaban y en seguida el tropel de regreso y el primer golpe despiadado el segundo y luego el otro.

Al primer impacto despertó Bulfrano, brincó de la cama sobresaltado, al segundo golpe, se sacudió la modorra y al tercero se llenó de espanto. Después de un silencio prolongado escuchó los tres toques destemplados de corneta. El muchacho despechado, descargó todo el pulmón sobre la boquilla.

Bulfrano interpretó mal aquel sonido y ya no le quedó duda, desde ese momento, no albergó ninguna esperanza. El frío de la parca se posesionó de su cuerpo, le cubrió el rostro con su sombra gris y lentamente lo fue invadiendo la desesperación y la angustia. Intolerables ansias se agolparon en su pecho, los latidos de su corazón sonaban desbordados.

Aquel mancebo depositó los huevecillos en la puerta y Bulfrano los encubó en su cerebro.

—Es el fin, la muerte que viene, Simona —levantaba los brazos y la vista como pidiendo clemencia al cielo, quiso correr, pero no supo adónde, trató de gritar, pero lo ahogó la ansiedad—. ¿Qué no lo oíste, mujer? Es San Pascual Bailón, que anuncia la víspera de mi entierro. ¿Qué voy a hacer, Mona, si ni siquiera estoy preparado, desgraciado de mí que tanto me espanta la ruina, estoy tan asustado, que hasta puede que me muera un día antes? Tiemblo como niño desvalido. Perdona que así me porte, tú eres la que más sabes que siempre he sido cobarde y nunca te lo he ocultado porque contigo siempre he sido claro como el agua del río.

Desesperado, tomó una cobija y se envolvió en ella para mitigar el frío de la muerte que le recorría la espalda. Se sentó en un rincón para apaciguar el temblor de su cuerpo que le impedía mantenerse en pie. En esa esquina del cuarto, presionó su cuerpo en medio de las dos paredes y encontró un poco de sosiego, metió sus manos temblorosas en la cobija, recargó su cabeza contra el muro y comenzó a recordar su vida desde que tenía memoria.

Pasó por su mente aquel remoto amanecer, cuando lo despertó el estruendo de una fuerte tormenta en que el rugir de los truenos sacudían toda la casa, el vislumbrar de los rayos entraba por las diminutas ventanas y los huecos de la puerta iluminando todo el cuarto. A través del resplandor se dio cuenta que la cama de sus padres estaba vacía y no sintió miedo. Escuchó el sonido de la lluvia azotando los muros con violencia, el chorro que caía de los hidrantes desbordados y el sonido del viento que poco a poco se iba suavizando hasta convertirse en una caricia lánguida que gemía al chocar con las paredes y sacudía las copas de los árboles moviendo las ramas con la fuerza desmesurada de sus alas, un arrullo que lentamente se iba perdiendo hasta que llegó la calma.

Se quedó un momento contemplando la cuerda que sostenía el capazo, amarrada a un morillo del techo, se mecía fácil, al ritmo de su menor movimiento. Luego escuchó a su Madre ocupada en el trajín de la cocina. Se incorporó bruscamente y giró su cuerpo a un extremo de la cuna, el mismo peso la inclinó y cayó atraído por la gravedad sobre el colchón de la cama, quiso llorar por la impresión, pero no sintió dolor y se deslizó de panza hasta tocar el piso, sintió el calor del suelo bajo sus pies descalzos. Abrió la puerta y el rostro se impregnó de brisa fresca. Por primera vez vio el mundo iluminado por el sol, las nubes dispersas en un cielo azul y la niebla cobijando la montaña. Después hundió los pies en un suelo fangoso y helado, pero no se frenó y siguió hasta detenerse bajo las ramas de un árbol frondoso. Estiró la mano y cogió una vaina, al jalar sintió como un sinfín de gotas frescas caían sobre su tibia cabeza, pero no soltó aquel mezquite colorado y carnoso. Se lo llevó a la boca y saboreo su pulpa más dulce que la leche de su madre con un toque amargo y agradable, se sentó en lomo de un surco y saboreando su fruto contempló su entorno hasta donde le alcanzaba la vista. De pronto, bruscamente sintió los agujijones penetrando su cuerpo y comenzó a llorar despavorido.

Su madre salió corriendo de la cocina y lo encontró al pie del barbecho retorciéndose, lleno todo su cuerpo de hormigas coloradas, pegadas en sus mejillas descargando veneno, enredadas en el pelo y metidas entre la zapeta. Lo despojó de su ropa, pero los insectos seguían allí aferrados al cuerpo y en su desesperación lo arrojó a un charco lleno de lodo, una majada que habían hecho los puercos para refrescarse cuando el calor arreciaba. Todas las hormigas quedaron en la superficie y las pocas que sobraron adheridas al cuerpo, su madre pudo removerlas. Ahogado en un

llanto desgarrador lo metió al patio y lo lavó con agua limpia, pero él se estremecía en sollozos. Su cuerpo estaba abotagado, hinchado por la ponzoña e invadido por la fiebre. Aunque su madre lo roció de alcohol y lo envolvió en sábanas lavadas, lloro media mañana sin cesar. Después su padre le frotó el cuerpo con sebo caliente y lo arrulló en sus brazos hasta que cesó el dolor y se quedó dormido.

Ese día, en breves momentos conoció el mundo y sus facetas, la vida y sus contradicciones, la belleza y el horror, el amor y su bondad, el dolor y su consuelo.

Refugiado en ese rincón, lo sorprendió la mañana y mientras él aún se estremecía del temor, Simona dormía plácidamente. En cuanto entró la claridad del día, desesperado salió al patio y sin saber qué hacer, en su desasosiego, quería escaparse de la muerte, perderse entre el breñal, meterse en un vallado o refugiarse en lo profundo de una cueva donde el destino no lograra alcanzarlo.

Sin que ninguna enfermedad lo aquejara, ese día comenzó su agonía y en su desesperación, aunque eran muy limitados sus caminos recorridos, comenzó a juntar sus pasos. Como judío errante que no encuentra sosiego se desplazaba de un lugar a otro tratando de burlar su destino para que no le llegara su fin. Pero su hora ya había sido señalada, marcada por la suerte y la ignorancia de su Madre el remoto día de su nacimiento.

Con la razón perdida, como un enamorado que sufre y goza, que ríe y llora a la vez, comenzó el recorrido sin un rumbo fijo. Caminó hablando solo en voz alta, maldiciendo su suerte y blasfemando, renegando de su mala fortuna, tratando de sacudirse y dejar en el camino tirada toda su rabia, su frustración, su coraje,

enajenado, con los ojos vidriosos por las lágrimas que brotaban como de un abrevadero inagotable que nace. Se desplazaba lento, contemplando la ruina. Pasó frente a lo que sobraba del paraíso donde Simona Rosales vio por primera vez la luz del sol y lo encontró completamente desierto, abandonado, invadido de maleza, cubierta de chayotillo toda la casa, las puertas en el suelo y en lo que fue la cocina los cerdos haciendo su majada. Su padre, que se refugió en la casa de una hermana después de que murió la madre, ya viejo, cansado e imposibilitado para trabajar, se fue y nunca regresó a su terruño. Y don Pascual, muy disminuido no buscó a nadie para sustituirlo. Agregando a lo que ya llevaba lo invadió la nostalgia de aquellos tiempos. En ese momento se dio cuenta lo rápido que caminaba el mundo y los estragos que hacía a través de los años. Luego miró el arroyo donde por primera vez se pegó al cuerpo de Simona y volvió a sentir lo suave de su piel mojada y el fuego que aumentaba cuando lo estrechó con ansias, regresándole la vida y el calor a su cuerpo. Era un bulto que arrastraba la corriente sin rumbo, manoseando desesperado hasta el último aliento, dando tumbos sin esperanza ya invadido por el frío de la muerte.

Después subió la cuesta y contempló la hacienda en ruinas, las plazas caídas, los pitayos y nopales creciendo en el techo y en el zaguán. Abandonado a su suerte, su padrino viejo y acabado, estaba esperando la muerte tirado en un mecapal, contemplando la lejanía del llano y unos cerros que se perdían bajo un cielo borroso. No sintió ningún rencor al verlo, por el contrario, sintió una profunda lástima por él y hasta tuvo el impulso de correr a abrazarlo, pero en ese momento se dio cuenta que él era más digno de compasión.

Se fue de largo y reanudó su camino por una vereda agreste y torcida, se acercó al desfiladero, por allí se descolgó sorteando el peligro y no se detuvo hasta la orilla del río. Buscó entre las piedras y encontró la tirolesa, se subió al columpio y se deslizó por el cable hasta la otra orilla, trepó una ladera pronunciada y a la mitad de la montaña se detuvo a contemplar la hacienda. Los yugos, cuyo nombre le vino por los maderos que su padre fabricaba, todas las yuntas utilizaban yugos a la medida que su padre hacía desde tiempos inmemoriales y que él continuó surtiendo no nada más a la hacienda, sino a la comarca entera.

De allí regresó porque nunca caminó más allá del cerro donde pudo descubrir tierras nuevas. Tomó otro camino por la cresta de la ladera, donde revisó los ranchos regados en el llano cerca de las barrancas donde se unen dos ríos. Siempre supo que existían esos poblados porque los divisó de lejos y en las noches podía ver el brillo de las lánguidas luces con que se alumbraban sus pobladores, pero nunca le alcanzó el tiempo para visitarlos, pasó su vida recorriendo el mismo camino. Continuó por la ribera hasta encontrar un paso río arriba donde la cama de la corriente es plana y muy ancha, allí pudo cruzar sin meterse al agua, sorteando las piedras. Atravesó y subió nuevamente y ya no se detuvo hasta que llegó a una casa donde había un árbol frondoso que le traía muchos recuerdos. Estaba asentada en una colina, a las afueras de la iglesia vieja, la última hacienda donde terminaban los dominios de Pascual Fernández.

Pasaba de medio día, el sol ya había declinado. Se sentó fatigado y cansado a la sombra del árbol, parecía más tranquilo, se recargó en una piedra y allí, vencido por el cansancio, cobijado por las ramas y arrullado por el sonido suave del viento, se quedó profun-

damente dormido. En seguida comenzó a soñar que estaba tirado en un campo desierto, bajo un cielo azul y a su alrededor volaban parvadas de zopilotes. Se llenó de angustia y la zozobra regresó a su pecho. Luego se sintió perdido en medio de la nada y corrió a refugiarse bajo el árbol que le había dado cobijo, y al llegar, se sintió horrorizado al ver que la tierra se abría y un gusano enorme salió de sus raíces. Este tomó la vereda y se dirigió hacia la entrada de la casa escondiéndose entre la yerba, por más que lo pisaban los hombres, no lograron reventarlo, se deslizó entre la maleza hasta que llegó al portón y ahí se refugió en su capullo.

Luego tuvo una visión extraña. Bajo el marco de la puerta apareció el hijo del caporal encarnando al arcángel san Miguel, con la balanza de la justicia en la mano y la espada desenvainada. A sus pies, sobre el batiente de piedra, dominada y sometida se hallaba Simona, convertida en un demonio que exhalaba fuego y bufaba como vaca de lidia sujeta al palenque. Luego vio a su diestra aparecer entre un manto de noche, a san Pascual Bailón, triste y abatido, representando a la muerte. Estaba envuelto en su traje de franciscano, con un búho descansando sobre su mano izquierda y portando en su diestra una guadaña que hacía escuadra encima de su cabeza. Hablaba lento y ronco, como quien habla en la boca de un cántaro o como alguien que viene de muy lejos con la garganta reseca, fatigado y cansado. Las palabras del santo venían de la sombra, se metían por el oído de Bulfrano, giraban en su cabeza, salían por el otro oído y desde allí las arrastraba el viento.

—Ese laurel en el que ahora descansas, es un árbol maldito, nadie se arrima al cobijo de su sombra, se alejan de él hasta los animales que carecen de entendimiento. Quedó maldecido el día que vino al mundo Esteban Soriano. Bajo sus raíces, tu ma-

dre escarbó con sus propias uñas y en su cepa enterró las vísceras del parto. Tú también ibas envuelto en la placenta. Ese día te concibió, muchos años antes de aparearse con tu padre, te engendraron después de muchas lunas. Los dos nacieron en la misma fecha, él vino al mundo y tú quedaste incubado en el cerebro de tu madre y tanto tú como él, quedaron bajo mi resguardo. Tú te encomendaste a mí, recibí tus plegarias noche a noche. Pero nada me llegó de él, que a las primeras sombras de la tarde ya estaba ardiendo en deseo, pensando en los placeres terrenales, revolcándose en su lecho, derritiéndose de lujuria. Nada pude hacer por él en aquel momento que fue condenado a una muerte temprana, como un castigo de sus arrebatos. Fueron tantas las criaturas que trajo al mundo, que su cuerpo no fue suficiente para sostenerlos. Por más que luchaba de sol a sol, no alcanzaba a llevarles el sustento hasta su boca y Dios decidió apartarlo del camino para que no siguiera procreando más criaturas inocentes.

Como castigo lo privó del mundo, sin mostrar ninguna compasión con la madre, que no era libre de toda culpa y sobre el pecado llevó la penitencia. Se revolcó de dolor por el escarmiento, después que fueron repartidos todos sus vástagos entre la gente buena.

Dentro del mismo sueño, Bulfrano recordó aquella tarde lluviosa en que caminaba atrás de su madre por una vereda estrecha, atravesaron un vallado y se detuvieron al batiente de una puerta. Dentro de la choza, el cadáver de Esteban Soriano yacía tendido en un camastro de tablas. Alrededor de él, sus huérfanos desolados, hundidos en un porvenir incierto, sentados al borde y devastados por la pena, contemplaban el cadáver. En un rincón, llorando inconsolable estaba la madre, secándose las lágrimas con un lienzo gris y sentada sobre un rollo de petates. En el

mismo bulto descansaba también la única mujer que había llegado a brindarles consuelo. El cuarto se iluminaba con dos cabos de vela clavados en botes rellenos con maíz y colocados sobre el banco de la cama. El rostro del muerto era apacible y sereno, un pañuelo rojo amarrado a la cabeza para cerrar su boca le daba un aspecto de santidad. De los cirios corrían gotas de cera que caían sobre los granos y de las polillas reventadas aparecían larvas haciendo su metamorfosis y subían en hilo volando hasta pegarse a las tabletas del techo, diminutas palomillas blancas.

Bulfrano volvió a escuchar la voz, pero ya no encontró la imagen, solamente el sonido que venía de las sombras.

—Tu capullo ha madurado —el eco repetía—. Su ciclo llegó a su fin, a punto está de reventar, la vida es como un círculo que gira sin parar, hasta que un día se detiene, una vida comienza y otra termina. Tú te convertirás en paloma y alzarás tu vuelo hasta perderte en las alturas. Atraído por la ley suprema, volarás hasta los confines del cielo, donde la existencia es eterna como una recta que no tiene principio ni fin. Yo te estaré esperando donde la raya comienza, en un paraíso donde no encontrarás término, porque solo existe el alfa y todos los caminos son infinitos. No le temas a nada hijo, que nada será peor de lo que ya has vivido, cruzaste tu purgatorio aquí en la tierra, ninguna culpa te queda que no hayas redimido. Mañana, antes de que la noche llegue, te estaré esperando en la vereda para llevarte de la mano al seno de Dios donde termina el sufrimiento y este árbol en el que apaciguado reposas, comenzará a tirar sus últimas hojas.

Bulfrano despertó más triste que nunca, las palabras llegaban de la nada y hacían eco en su cabeza, se sentía más aturdido que

al principio. El sol ya se iba escondiendo y sobre el mundo comenzaba a caer la sombra como un manto oscuro, que cubría lentamente un horizonte dorado y hacía todo más apacible. Pero no para él que no encontraba la paz y sentía enflaquecer más su pecho marchito, lo cubría la soledad y penetraba en él lo frío de la noche. Ya no lo alumbraba ninguna luz cuando llegó a su casa, Simona ya tenía rato aguardando, mirando el camino con ansias que apareciera. Apenas lo vio venir y corrió a su encuentro. Lo estrechó en sus brazos como no lo había hecho en toda su vida, ese día el impulso le brotó del corazón, fue la primera vez que lo abrazó por amor. La invadió la compasión, una inmensa ternura sintió al verlo disminuido y desamparado. Ni la misma noche ocultaba su pena, porque desde el reflejo de su silueta, se podía ver en ella dibujada la muerte, caminando a la par de su sombra.

Desde el momento que lo estrecharon sus brazos, entró en él un soplo de vida. Todo el temor y la zozobra que lo acompañó toda una vida, desapareció de golpe, ese día encontró el amor y desaparecieron todas sus dudas y hasta el temor a la muerte. En medio de su desgracia se sintió feliz y con una valentía que nunca tuvo, decidió enfrentar todo lo que viniera.

Tomó a Simona de la mano, la condujo a su lecho y allí, como si fueran unos muchachos se besaron y abrazados retozaron toda la noche hasta que los venció el sueño. Ya cansados, se quedaron profundamente dormidos cuando llegó la luz de la mañana. Despertaron con un hambre infernal y como si fueran novios primerizos entraron a la cocina a devorar lo poco que tenían como alimento.

Aunque ya no sentía temor, en su cerebro estaba incrustada la idea de que el tiempo se había agotado, que sus pasos por este

mundo estaban contados. Nada apartaba de su mente ese pensamiento y giraba en su cabeza un remanso de sentimientos encontrados que naufragaban y volvían nuevamente a flote. Venía la desesperación y se perdía el sosiego, llegaba la tristeza y terminaba en llanto, hacía un esfuerzo por tragarse aquello, pero se le atoraba un nudo en la garganta. Sin poderlas reprimir le brotaban las lágrimas, se refugiaba en la oscuridad del cuarto y allí le daba rienda suelta a su pena y comenzaba a vagar su pensamiento.

Era poco lo que pensaba en él y mucho más meditaba en ella, se atormentaba pensando que se quedaría sola y desvalida sin nadie en el mundo. Dijo: —¿Quién como yo que no he dejado un instante de quererte? No habrá nadie que por ti vele, te quedarás como perro sin dueño. Desde aquel día que cruzaste por mi camino, entraste aquí adentro y ya no pude sacarte. A pesar de las humillaciones y los malos tratos que de ti me llegaban, te agarraste en mi pellejo como un cadillo, si hasta las burlas me hacían quererte más, te miraba con lástima, así como si estuviera embrujado; me clavaste el mono y quedó en mi pecho metido. Te pegaste a mi cuerpo como ese musgo gris que crece sobre las piedras. Te quedarás sola, Mona, en las garras de esos lobos hambrientos que tratarán de chuparte hasta el último hueso. A lo mejor hasta viviendo de caridad, o quedarás a merced de gente mala, cubriendo tu cuerpo con trapos remendados y viejos, alimentándote de las sobras como animal sin amo. Conmigo nunca te faltó el sustento, yo nunca fui desobligado, lo que encontraba lo llevaba y lo ponía sobre la mesa. Siempre estuve comiendo de tu mano, lo que ganaba te lo daba con pesos y centavos, hasta llegué a aguantar el hambre con tal de que a ti nada te faltara.

Ensimismado en su pensamiento, hasta sus oídos llegó el sonido de las campanas, rumores que arrastraba el viento, el golpe ronco de la campana mayor y en seguida la euforia de las esquilas. Era día domingo y por todos los caminos se escuchaban las voces de la gente que acudían a su llamado. El conjunto de ecos, la algarabía, un cielo azul y el sol brillante, le anunciaron a Bulfrano que todavía estaba vivo y a la vez le recordaron que el tiempo corría en su contra. A punto estaba de olvidar lo que por un tiempo consideraba más importante. Aquello que desde niño le había inculcado su madre y que había perdido a través de los años, un camino que seguía recto y fue desviado desde el momento que conoció a Simona y que ahora le era necesario retomar, en los últimos días de su vida.

Recordó las palabras de su madre: —Te anunciará san Pascual Bailón con tres golpes en la puerta tres días antes de tu muerte, para que estés preparado. ¡Qué dicha la tuya hijo mío! —

Pero él había desperdiciado los días en cosas vanas para reconfortar un cuerpo que ya comenzaba a desmoronarse y se había olvidado del alma, que estaba a un paso de separarse del cuerpo y entrar en la inmortalidad.

No podía desechar ese privilegio y decidió encarar a su representante para buscar la reconciliación con Dios, enmendarse, recibir los últimos sacramentos y la confesión de un cura, al que media vida estuvo evitando. Él ahora lo consideraba indispensable, necesario para apaciguar su conciencia y encontrar un poco de resignación y paz para enfrentar lo próximo o lo lejano.

Salió al corral y encontró a su esposa dando de comer a los animales que formaban parte de su patrimonio, le pareció más

acabada que nunca, jorobada y vieja, solo conservaba la sonrisa pícara y maliciosa del pasado, el resto lo había perdido. Se acercó a ella, que de una cubeta tomaba puños de maíz y regaba los granos sobre el tepetate del patio.

—Presta Mujer, yo lo hago, ponte catrina que nos vamos a misa.

Simona se sorprendió, pero no dijo nada, se escapó de su boca una leve sonrisa y apresurada entró a la casa. Aunque casi todos los domingos asistían al poblado donde la iglesia estaba situada, los dos llegaban separados. Ella se metía al templo y él se dirigía a la tienda de don Salvador que también servía de cantina. Esta vez los dos salieron juntos como el día de su matrimonio, ella iba vestida con ropa chillona de diferentes colores y una pañoleta verde amarrada a la cabeza. Viéndolos a lo lejos, iban tan juntos que se distorsionaba la imagen, parecía más bien Bulfrano montado en su burro izando una bandera de colores, pero él se sentía orgulloso de llevarla a su lado y ella por primera vez se sintió protegida a la par de su hombro. Entraron cuando dieron la última llamada, se detuvieron al fondo del templo y ambos se arrodillaron para santiguarse. Al levantarse él le dio la mano como todo un caballero, ella la tomó, se enderezó y luego lo cogió por el brazo, se replegaron a la pared y allí escucharon con atención toda la misa, desviando la atención de todos los curiosos que les sorprendía ver aquella pareja que pasó una vida mordeándose y que ahora de viejos se mostraran tan amorosos.

Terminada la misa, todos abandonaron la iglesia, solo la pareja quedó esperando que el sacerdote saliera. Este se demoraba y Bulfrano, que no sentía tranquilidad en ningún lugar, se paseaba fren-

te al altar lleno de impaciencia hasta que no soporto más y decidió entrar en la sacristía, donde el padre lo recibió con asombro.

—¿Qué te trae por aquí, hombre de Dios? —extendió la mano y él, movido por el impulso, no hizo otra cosa que tomarla y besarla.

Vaciló en contestarle, se sintió intimidado al verlo, al sentir tan cerca un ser tan superior en símbolo y tamaño, un concepto que desde niño le habían inculcado, la sumisión, la obediencia ciega y el inquebrantable respeto. Habían pasado tantos años desde aquel día cuando era un muchacho ilusionado y se sentó frente a un confesionario, que ni siquiera recordó qué pecados había confesado, porque era la ilusión de la vida la que lo llevó hasta allí. En aquel momento ese delirio rondaba en su cabeza, ahora se acercaba sometido y confuso, pero dispuesto a arrodillarse frente a él o tirarse a los pies de su Dios sin ningún resabio, porque ya sentía tras sus espaldas, los pasos de la muerte.

—Verá padre, que vengo en busca de su confesión, porque más que pecados, traigo una idea metida aquí en mi mente, no sé si son figuraciones mías o será la meritita verdad que ya ando pisando la última raya, así como si estuviera tirando manotazos a la última sogá.

—Me sorprendes hombre, tú que siempre has despreciado el fervor de la iglesia y te inclinas por el regocijo de la cantina que hoy desvíes tus pasos hasta aquí. ¿Es grave lo que te ocurre?

—Pos la mera verdad, para ser sincero con usted y bien que lo sabe, nunca he sido muy beato, pero eso sí, siempre rezo a mi santo de cabecera y eso algún mérito tiene, porque eso mismo es lo que me ha empujado a venir. Tal como me lo auguró mi madre, ya van dos días desde que él llegó a mi puerta anunciando mi muerte.

El párroco confundido dio media vuelta y terminó de doblar las prendas de oficiar, las metió en un amplio cajón y volvió a encarar a Bulfrano.

—La mera verdad... ¡Quién diablos te entiende! Explícame. ¿De qué santo se trata?

—Usted debería saberlo mejor que yo, pues es el que se dedica a estos menesteres. Se trata del mismo san Pascual Bailón que anuncia la muerte a los desvalidos como yo. Hace dos días que llegó a mi puerta y desde entonces estoy como espirituado, no hallo sosiego.

El padre le dio la espalda para no delatar el escarnio que le provocaba lo que él consideraba una farsa; optó más bien por seguirle la corriente y aprovechar la ingenuidad del sujeto, se dio la vuelta, lo miró con lastima y decidió no ahondar más en el tema.

—Acabemos de una vez con esto, buen hombre. Cualquiera que sea el motivo es loable a Dios ver a una de sus ovejas descarriadas regresar al redil. Pasemos al confesionario, si así lo deseas, o si te place podemos hacerlo aquí mismo —extendió la mano y le señaló una silla—. Siéntate, que Dios está en todas partes.

Bulfrano se acomodó en su asiento, él acercó otra silla y se sentó a su diestra.

—Reza algo, lo que tú sepas que te provoque arrepentimiento. ¡Lo que sea! Tampoco voy a pedirle peras al olmo. Has estado tan alejado de la iglesia que debe ser mucho de lo cual puedas arrepentirte.

—Verá que no son tantas cosas como su merced imagina. ¿Qué tantos pecados puede cometer un hombre que pasó toda una vida recorriendo el mismo camino?

—¡No te confíes! En los recovecos del camino es donde el demonio se esconde, en la vereda, entre las piedras o bajo las entrañas de la tierra son los lugares donde la serpiente habita. Tampoco olvides que, de acuerdo a los decires de la gente, llevas sobre tus espaldas un muerto, todos saben que dentro de tu conciencia se retuerce el infeliz de Feliciano Abundis.

—¡Pos fijese que no! El Abundis se murió por collón que era, no por mi mano. Aunque para ser sincero con usted, que al fin y al cabo es una confesión, algo que no va a andar divulgando, sí me hubiera gustado despacharlo yo mismo, nomás pa' provecho de todos, que ya andaba apestando el miserable, a más de cuatro nos traiba bien jorobados.

—Calla hombre, que el pobre cristiano ya está juzgado y bien sabido es por todos que desde el día que lo acuchillaste en adelante, nunca fue bueno. Todo ese tiempo esperé que te acercaras a mí para apaciguar tu conciencia. Ahora vienes azorado por ese pensamiento falso, inaudito; nada te va a pasar, hombre. Dime. ¿Qué te duele, qué enfermedad te aqueja? ¡Ninguna! Es tu conciencia la que te empuja a venir. No se puede vivir tantos años lejos de Dios y acercarnos a él cuando tenemos la soga al cuello y sentimos que se va tensando la cuerda.

—Todo tiene sus asegunes, padre. Y eso de la conciencia es lo que menos entiendo porque en poca gente la he notado, ni tan siquiera en usted la he visto asomarse y como ya me voy a morir, quiero descargar mi pecho, pa no llevarme nada al otro mundo si es que lo hay.

—Pero ¿cómo, Bulfrano? ¡Estás dudando de Dios, del más allá, de la vida eterna!

—No dudo de Dios, pero pa serle franco, sí recelo de los hombres porque así me hicieron, desconfiado de todo. Y bien presente lo tengo el día que lincharon a Pedro de Pascuala. Usted fue quien azuzó a la gente tocando las campanas, si eso no le remuerde, es otra cosa. Lo dejaron baldado pa' toda la vida con tanto azote que le dieron y lo abandonaron a su suerte. Lo más triste de todo, fue que los últimos días de su vida la pasó arrastrándose como un lagartijo. ¡Cuántas piruetas hacía, pa llevarse a la boca un puño de nixtamal! Porque ya no le sobraban fuerzas para enderezarse y hacer la masa, y nadie se apiadó de él. ¿Cuál conciencia? ¿Dónde quedó el remordimiento de aquellos que lo azotaron? Yo fui el único que le llevé qué comer el resto de tiempo que vivió, hasta aquel día que me lo hallé muerto en su jacal con la cabeza metida en la hornilla de la cocina. Ese cristiano sí lo traje hartos días cargado en mi espalda, porque si bien yo no fui parte de la manada que se lanzó sobre él, bien pude evitar aquello.

A mí me tocó por mala suerte atraparlo cuando salía del gallinero con dos pollas cruzadas en el hombro, amarradas por las patas. Como era chaparro y flaco lo agarré por el cuello, no lo dominé yo, lo dominaba el miedo. El corazón le latía con tanta fuerza que casi lo arrojaba por la boca y sentí las venas en mis dedos a punto de reventarle. Apenas podía verme con sus ojos vidriosos y los labios reseco le impedían pronunciar palabras. Estaba tan débil que ya andaba en los puros huesos, su pellejo era tan delgado como el papel de china. Cuando le agarré el gáznate, sentí en mis manos todas las ruedas que tenemos en el güergüero. Me llené de lástima y lo dejé ir. Él solamente quería hacerle un caldo a su madre, a ver si se levantaba de la cama, porque ya llevaba semanas postrada. Pero de nada le sirvió, le precisaron su

muerte cuando le llevamos a su hijo sangrando como un santo Cristo. Si yo le hubiera quitado las gallinas, nada hubiera pasado, ni Felipa hubiera ido a llevarle el chisme, ni usted hubiera alborotado la gente. Eso sí se me atravesó en mi conciencia, no el otro infeliz que ya había vivido demasiados años.

Lo que sería una confesión se volvió una dura charla; derivó en una sarta de reproches de una situación donde todos arrastraban una estela de culpa y en la que cada cual defendía su punto de vista.

—Dejemos eso hijo, que no nos va a conducir a nada. Vamos al grano. ¿Para qué hurgar en un pasado que el tiempo lo ha dejado enterrado?

—Si usted lo olvidó, yo no padre. Lo siento vivo como aquel día, todavía me mortifican los aleteos que sentí en mi pecho, por eso, se lo estoy confesando, para apaciguarme de aquello.

—Quédate tranquilo, buen hombre, que Nuestro Señor es justo. Con el hecho de venir ya eres agradable a sus ojos, pero no basta. Para ganar su gloria hay que llegar a él con el alma purificada, con el cuerpo limpio, despojados de todo bien, igual que cuando venimos al mundo, desnudos e indefensos, desligados de todos nuestros bienes, sin ninguna atadura que nos sujete con lazos terrenales. Ningún tropiezo hallarás en el camino después de haber cumplido sus mandamientos, pero además estamos obligados a obedecer los Sagrados Sacramentos que nuestra madre Iglesia señala. Revisa tu conciencia hijo, después de haber cumplido con todas sus ordenanzas, resígnate confiado a dar el paso final. Ve en paz y que Dios te bendiga.

Salieron del templo, él se sentía reconfortado, solo lo asaltaba una duda. Se dirigieron a la tienda de don Salvador y mientras Si-

mona hacía algunas compras, Bulfrano entró a la cantina. Se sentó en una mesa, más huraño y solitario que nunca, con la cabeza baja y sin cruzar palabra con nadie, saboreó sus últimos tragos. Más tarde Simona lo llamó desde la puerta. Él se incorporó, pagó en la barra su cuenta y se despidió de su padrino que aguardaba en un rincón, sentado en una silla tejida con cuerdas de ixtle, esperando a que la vida acabara y le llegara la muerte. Apenas le reconoció, con dificultad levantó la mano, esbozó una leve sonrisa y respondió con una voz fuerte y distorsionada por las flemas.

—Ve con Dios ahijado, regresa pronto.

Le contestó con una inclinación de cabeza y un leve ademán, se colocó el sombrero y salió a la calle, llegaron a su casa cuando el sol ya se iba ocultando. Durante la cena, le comentó a Simona sus dudas e hizo las últimas recomendaciones; reveló dónde había escondido sus ahorros de toda una vida y le dio a conocer lo poco que poseía, la mísera cantidad que había acumulado en toda una vida de sacrificio. Era bien poco, pero todo era suyo.

—No le entregaré al cura ni mis ahorros ni mis vacas, tampoco mis gallinas con tal de salvar mi alma como muchos acostumbran hacerlo. Si existe un Dios, bien ha de saber que nunca dañé a nadie y siempre di más que lo que recibí. Todo te pertenece a ti, Mona, que bien poco te ha de servir, pero más necesitas tú que el padre, al que nada le falta. Ninguna cosa será mía como él mismo lo dijo, regresaré así de pelado como vine al mundo. A lo más le entregaré la mula, que va a ser lo último que me sobra y que ya desde ahora para nada me sirve. Estamos atravesando tiempos malos, Mona, y presiento que a ti más peores se te avecinan. Mañana después que amanezca se la llevo y así quedaré a mano con él, con Dios y con la vida.

—Piensa una cosa, Bulfrano, que esto que nos pasa ni tan siquiera es cierto, es una mentira que se te metió en la cabeza, puede ser una mala jugada que el destino nos hace. Mañana volverá a amanecer y pasado también y nosotros seguiremos viviendo ,rasguñando y mordiendo como lo hemos hecho toda la vida.

—Pueda que así sea, te diré una cosa, mujer, que es de puritito cierto. Cualquiera se cansa y va perdiendo la voluntad, ya a estas alturas me da igual si es verdad o mentira, tanto tiempo hace que le perdí el amor a la vida, que a cualquier hora que llegue la muerte va a ser bienvenida pa qué tanto apego. ¡Qué caray!

Tomó Bulfrano el aparato, le colocó la mano sobre el hombro y aluzando el sendero, salieron al patio. Soplaba el viento sobre el mechón agrandando la flama, el cielo estaba lleno de estrellas y la luna ya iba cayendo. Pasaba de media noche, ya no les dio tiempo a detenerse a contemplar las luces fugaces que se apagaban en el horizonte. Entraron al cuarto, soplaron sobre la mecha y se tendieron en la cama. Simona estaba de espaldas, él se acercó a ella, la abrazó tiernamente, recorrió su mano desde su vientre y la detuvo en su cara, sintió humedecerse de lágrimas sus dedos y escuchó sus sollozos. La oprimió contra su pecho, exhaló un suspiro y se quedó adormecido al calor de su cuerpo.

Ya el sol había despegado cuando despertaron; Bulfrano se tentó la cara y se sintió más vivo que nunca, recordó las palabras de su esposa y a la vez, sintió el impulso de hacer lo que ya tenía decidido. Se enderezó, buscó entre la ropa el viejo chaleco que usó el día de su matrimonio, acomodó su sombrero y se dirigió a las caballerizas donde estaba la mula. Al entrar notó el animal muy inquieto, el nerviosismo era común en ella pero a pesar de

ser animales difíciles, era mansa y noble. Percibió en ella un alien-to raro, se defendió cuando puso el sudadero al lomo y le colocó la silla, berreó un poco después que le apretaba el cincho. Simona salió a la puerta no para despedirlo, sino que vino a hurgar en unos arrieros que habían entrado a la propiedad con sus bestias cargadas. Iban con dirección al pueblo, Bulfrano montó la mula y la endilgó hacia una vereda, camino contrario de los trajineros que enfilaban su recua hacia el camino real. Antes de entrar a la boca del callejón, el burro manadero que iba a la cabeza olfateó a la mula, comenzó a rebuznar, luego a reparar, hasta que tiró su carga y dispersó toda la manada. Bajó la cuesta endiablado a todo galope y alcanzó a Bulfrano antes de llegar a la puerta. Con el miembro desenvainado, trató de montar a la mula, pero esta se defendió corriendo y reparando, tirando golpes con las patas que sonaban hueco al chocar en el hocico del animal. El jinete no soportó más la trifulca y salió disparado hacia atrás, se deslizó por la enanca y al caer recibió un par de patadas en el pecho. El animal siguió corriendo y el burro rijoso y desenfrenado atrás la siguió pasando sobre el cuerpo de Bulfrano que no sobrevivió a los golpes y a las pisadas.

Simona corrió en su auxilio, pero al llegar él ya exhalaba hilos de sangre por la nariz y la boca. Cuando se arrodilló a levantarle la cabeza, solamente la vio con una mirada triste y profunda, pero él ya no pudo pronunciar ninguna palabra. Se vio a sí mismo que iba cayendo en la inmensidad de un vacío, a la par de un resplandor intenso, como cuando el sol se esconde. Descendiendo como una paloma muerta que ya no mueve sus alas, se estrelló en el fondo y rebotó seguida por un manto de sombra que oscurecía el mundo, hasta que de pronto, todo se apagó. Después pensó en

ella por última vez, se quedó fijamente viendo sus ojos, los abrió más y más, hasta que se le opacó el brillo, se le borró su imagen y dio sus últimas boqueadas.

Ella lo oprimió contra su pecho, no con el afán de regresarlo, más bien con la idea de hacerle un cariño y la sensación de que lo despedía del mundo. Sintió como la sangre caliente traspasaba su ropa, alzó la cabeza implorando al cielo, clavó la mirada en el horizonte y escuchó como sonaba el viento que se escondía gimiendo al deslizarse en la maleza.

—Fuiste bueno, Bulfrano, limpio y transparente como el agua del pozo, claro como el viento que sopla y no se ve, que solo se nota que pasa cuando sacude las ramas. Si tuviéramos otra vida, me gustaría pasarla contigo.

Aunque muchos supieron de su muerte, nadie fue a despedirlo a pesar de los muchos servicios que a la gente prestó. Unos por desagradecidos, otros por indiferentes y algunos por que ya estaban incapacitados para moverse, como don Pascual Fernandez a quien con mucho trabajo lo sacaban al patio.

En el momento que le dieron la noticia, clavó la vista en el suelo para que no lo vieran llorar, sintió algo tan intenso que no pudo aguantarlo. No fue como cuando se pierde un hijo, porque él no conocía ese dolor, pero sí duró rato estremeciéndose, empapando su camisa de lágrimas.

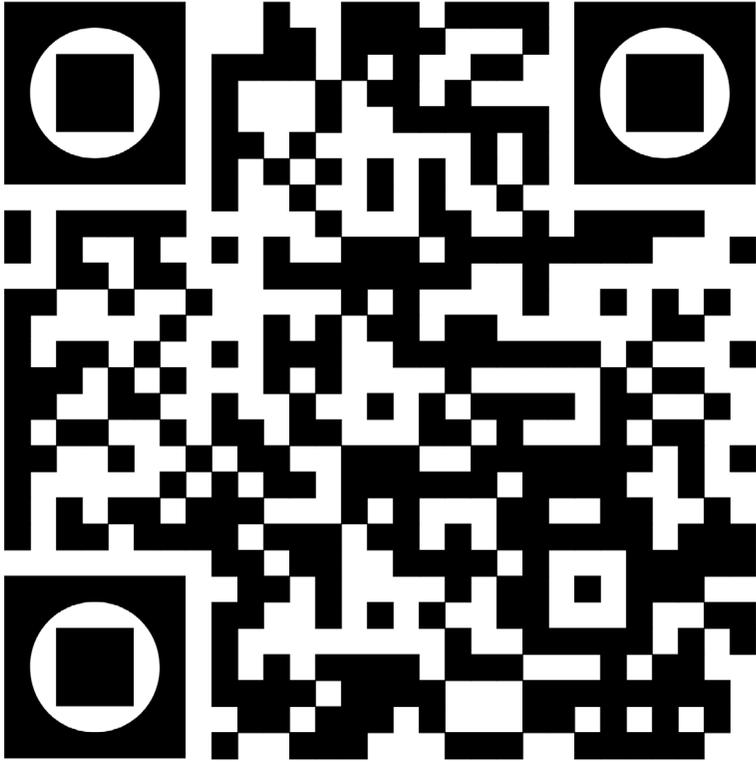
FIN



Publicación digital de Ediciones Clío.

Maracaibo, Venezuela,

Junio 2023



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro
catálogo de publicaciones



Maurilio Mercado Gómez

Nació el 28 de julio de 1958, en Ocotes de Moya, un pequeño poblado al sur de Yahualica, Jalisco, Mexico.

Fue el menor de tres hermanos de una familia dedicada a la agricultura y a la ganadería. Estudió la carrera de ingeniero agrónomo en la Universidad de Guadalajara.

Escribió su primera novela, Los tiempos idos, en 2012 su segundo libro Crónica de un Bandido lo publicó en 2017. Terminó su última novela, La Mona Rosales, en 2022.

Sinopsis

La Mona Rosales. Es la historia de una vida que nace y pasa hasta llegar al ocaso. Nos narra la vida de un hombre sometido y manipulado por los demás hasta el día de su muerte. Un comportamiento simple de una persona débil que soporto todo por amor, por soledad o simplemente por cobardía. Nos muestra una mujer sin escrúpulos, capaz de hacer cualquier cosa con tal de satisfacer su capricho. Es un relato que nos muestra, las más bajas pasiones de una sociedad que a lo largo de su existencia ha vivido engañada.

Dr. Jorge F. Vidovic

Director Fundación Ediciones Clío

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>



Fundación
Ediciones
Clío